INSTITUTO DE ARTE AMERICANO E INVESTIGACIONES ESTETICAS

Cuadernos de Historia

Boletín Interno
para el área de Historia
FAU/UBA

BUENOS AIRES
SEPTIEMBRE DE 1987

3

Sumario

Presentación de los Cuadernos

Investigaciones:

Urbanización indiana en la cuenca del Plata
Horacio Pando

Buenos Aires, tipos de hábitat y formas de estructuración urbana.
Alicia Novick

Buenos Aires: cosmópolis. Sobre algunas cuestiones centrales de la modernidad en la obra de Rubén Darío.
Alberto De Lorenzini

La mirada sobre el barrio: del silencio a la nostalgia.
Graciela Silvestri

De otras áreas:

Información general del Postgrado.

De otros textos:

Historia, sectores populares, arquitectura: textos de P. Burke, C. Ginzburg, D. Newell, PEHESA, D. Armus y P. Liernur.

Cuadernos de Historia

Boletín interno del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas ”Mario J. Buschiazzo”

para el área de Historia de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires.

Año 1, Número 3 (segunda etapa), septiembre de 1987.

Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas ”Mario J. Buschiazzo”

Director:
Jorge Francisco Liernur

Secretaría Técnica:
Anahí Ballent

Editor de los Cuadernos:
Adrián Gorelik

Investigadores:
Ana Cabarrou
Anahí Ballent
Alberto Delorensini
Alberto de Paula
Roberto Fernández
Marcelo Gizzarelli
Adrián Gorelik
Margarita Gutman
María Isabel Larrañaga
Hugo Leguizamón
María Marta Lupano
Eduardo Maestrepieri
Marcelo Martín
Jorge Mele
Alicia Novick
Horacio Pando
Alberto Petrina
Jorge Ramos
Daniel Schavelzon
Graciela Silvestre

Cuadernos de Historia es un boletín interno sin fines de lucro. La reproducción de textos aquí publicados será autorizada sólo citando esta fuente y la original.

Sumario

Presentación editorial. 6.

Investigaciones 8.

Urbanización indiana en la cuenca del Plata.
Horacio Pando 9.

Buenos Aires, tipos de hábitat y formas de estructuración urbana.
Alicia Novick 19.

Buenos Aires: Cosmópolis.
Sobre algunas cuestiones centrales de la modernidad en la obra de Rubén Darío.
Alberto Delorenzini 35.

La mirada sobre el barrio: del silencio a la nostalgia.
Graciela Silvestre 44.

De otras Áreas 52.

Presentación general del Curso Superior de Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo CUSHCAU 53.

De otros textos 57

Historia, sectores populares, arquitectura 57.

"Descubrimiento" de la cultura popular
Peter Burke 58.

Prefacio a "El queso y los gusanos"
Carlo Ginzburg 68.

Arqueología industrial y ciencias humanas
Dianne Newell 82

La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica.
PEHESA - Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana 87

Un balance tentativo y dos interrogantes sobre
la vivienda popular en Buenos Aires entre fines del siglo XIX y principios del XX
Diego Armus 93.

Buenos Aires: la estrategia de la casa auto construida
Pancho Liernur 99.

Presentación editorial.

1.

Como muchas de las iniciativas que se están llevando adelante en el Instituto, la publicación de los Cuadernos no hace más que retomar una tradición largamente interrumpida.

En marzo de 1954 y en octubre de 1955 aparecieron el primer y segundo número de lo que se llamó "Cuadernos del Instituto da Arte Americano", dirigidos por el fundador y director del IAA, Mario J. Buschiazzo.

Sus objetivos, explicitados en el primer editorial, eran "recoger material distinto del que constituyan los Anales", aspirando a "cumplir una función netamente didáctica" dirigida "en primer término a los estudiantes", y enfocada a difundir "temas de palpitante actualidad, motivos de polémica, críticas edificantes".

Los dos números publicados tocaban cada uno un solo tema: el primero un trabajo sobra crítica de Pevsner, y al segundo cinco proyectos de Amancio Williams.

No sabemos por qué dejaron de salir, en tanto Anales continuó una extensa trayectoria hasta 1970.

2.

Continuar una publicación interrumpida desde ya que plantea el problema de ponerse en relación con ella. Pero editar el número 3 de una publicación cuyo número 2 apareció hace treinta y dos años, abre un abanico de problemas mucho más amplio, que termina por poner en cuestión la propia historia. Y lo cierto es que un Instituto de Historia no puede -o al menos no debería- dejar de medirse con su propia historia.

En este caso no es una tarea fácil.

¿Cómo hacernos cargo de una tradición dramáticamente emblematizada por el Editorial del segundo Cuaderno, desde el cual "El Director" (sic) -a fines del '55- pregonaba "La Patria resurge"? ¿Desde dónde recusarla?

¿Cómo no reivindicar una tarea paciente y esforzada que entre 1947 y 1970 (año de la muerte de Buschiazzo) produjo gran parte de lo poco que de Historia de la Arquitectura Argentina poseemos?

¿Cómo convivir con la evidencia de los años que siguieron, en los que al Instituto se recluyó en la organización del desmantelamiento de todo lo producido?

Evidentemente estas cuestiones nos remiten a la historia de una Universidad y un país que en los 40 años de existencia del Instituto fue cualquier cosa menos pacífica.

¿En nombre de qué pureza anular esa complejidad y esa violencia? ¿Cómo participar de cualquier acción de cambio sin incorporarlas como elementos con los cuales dialogar y confrontarse?

La actitud más frecuente -que el Instituto puso en práctica del mismo modo que una sociedad completa lo hacía- fue clausurar cada período del que pretendía diferenciarse excluyendo, ocultando, negando entidad, cambiando de nombre con un infantil gesto de auto legitimación: "si yo no miro, no me van".

La actitud que se pretende encarar esta vez es diversa, pero no ya con el mismo afán de la diferenciación sino, por el contrario, para incluir toda la historia en la reflexión que intentamos.

La recuperación del nombre con que el Instituto fue creado –"de Arte Americano e Investigaciones Estéticas"- más el agregado del nombre de su fundador –"Mario J. Buschiazzo"-, junto a la organización del Homenaje a su 40° aniversario, son signos de la aceptación de la tradición propia y hablan de una conciencia de la necesidad de reconstruir los puentes con ella.

Los nuevos programas, las nuevas temáticas, las nuevas tentativas de funcionamiento, la heterogeneidad de posiciones que sustentan los investigadores y la creación de instancias para potenciar la productividad de tal heterogeneidad, quieren ser signos de la vocación crítica con que se asume aquella tradición. Y al mismo tiempo, buscan ser engranajes de un posible avance, en una disciplina como la nuestra, sobre la que sobrevuela una permanente desconfianza acerca de su utilidad.

3.

Tal vez uno de los objetivos centrales de la actual orientación del Instituto sea tender a erosionar aquella desconfianza. Desconfianza en la que podemos reconocer, por una parte, la superficialidad y acriticidad de una matrícula que sólo recurre a la Historia para validarse formalmente y, por la otra, la estrechez y ceguera de una línea de formación universitaria que, priorizando la "acción" por sobre la "reflexión", ha perdido toda capacidad para intentar cualquier movimiento superador del actual estancamiento en que se encuentra.

Pero los historiadores no podemos, con el reconocimiento de esta realidad, anular otro tipo de mirada sobre nuestra propia responsabilidad en el estado de la disciplina.

Desde la puesta al servicio exclusivo de distintas prácticas -ideológicas, proyectuales, de restauro-, hasta la elaboración de complejísimas construcciones teóricas -que han llevado el objetivo primitivo de densificar las relaciones entre representación y realidad hasta el límite de impedir cualquier posibilidad de reflexión sobre esta última-, nos hemos balanceado entre la banalización y el encierro, entre la pérdida de nuestra razón de ser y un dudoso encuentro con la misma en las redes de una autonomía tan encantadora como impotente.

El lugar de la Historia en una Facultad como la nuestra creemos que debe intentar redibujarse, en la medida que se pretenda incidir -a través del examen crítico de los problemas- en la elaboración de las soluciones que a estos se les dé.

Para esto deberíamos generar un estado de debate, reflexión y crítica que tienda a ponernos en relación -no por mediada menos decisiva- con las cuestiones que hacen a las transformaciones materiales, transformaciones de las que nos separa hoy una distancia mayor aún que la signada por nuestras propias voluntades y limitaciones.

4.

Desde estas preocupaciones es que podemos intentar definir un perfil para estos Cuadernos que ahora reiniciamos.

Ante todo, su destinatario natural es el "Área de Historia" de la Facultad. No ya "los estudiantes" en general, ni la "comunidad académica" toda, sino los investigadores, docentes y estudiantes que se mueven en torno a la reflexión histórica.

Esto le da un carácter interno, más de debate que de difusión, más de "cocina" de nuestra práctica que de mostración de la misma. Y este carácter nos permite, sin el "almidonamiento" que resulta indispensable para una publicación de otro tipo, apuntar a problemas claves, polemizar, lanzar avances de nuestros estudios, "robar" materiales teóricos sobre los que nos interese trabajar, aunar en un solo medio las distintas propuestas e iniciativas de todas las áreas de Historia; el grado, el postgrado, las electivas y el IAA.

El primer número de esta nueva etapa es -por supuesto- apenas un esquema de lo que pretendemos. En él aparecen algunas investigaciones y avances de miembros del Instituto, un espacio para otras áreas que por ahora sólo ha sido cubierto -y de manera parcial- por el postgrado, y una recopilación de textos sobre un tema que empieza a hacerse dificultosamente un merecido lugar: la historia de los sectores populares.

Las tres secciones distan mucho de estar completas y se nos ocurren muchas más para incorporar: reseñas bibliográficas, trabajos de estudiantes, carteleras, etc.

Confiamos en que el tiempo y el trabajo vayan completando estos huecos, y en que ese completamiento sea índice de un clima académico a la altura de las transformaciones necesarias.

Investigaciones

De las secciones que componen los Cuadernos, la de “Investigaciones” es una de las más importantes para nosotros, ya que a través de ella esperamos poder dar a conocer informes, avances o reflexiones sobre las investigaciones que desarrollamos en el IAA.

Estas van a formar parte de los distintos Programas que están funcionando en el Instituto: Programa Buenos Aires, Latinoamérica, Arqueología Urbana, Historia de la tecnología edilicia, de diseño industrial, Estética e Historiografía del Arte.

Programas que iremos presentando en los distintos Cuadernos a través de sus investigaciones, sus objetivos o aquellos temas teóricos que pongan a discusión.

En este primer número, los cuatro trabajos que publicamos fueron desarrollados en el Programa Buenos Aires y presentados en las Jornadas de la Secretaría de Investigación y Postgrado / FAU, en diciembre de 1986.

Problemas del territorio en los tiempos de la ciudad indiana (Pando); inferencias que desde la literatura iluminan aspectos del proceso de metropolización (De Lorenzini); formas de la evolución urbana a través de la investigación tipológica (Novick); o problemas que se ligan al concepto “barrio”, desde el cambio estructural hasta la nostalgia (Silvestri); todos los temas que encontramos en los trabajos plantean la común preocupación por los procesos que hacen a la constitución global de la ciudad, modificando el rumbo que hizo tradicional al Instituto, la preocupación por las arquitecturas paradigmáticas o, en el caso de arquitecturas anónimas, la preocupación exclusiva por los problemas iconológicos.

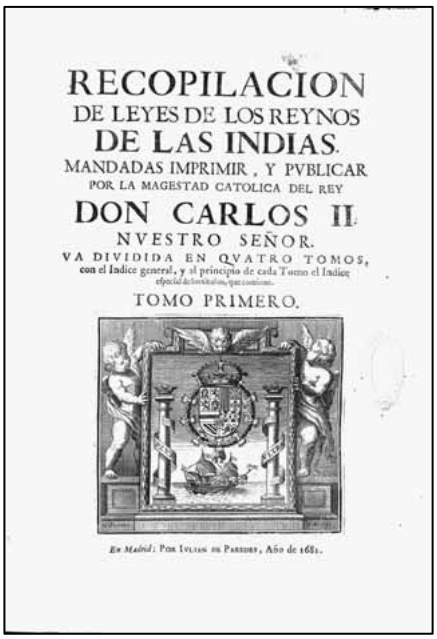
En los próximos números comenzaremos a publicar investigaciones que desarrollamos durante 1987 abriendo el espectro de Programas y temas.

Urbanización Indiana en la Cuenca del Plata (fragmento)
Horacio Pando

5. URBANISMO INDIANO

HABITAR.

Portugueses y Españoles, especialmente estos últimos, instrumentaron estados imperiales que fundaron ciudades y construyeron arquitectura en sus colonias, en una magnitud como no lo había hecho nadie en el mundo en ninguna obra época histórica, ni siquiera esos grandes colonizadores que fueron los Griegos y los Romanos y mucho menos los Ingleses y los Franceses en América del Norte. Hay que detenerse en nuestro estudio e indagar en esta pasión constructiva; por qué el español quiso asentarse, habitar.


RECOPILACION
DE LEYES DE LOS REYNOS
DE LAS INDIAS.
MANDADAS IMPRIMIR, Y PVBLICAR
POR LA MAGESTAD CATOLICA DEL REY
DON CARLOS II.
NVESTRO SEÑOR.
VA DIVIDIDA EN QVATRO TOMOS,
con el Indice general, y al principio de cada Tomo el Indice especial de los libros, que contiene.
TOMO PRIMERO.
En Madrid: Por Iulian de Paredes, Año de 1681.

Ortega y Heidegger nos dan pautas esclarecedoras cuando hablan del habitar y lo relacionan con el construir, aunque dicen cosas de distinto sentido. Heidegger aclara que primero se habita para luego poder construir y el otro pensador lo opuesto, primero se construye para poder realmente habitar[1]. Para uno se está en el mundo y en la naturaleza como parte de ella, con comodidad, para el obro por lo contrario el hombre es un extraño en su medio ambiente y debe guarecerse. Ambos están de acuerdo en que habitar es realizar su vida en una casa, en una ciudad, echar raíces y no ser un nómade; en lugar de andar, asentarse. Los indios de la Pampa vivían en toldos de cuero que levantaban para mudar el lugar siguiendo la caza o huyendo del enemigo y las inundaciones. Vivían completamente libres, estrictamente no habitaban. Habitar es estar preso del espacio, cumplir en él su destino y si debe abandonar su "terruño" es solo temporariamente pues indefectiblemente vuelve, aunque en realidad solo lo haga imaginariamente, en el recuerdo, las "saudade" y la "morriña". El ibérico cuando viene a América busca un nuevo habitar, afincarse, "echar asiento", aunque sea provisoriamente, un provisorio que puede durar para siempre. Por eso funda ciudades; operación complicada, ceremoniosa y que debía gestionarse con antelación en España; viene ya con la idea concreta de fundar. Comienza haciendo ranchos de barro y paja, en cuanto puede de ladrillo, los Portugueses de piedra. El "tomar asiento" en una ciudad, pensemos en nuestro caso de Buenos Aires, no era un morar aburrido e intranscendente (una siesta colonial), por lo contrario significaba un vivir en pie de guerra siempre alerta al asalto de los indios o los piratas, era una zona de frontera. Por eso que los fundadores fueron siempre militares a medias, que trabajaban con una mano en las armas prontos para defenderse.

Ser "vecino" era casi un título nobiliario para el "común" no cualquiera podía serlo, necesitaba aprobación de la península y por consiguiente demostrar sus valores y fuerza económica. El español conservó el sentido romano de la casa encerrada, el "orbus conclussum", era celoso poseedor de su espacio privado, el patio

[1] También J. Zubiri esta en la línea de Heidegger; para él, el hombre se se halla "implantado en la realidad", no arrojado en ella. La tierra es acogedora y hace con ella su vida; no es hostil. C. F. Alfonso López Quintas Realitas Ip464. El mismo autor dice que ve el mundo como

era la clave de la organización, de la arquitectura hogareña: uno, dos, tres si fueran necesarios. En la ciudad el equivalente era la Plaza la Mayor como centro de la comunidad y las más chicas frentes a las Iglesias, donde se nucleaba lógicamente la vida social y por supuesto en la calle, vidriera de la comunidad.

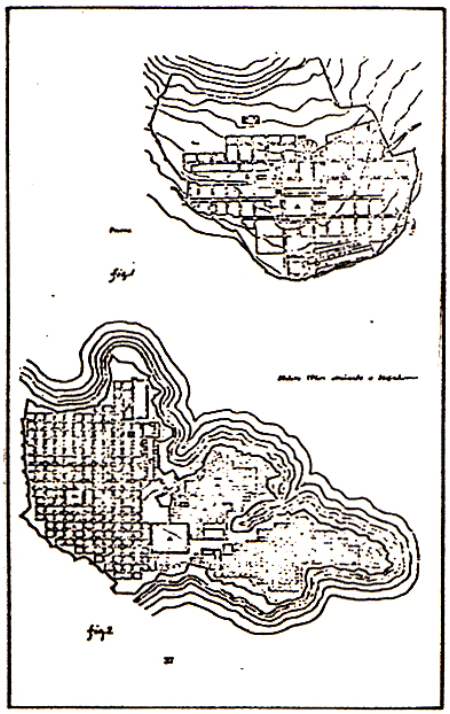
El español no hacía campamentos ni establecía lugares efímeros quería radicarse, echar raíces, dividirse vorazmente la tierra de la región en forma que ni siquiera podía manejar. Ya pasada la fiebre del oro y la plata los ideales cambian pero la fuerza fundacional y el ahínco constructivo se mantienen constantes. Un tema que no es nuestro pero que debemos subrayar es la importancia que tiene en todo lo hablado la constitución de una familia en tierra americana muchas veces con mujeres indígenas.

Teresa de Ávila, que tenía un hermano en la conquista del Río de la Plata, no habla en su obra de América, como nadie lo hace en el siglo de Oro de la literatura española pero si cuando habla del alma lo hace de las "moradas" como indicio de esta raíz hispánica.

En latín habitar quiere decir ocupar un lugar vivir en él, y morar es demorarse, quedarse en él. Es un amor del hombre por el espacio que le hace dedicar gran parte de su vida y de sus esfuerzos a construir lo que será en sentido genérico su habitación, su morada. "Que habiendo sembrado, los pobladores comiencen edificar. ... comiencen con mucho cuidado y diligencia a fundar y edificar sus casas de buenos cimientos y paredes...", Ley XV, Ordenanza 132 de Felipe II.

Leyes de Indias: "No permitan que los indios entren en la ciudad hasta que este hecha y las casas en forma, que cuando los indios las vean, les cause admiración, y entiendan, que los Españoles pueblan allí de asiento", Ley 24, Ordenanza 137 de Felipe II.

EL DAMERO



Los españoles se encuentran en América con un problema real y urgente: hay que levantar ciudades como componentes de una conquista acelerada. Qué forma darle a estas ciudades y como organizar el espacio interno y el circundante, como relacionarlos, como dividir la tierra, dónde debían estar los principales edificios, como acomodarse a la situación de ser puerto eran todos problemas que debían solucionarse mediante una correcta teoría urbana.

Desde la primera ciudad fundada en América, Santo Domingo en 1502, se adopta el trazado en Damero que ha de dominar en todo el proceso, y en este preciso caso sin normas ni aparentemente directivas de la metrópolis. El trazado en Damero tiene una larga historia muy bien estudiada, remontando sus antecedentes precisamente al caso de la colonización de los griegos en el oeste (siglo VIII a.c.). Siguiendo a Woodhead dice que existen muchos ejemplos de ciudades regulares en damero con trazados rígidos. Hipodamos tiene mucho éxito con el trazado de Mileto y a partir del S. IV se convierte en norma como en Rodas, Priene, Alejandría y Corinto. Aristóteles dice que

"opaco, foráneo, extraño, hostil". En cambio Heidegger evita en sus últimas obras el termino arrojado (Gerworfen) que esta en oposición con su idea del "habitar"

Hipodamos “inventó el trazado de las ciudades”. Los romanos adoptan el trazado en Damero con el sistema de dos avenidas importantes perpendiculares entre sí, el “cardus” y el “decumanos” y un trazado interior en cuadricula. También en los campamentos se manifiesta el mismo diseño en forma clara. Las colonias romanas se deformaron con el retiro de los conquistadores en cambio los campamentos, como el caso de Colonia (Köln), mantiene una traza rigurosa y con el tiempo se convierten en ciudades al generar actividades comerciales alrededor. En Francia se continúa la tradición con las ciudades Bastidas del siglo XII como Montpasier.

Con la reconquista española los campamentos militares siguen el trazado rígido de los romanos como el que hicieron construir los Reyes Católicos en Santa Fe, cerca de Granada.

Torres Balba cita en España veinticuatro ejemplos de ciudades Damero construidas entre los siglos XII al XV.

Como dato de interés debemos recordar que hay estudiosos que establecen un origen común para todas las primeras culturas del mundo incluyendo las Pre-Colombinas y precisamente hablan de este trazado en Damero como de una de las características a tener en cuenta. Dice Moholy Nagy que “con las dictaduras militares propias de los Incas y los Aztecas (aparecen) las ciudades ´bastides´ de plano en damero”. Un conocedor del tema como Hardoy dice que no sabe de ciudades de este tipo en las culturas americanas como no sea el de la ciudad de Méjico.

Debemos tener en cuenta otra corriente que fue muy importante en el urbanismo de la época moderna y que tiene aspectos totalmente diferentes al trazado en Damero aunque pertenece a las mismas ideas de modernidad. Nos referimos a los tratadistas italianos del Renacimiento que desarrollan toda una teoría a través de muchos libros pero con poquísimas aplicaciones. La mayoría de estos teóricos están influenciados por Vitruvio que fue medianamente conocido en la Edad Medía y de quien se habían realizado varias ediciones en el Renacimiento, y en 1587 una importante en España.

Los tres mas relevantes fueron: Alberti con su tratado “De Re Aedificatoria”, 1485, Filarete “Trattato d-Architettura”, 1464 (?) y Francisco di Giorgio Martini “Trattato di architettura civile e militare”, 1482. Hay otros como los San Galato, Cattaneo, Palladio, Vignola, Serlio algunos de los cuales no dejaron obra escrita. Una mención especial merece Leonardo Da Vinci.

Sus diversas teorías podríamos agruparlas en el modelo de ciudad ideal concéntrica, de formas regulares como el pentágono y poliedros de más lados. El Renacimiento pagaba en este caso su cuota con la búsqueda de un modelo ideal o prototipo al cual se le agregaba una formal rigidez de tipo geométrico. Las calles interiores, en los ejemplos coherentes, eran radiales y las transversales circulares o siguiendo paralelamente a la figura principal. Sin embargo muchas, atendiendo a razones prácticas tenían trazados rectilíneos. Lo sorprendente de estos diseños es la similitud que tenían con la arquitectura militar, las fortalezas, y el que siguieron utilizando estás formas por mucho tiempo.

Estas teorías circularon en libros de escasa repercusión, tardíamente publicados, conocidos en forma fragmentaria, es decir que han tenido probablemente muy poca gravitación en la realidad de la época aún cuando en los círculos intelectuales cortesanos fueran objetos de discusión.

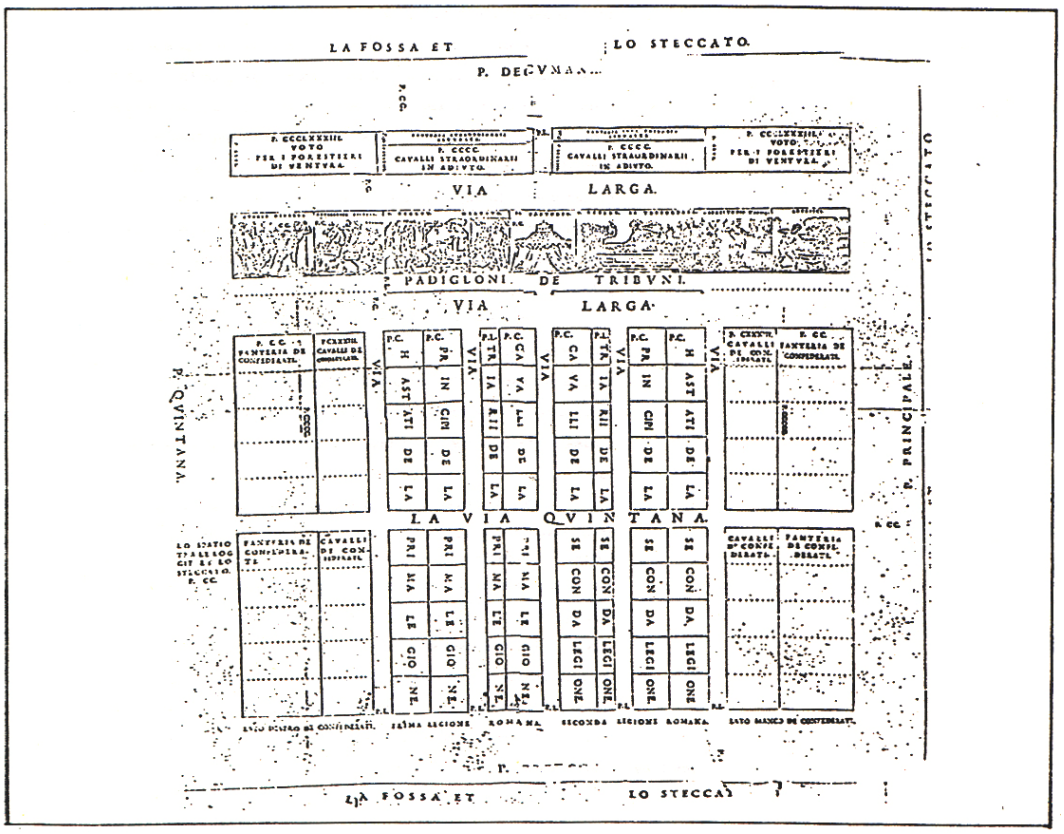
Este tema del urbanismo idealista del Renacimiento[2] tiene interés para nosotros por mostrar la diferencia con el español concreto, realista y suficientemente verificado. El trazado en Damero si bien no fue

[2] El Renacimiento había descubierto el diseño, el dibujo, la esencia de las cosas que permitía representar sus limites y manejar esa realidad a su gusto aunque fuera en imágenes. La arquitectura y la ciudad podían dibujarse, más aún debían dibujarse porque ante un terreno pelado había que anticipar y ordenar mentalmente los edificios, las calles y Las plazas y nada menos que dar la tierra en posesión a los propietarios.

original, su utilización si lo fue y constituyó una de las dos corrientes en que se dividió el urbanismo moderno, el Renacentista y el Español. Su eficacia queda demostrada en que aún se lo sigue usando y no ha sido superado todavía en la práctica masiva.

El Damero respondía a una idea de modernidad de la vida urbana en contraposición a lo que había sido hasta entonces habitual durante la Edad Media. Las ciudades, por necesidades de defensa, estaban encerradas en murallas que las encorsetaban impidiéndoles expandirse, lo cual las obligaba a crecer hacinándose hacia el interior y ocupando hasta el menor de los lugares habitables. La ciudad terminaba por ser promiscua, sucia y francamente inhabitable pero aparentemente segura.

Con los tiempos nuevos, cambian por lo pronto las armas y la guerra, que se hace profesional, se concentra en las fortalezas, las ciudades ya no son invulnerables y por esto pierden su sentido las murallas, nace la idea de la ciudad abierta[3]. Simultáneamente se valoriza higiénicamente el aprovechamiento del sol, los vientos, la orientación y por esos se piensa ya en calles anchas y casas bajas, rectas y bien orientadas. Son estas condiciones que van determinando al trazado en Damero.

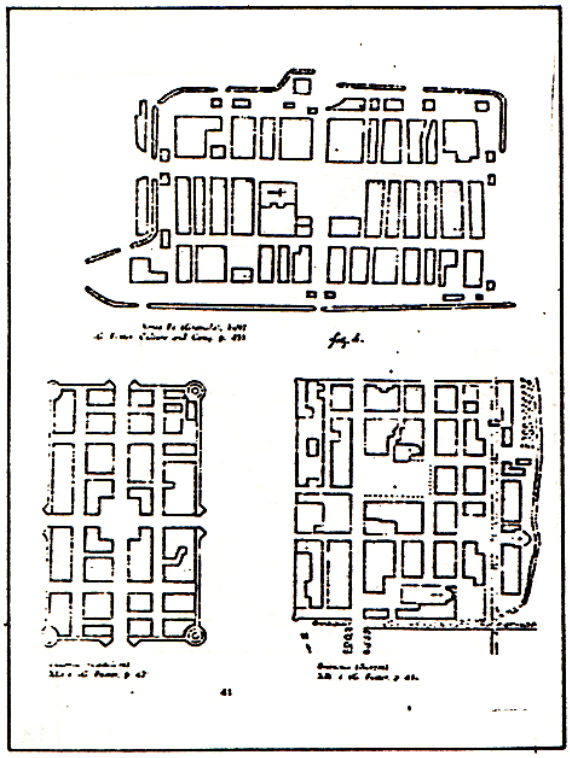


El Damero tiene otra ventaja con respecto al crecimiento o sea que a lo largo del tiempo la ciudad podía avanzar y crecer hacia todos lados en el simple expediente de multiplicar su módulo. La ciudad medieval crecía en forma organice e irregular hasta ser contenida por la barrera de la muralla y solo avanzaba cuando se construía una segunda o tercera barrera más grande que contenía a las otras. El Damero pese a su dibujo cerrado

El urbanismo Español es un concepto moderno de ciudad, por primera vez se trata a esta como una cosa unitaria. una forma. Algo que no se hace naturalmente a lo largo de un espacio de tiempo sino que sucede como una implantación decidida en el paisaje, rotundamente nueva. Tiene mucha influencia militar, y tal fue una de las más importantes facetas de las ciudades americanas, lugares para defenderse, hacer la guerra. y reaprovisionarse estratégicamente. La ciudad pese a su costosa preparación y sus formalidades fundacionales era una decisión y un hacer claro y rapado.

[3] Fue la pólvora, la capacidad de destruir a distancia la que introdujo los primeros cambios fundamentales en el planeamiento urbano desde los días de Jerico. v.b. Churchill.

y su formal ejido en la realidad no tenía límites, se preveía un desarrollo normal. Interiormente en el área urbana solo había trazado un dibujo que empezaba a llenarse paulatinamente con construcciones en torno a la plaza Mayor y en forma de escalera como sucede en Buenos Aires.



Sin embargo el Damero tan sencillo, tan racional, tan fácil de trazar por los conquistadores tenía sus problemas. Una cosa era el plano y otra la realidad. La cuadricula a pesar de su aparente rigidez se adaptaba a las sinuosidades inevitables de cualquier terreno. Estos accidentes y la impericia de los agrimensores que trazaban "a cordel" las calles y manzanas y plantaban los mojones, transformaban la cuadricula en una trama bastante irregular. El asalto del dibujo a la realidad comenzaba concretamente con la Cruz mojón para la Iglesia Mayor y luego el Rollo de Justicia, de ahí arrancaban las manzanas cercanas y el resto de la ciudad que se medía con una cuerda de medida determinada y cuyo trabajo se hacía en un mismo día.

El tema se complicaba porque la distribución de la tierra afectaba a toda la región, una ciudad no era un campamento ni un real sino un asentamiento que involucraba todo el territorio circundante del cual la ciudad es el centro. Este territorio debe dividirse en parcelas más grandes para chacras y estancias, para agriculturas las primeras y para ganaderías las otras. Debían preverse también tierras sin propietarios o mejor de propiedad común pegadas a la traza urbana, para alimento del ganado doméstico y crecimiento futuro, el ejido.

La tierra se dividía así [4]:

- lotes urbanos 1/4 manzana

- quintas urbanas, 1 manzana

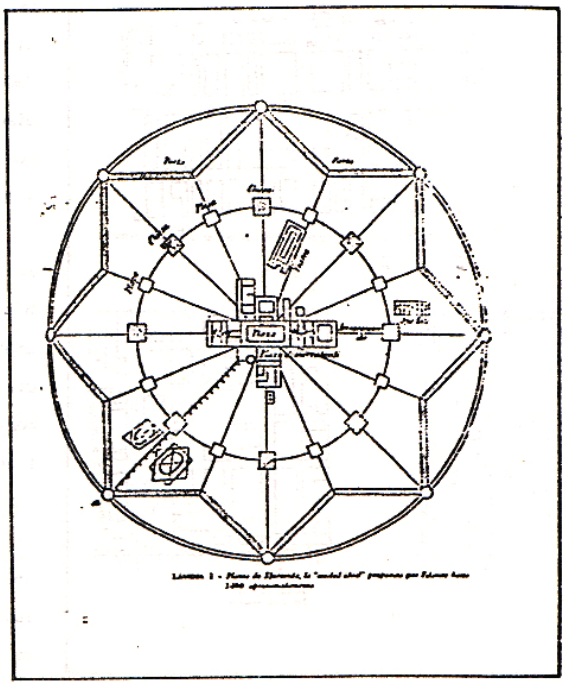
- chacras, 1 legua x 350 a 500 varas

- estancia, 1 legua x 1,5 legua.

El traslado a la realidad originó innumerables conflictos legales que obligaron a mensuras nuevas que a su vez provocaron más controversias que soluciones. Los limites de unos se extendían sobre otros, especialmente en las grandes extensiones como las chacras o había abandonos de tierras por quienes nunca la usaron o se retiraron de la ciudad para no volver. Sin embargo la sencillez de estos trazados nos permite afirmar que simplificó mucho esta clase de problemas de por si tan engorrosos y complicados.

[4] Había otros tipos de reservas de tierras los "propios del común" y las "dehesas" que no se usaron en la repartición de Buenos Aíres.

En síntesis, las ventajas más notorias del Damero podemos enumerarlas así:



Fácil traslado del dibujo a la realidad y sencillez de forma, circulación adaptada al caballo y al carro dentro de la ciudad, crecimiento indefinido.

El Damero[5] fue muy usado en América por los Españoles desde la época del ya recordado Ovando y se hicieron ciudades como Cartagena (1533), Bogotá (1541) Caracas (1567), Mendoza (1561), San Juan (1562).y Buenos Aires en 1580. Según Benévolo se conservan en los Archivos de Indias los planos de más de cien ciudades importantes realizadas en los primeros cincuenta años de la conquista. El grueso de este proceso fundacional termina en el Siglo XVI, probablemente Buenos Aires es de las últimas grandes e importantes fundaciones.

LEYES DE INDIAS

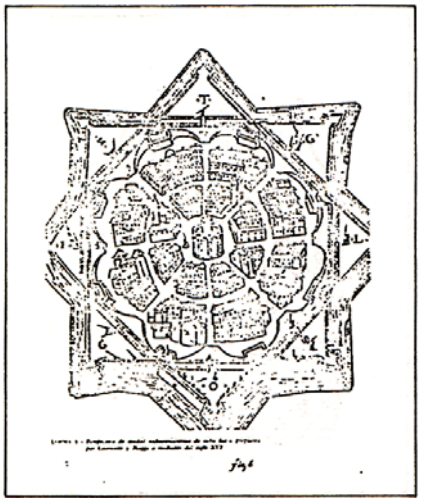
Las Leyes de Indias en las partes correspondientes a las normas urbanísticas son las más antiguas reglamentaciones codificaciones que encontramos en la materia. Antecedentes únicos fueron el libro de Hipócrates sobre “Aire, agua y lugares”, con recomendaciones para seleccionar los sitios de fundación, el libro de Vitruvio “Los diez Libros” y algunas notas de la “Política” de Aristóteles. Antecedentes más cercanos y ya europeos pueden considerarse a Tomás de Aquino con su “Sobre los gobernantes” y, ya en España, Alfonso el Sabio en el Código de las Siete Partidas. Contemporáneas pueden ser las filtraciones de los tratadistas del Renacimiento ya vistas, como Alberti, Filarete o Giorgio Martini.

Las Leyes de Indias es el nombre genérico de una recopilación de Cedulas Reales, Ordenes Reales, Pragmáticas, Provisiones, Resoluciones, Sentencias, Cartas relacionadas con América y provenientes de todas las esferas del poder incluidas las americanas como Los Cabildos. Las Ordenanzas y Estatutos si bien provenían de América necesitaban La aprobación del Rey. Las dedicadas a este aspecto son veintiséis Leyes agrupadas en el Libro IV- Título VI. De La población de Las Ciudades, Villas y pueblos. La Recopilación fue ordenada por Carlos II en 1680 y las referentes a las ciudades son medidas tomadas en distintas oportunidades siendo la más vieja de Carlos V en 1523, Lluberes habla de las ordenanzas de 1583 pero sin ningún tipo de aclaración y otros autores hablan de una recopilación de ordenanzas de Felipe II en 1573. Las referencias a la fundación de

[5] NOTA GENERAL
El Damero en los Estados Unidos:
En la urbanización del norte de América se generalizó prontamente el trazado en damero hasta ser universal. Hubo en un principio dos grandes corrientes de vida urbana, la popular y democrática en Nueva Inglaterra, al norte y al sur la aristocrática zona de Virginia, sin embargo ambas terminaron por aceptar el damero. Filadelfia fue la primer ciudad con un riguroso trazado en damero. Hay que hacer notar que el proceso fundacional en Estados Unidos comienza prácticamente cuando ya está casi agotado en América del Sur. Si bien este trazado obedece a la abundancia de tierras y al nuevo concepto de vida urbana con grandes calles y plazas, sin ninguna preocupación por una defensa que era imposible para la artillería, no esta demás sospechar que las ciudades Indianas del sur debieron ejercer una influencia considerable a pesar de que los americanos no lo tienen en cuenta.

ciudades tiene muchos aspectos de orden físico pero también social y jurídico. Aconseja sobre la mejor elección del sitio según las alturas, los vientos y la mayor o menos proximidad de las aguas, tanto del mar como del uso diario. Desaconseja la construcción de puertos por tenor a los corsarios y comenta la construcción de empalizadas; una de las tantas cosas que fue poco seguida por los fundadores. Se dan normas sobre el trazado a cordel y regla de las calles y de la ubicación de los principales edificios. Se dan reglas más precisas sobre el tamaño, forma y calles de las Plazas y se ordena partir en expedición con el plano ya hecho de la ciudad a fundar.

En realidad es un pequeño número de normas, recopiladas en un siglo, trabajo de los licenciados de Salamanca con medidas que pocas veces fueron llevadas a la práctica y otras que no aparecen en las Leyes. Es extraño pero no se habla para nada del trazado en Damero que fue una constante mantenida por los fundadores en una forma no codificada.



Más importante es el tema de la propiedad de la tierra ese si férreamente seguido en la práctica. Solórzano dice que la tierra es toda dominio del Rey y que solo se accede a su propiedad por su "gracia y merced". Los Virreyes, Gobernadores y Cabildos podían distribuir suertes de solares y tierras en los territorios nueves sujetos siempre a la aprobación de la Corona. Hecho el repartimiento, que no debía afectar la tierra de los indios ni las minas, se accedía a un efectivo dominio solo por el trabajo continuo y ocupación de cuatro a ocho años. En tiempos de Felipe II se buscan recursos por vía de la Almoneda o venta de tierras en América casi siempre por remate, tierras de "realengo", al mejor postor. Los tres medíos de acceder a la tierra eran pues el repartimiento, gracia o suerte, la almoneda y por supuesto la compra común de la tierra a los poseedores.

La recopilación de Leyes de Indias tiene valor en materia urbanística como exponente de las ideas del urbanismo español y de sus características de modernidad pese a su brevedad pero como código legal en su momento fueron de relativa eficacia pues llegaron cuando ya el proceso estaba prácticamente cumplido.

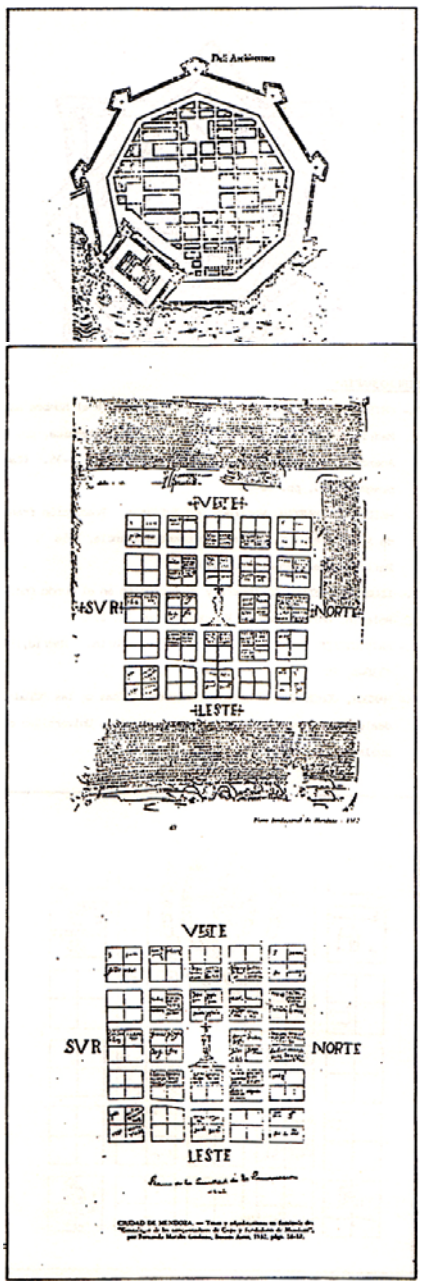
Las fechas de las leyes provienen de: "Reales ordenanzas e instrucciones sobre descubrimiento y nueva población", Carlos V en 1526, y "Ordenanzas sobre descubrimiento nuevo y población" de Felipe II en 1563.

LOS POBLADORES

Durante el siglo XVI que fue el de las grandes fundaciones, incluida Buenos Aires, el flujo de Españoles no fue grande, era muy difícil la venida A América. Una expedición como la de Mendoza, de 1500 a 2500 personas, fue un caso excepcional. Al principio solo pedían reclutarse pobladores de Castilla y León, los únicos dueños de estas tierras, que comprendían también los reinos de Asturias, Galicia, Extremadura, Andalucía y las provincias Vascas [6]. Ni que hablar de otros europeos prácticamente en guerra con España o con conflictos

[6] Los regionalismos competían en el poblamiento y la experiencia mostraba como en Perú que su coexistencia traía profundas complicaciones por eso se pregonaba generalmente en Andalucía. De ahí se deduce todo un estilo de vivir y de ser así como una escuela de caballería, la "jineta", que pasaría luego como tradición campera nuestra. Algunos cronistas anotan el hecho de que la vida y las costumbres en Buenos Aires eran semejantes a las de Andalucía. Lo mismo pasaba con los armadores de flotas y capitalistas donde era muy grande la rivalidad entre los Gallegos y los Sevillanos.

religiosos. Más tarde con la unión de España se extendió la autorización a todo el territorio, flujo que se intensifica en el s. XVII y desangra á España en el XVIII.



Los españoles del Río de La Plata, específicamente Asunción, eran de condición humilde, no como los conquistadores de Méjico y Perú, por esa razón las condiciones sociales en esta área de la conquista y colonización, por lo menos durante el s. XVI, fue francamente abierta y muy diferente a aquella. Estos hombres se unieron fácilmente a las dulces indias guaraníes y formaron familias donde los mestizos tenían el "status" del padre. Comienza a tomar forma la realidad americana con la lejanía de España y de las autoridades, la "gente" gravita en las decisiones y consejos del gobierno de la ciudad que cada vez más se parece al municipio castellano medieval y se convierte en el municipio autárquico "indiano". A la par surge el caudillo como intérprete de esa "gente" Irala, Garay, Hernandarias, que serán los verdaderos fundadores de ciudades en el sur. Todas ellas fueron hechas con pregones para alistar "gente" de ciudades americanas y con preponderancia de criollos y mestizos sobre Españoles como en el caso de Buenos Aires [7].

La situación social se regulaba por la posesión de la tierra; los recién llegados que no poseían nada eran los "domiciliados o estantes" así como los hijos de pobladores y fundadores de las ciudades, cuando se "pregonaba" una nueva fundación de ciudad se ponía en marcha la "jornada" y la gente se alistaba o "asentaba" en ella. Se decidían las nuevas autoridades, se trazaba el plano y se seleccionaban los nuevos pobladores o vecinos que tenían que tener varías condiciones. Cierto capital, ser casados pues se trataba de poblar, no tener tierras en otro lugar y saber manejar armas. Luego al repartirse las tierras de la ciudad, que eran de realengo, el don nadie pasaba a ser un vecino o sea un señor de "solar conocido", el sueño de todo Español empobrecido. Buenos Aíres se funda en estas mismas condiciones con un agravante que se necesita buscar tierras para repartir entre los jóvenes mestizos y criollos que por no tenerlas en Asunción viven en continuos disturbios turbando la "paz de Mahoma".

Este hecho de la repartición no se consumaba sino con la efectiva ocupación y trabajo de la tierra y el vecino quedaba además ligado a la "jornada" y debía obediencia a las autoridades de la ciudad y no podía irse de ella.

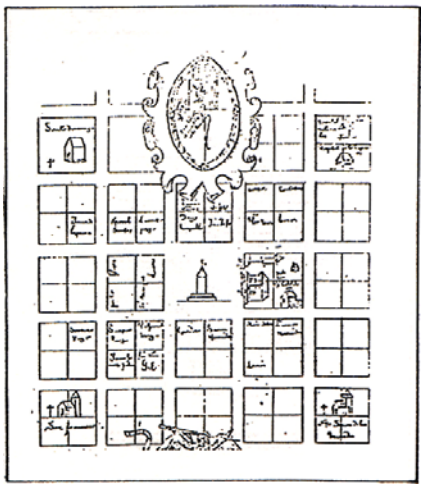
[7] Precisamente la situación en Buenos Aíres debe decirse que era una ciudad de blancos, prácticamente sin indios ni mestizos. Los aborígenes no se sometían al régimen de las "encomiendas" y vivían libres en las Pampas sobretodo cuando se hicieron dueños del caballo. El componente fundamental de la ciudad era el criollo que se fue empobreciendo frente a oleadas de nuevos pobladores españoles y portugueses. El porteño retira a las "orillas" y forma la mano de obra de "a caballo" que trabajare en las estancias. Con herencia y mística Andaluza del señor "de a caballo". En Buenos Aires no hubo problemas raciales, ni siquiera los negros que luego la invadieron, pero sí políticas. Se creó una población que fue la proveedora del espíritu de libertad del puerto y que en 1810 arrasaría desde las orillas precipitando los confusos acontecimientos políticos. Ver J. M. Rosas. Historia Argentina T. I

Los nuevos pobladores de Buenos Aíres ya sabían que no encontrarían en las cercanías indias dóciles, solo los pocos que habían traído de Paraguay, algunos Guaraníes de las Islas (bastantes a juzgar por la repartición de Garay). Con el tiempo suplen la mano de obra con la importación de Negros de África, comercio infamante, generalmente en manos de Portugueses. El Indiano no tenía muchas intenciones de hacer trabajos en el campo, más aún con la "escuela" moral de Asunción, así que las tierras mucho no se trabajaron. Los habitantes fueron pocos, las "estancias" prácticamente no se usaron. Poco a poco los criollos y mestizos pobres y hábiles en el manejo del caballo; como los indios pampas, fueron creando un tipo humano especial, el "gauderio", más tarde el gaucho.

MITOS E IDEALES

La colonización de América se implementó a través de la fundación de ciudades, fue eminentemente urbana. Es en realidad un proceso complejo donde los mitos e ideales atraen a los hombres a largas penurias y sacrificios abrumadores.

Conviven gentes que piensan muy distinto y que buscaban cosas diferentes. Se dio pues de todo, intereses y creencias religiosas, deseos normales y ambiciones desmedidas, en fin lo bueno y lo malo todo junto. Hay que repasar éstos factores para tener una comprensión somera dé las motivaciones que actuaron en este fulminante proceso histórico.



El primero de todos me parece ser el mito de Marco Polo con las riquezas del Catay y de Cipango, corroboradas por el activo comercio de especias con Oriente. Aparentemente este objetivo motivó a los aventureros de España y Portugal, y por supuesto a Colon. La Corona Española tuvo su mito de rivalidad con Portugal, lucha por el poder que luego transfiere a Francia y por fin a Inglaterra. Surge incontenible el de las riquezas del Perú y Méjico de las minas de Potosí, ambición bien tangible. En nuestro sur, tan lejano del centro de la conquista, también se acunaron mitos particulares como el del Rey Blanco, versión nuestra de la leyenda del Dorado y la fabulosa ciudad de los Césares. Estas ilusiones movilizaron hombres y barcos al Río de La Plata y fundaron ciudades con la posibilidad de acercarse cada vez más a la fuente de riquezas. Pasada ya esta fiebre de plata y oro, cuando las posibilidades se anularon, sin embargo se conservaba en el fondo del corazón este deseo de aventuras y es entonces que Garay hace una nueva expedición al sur desde la recién fundada ciudad y también Hernandarias.

La otra cara de la conquista de América es la de la Cristianización, la cual implicaba el reconocimiento del carácter humano de los indios (!) Luego la defensa de los derechos humanos frente a los desbordes de los indianos en el trato a los aborígenes. La misma situación vale para los esclavos negros. Desde ésta vertiente aparecerán más tarde las socializantes Misiones Jesuíticas inspiradas en la Utopía de Tomás Moro.

Enterradas las ilusiones de fáciles ganancias aparecen nuevos objetivos más modestos y razonables. Tanto los indianos mestizos y criollos como los Españoles querían asentarse en su solar y propiedades para trabajarla y formar una familia económicamente sólida. Ahora se atrae a los pobladores, como hizo Garay para Buenos Aires, ofreciendo recompensas como la de los baguales cimarrones que poblaban la Pampa. En un futuro

no muy lejano serán grandes masas las que inmigrarían buscando simplemente escapar al hambre y la desocupación de Europa. Sesenta millones de Europeos emigraron a América en el siglo XIX y principios del XX.

BIBLIOGRAFIA

1.- ORTEGA Y GASSET, JOSE. Pasado y Porvenir para el hombre actual. Madrid, 1962. El mito del hombre allende la técnica. pp. 21-33. Anexo: en torno al "Coloquio de Darmstadt", pp. 31-35. (Campos pragmáticos), pp. 52-58

HEIDEGGER, MARTIN. Vorträge und Aufsätze. Traducción francesa de André Préau: Essais et Conférences Francia, 1958 Batir habiter Penser, pp. 170-193

2.- LLUBERES, PEDRO. El Damero y su evolución en el mundo Occidental. Boletín. Universidad de Venezuela. n° 21. 1975

3.- ARISTÓTELES. Política. Traducción de J. Marías, Madrid, 1951 1330-b, 25

4.- HARDOY, JORGE E. Las características físicas de las "Ciudades Ideales" del Renacimiento en Italia. Boletín Universidad de Venezuela n° 21. 1975. pp. 67-136.

Buenos Aires, tipos de hábitat y formas de estructuración urbana
Alicia Novick

"La respuesta en sí
¿podría repetirme la pregunta?"
Woody Allen

INTRODUCCION[8]

La imagen que se desprende del paisaje de Buenos Aires no es verdaderamente ordenada. El visitante extranjero y también el poblador local se impresionan por el perfil quebrado de sus manzanas, la heterogeneidad de sus fachadas, aquello que alguien denominó alguna vez "ensalada de estilos".

Nosotros pensamos que tras esta imagen caótica se oculta un orden cuyos mecanismos hay que desmontar. Ese "orden oculto" es el producto de una combinatoria de diferentes lógicas que hacen a la especificidad de la problemática urbana en la ciudad de Buenos Aires; lógicas cuya combinatoria ha ido constituyéndose en un proceso histórico de selección y sedimentación de lo construido.

El modo de aproximación que hemos elegido para plantear esta problemática es el del estudio de la relación tipología arquitectural - morfología urbana; a partir del estudio de la arquitectura del hábitat. Hacemos nuestro como punto de partida el supuesto planteado por Lefebvre[9]: "desde el punto de vista meteorológico, parece indicado abordar el fenómeno urbano desde las propiedades formales del espacio".

Según dicho autor, si bien el espacio construido es el resultado de la proyección sobre él de sistemas de otra naturaleza (política, socioeconómica), posee, en si mismo, una consistencia propia. Como señala Jean Castex, H. Lefebvre "decidió estudiar la forma física para leerla como un texto que le permite llegar al contexto: la realidad social que la produjo y ella contribuye a su vez a reproducir como mediación" [10].

Este principio de análisis es aplicado en cada uno de los pasos de nuestra investigación: el análisis morfológico es utilizado como fuente de preguntas, cuyas respuestas se encuentran mas allá de lo formal -en lo social, cultural, político, etc.- pero que, sin embargo, en un segundo momento, reenvía a lo formal como el elemento más estable de dicha configuración.

La problemática tipología - morfología surge, sin embargo, en un contexto bien diferente de aquel en el cual intentamos aplicarla. De ello han resultado una serie de dificultades metodológicas básicas cuya solución constituye ya un reflejo de la especificidad de la ciudad de Buenos Aires.

El problema fundamental con que hemos tropezado es el de la zonificación preliminar sobre la base de datos demográficos y morfológicos agregados, que normalmente se realiza antes de abordar la problemática del hábitat.

---

[8] La organización y redacción de este articulo no hubiera sido posible sin la intervención del Dr. Jorge Walter, particularmente en lo referido a sus aspectos sociológicos. En la investigación en curso que lo sustenta, contamos con la colaboración de la Cátedra de Historia I 1I del Arq. Miguel Asencio, agradecemos particularmente a sus alumnos y a la Arqta. Graciela Brugnoli, que confeccionaron el material gráfico y están abocados actualmente a la árida tarea de analizar un montón de planos para dar forma a un catálogo tipológico.
[9] LEFEBVRE, Henry – "La révolution urbaine", pág. 11, Gallimard, Paris, 1970 (hay traducción en español)
[10] CASTEX, Jean – "Enjeu et nécessité de l'analyse urbaine", artículo en "Elements d'analyse urbaine" en colaboración con Depaule, J.Ch. y otros, Brusellas AAM, 1980 (hay traducción española)

Al margen de la dificultad de establecer zonas -salvo muy amplias- que resulta de la heterogeneidad de los criterios de recorte espacial en las fuentes de datos demográficos, en la Ciudad de Buenos Aires el proceso de segregación espacial reflejado en el hábitat parece no responder a una lógica de marcados contrastes. Para dar una imagen, la ciudad de Buenos Aires actual parece mas bien "estratificada" que dividida en estamentos (sociedad medieval) o en clases (sociedad industrial). Ello se debe quizá a que Buenos Aires tiene la impronta de su carácter "burocrático-comercial", tal como la definiera Scobie[11]. Es que la Capital Federal es el producto de una fuerte expansión localizada en un breve período coincidente con el de la inmigración extranjera, período que no es el de la industrialización sino el del auge del país agro exportador.

Desde el punto de vista espacial la dificultad queda reflejada en una extraordinaria homogeneidad del recorte parcelario[12], cuyo análisis según Rossi, refleja la larga historia de la lucha de clases[13].

Ante tales problemas, ¿cómo localizar nuestro análisis? Para recuperar la posibilidad del contraste y la dimensión histórica hemos optado por dos zonas fronterizas en el periodo genético de la gran urbanización (fines del Siglo XIX y principios del XX) que pueden considerarse representativas (sin ser extremas) de los polos opuestos de la "escala de estratificación" social impresa, según nuestra hipótesis, en el hábitat de la ciudad actual.

En el seno de ambas zonas, procedemos al análisis de la lógica interna de la morfogénesis de la manzana y, razonando por comparación, procuramos formular hipótesis sobre la lógica de la morfogénesis urbana. Consideramos que ésta última está reflejada en modalidades bien diferenciadas del proceso de selección, sustitución o transformación de tipos (arquitecturales) cuyo resultado son lógicas combinatorias y modalidades de sedimentación especificas que confieren su imagen a la ciudad actual.

Las preguntas que plantea este análisis centrado en lo morfológico nos desplazan hacia un segundo terreno, el del estudio del proceso de producción de los tipos y las prácticas habitantes; esto es, a pasar del tipo arquitectural al tipo de hábitat para examinar su rol en la constitución de las identidades sociales que preside el proceso de segregación espacial [14].

A continuación, procurando ser coherentes con las premisas básicas que hemos fijado, proponemos el siguiente plan de exposición:

Punto l: procuramos ser más explícitos sobre nuestro criterio de elección de las unidades de análisis (manzanas) situándolas espacial e históricamente;

Punto 2: examinamos la lógica de la división parcelaria y de la ocupación del espacio en la parcela en los casos estudiados;

Punto 3: daremos algunos lineamientos generales sobre el catálogo arquitectural característico en cada zona;

[11] SCOBIE, James – "Del Centro a los barrios", Solar-Hachette, Buenos Aires, 1971 - La impronta de la sociedad dividida en clases aparece en el contraste Capital Federal / Area Metropolitana del Gran Buenos Aires.
[12] Es suficiente para comprobarlo, observar el Catastro Municipal, 1940
[13] ROSSI, Aldo – "La Arquitectura de la ciudad", Ed.Gilli, Barcelona, 1979
[14] DEVILLIERS, Ch., establece un nexo entre ambos de acuerdo a la siguiente definición: "…el tipo, abstracción de propiedades espaciales comunes a una clase de edificios, es una estructura de correspondencia entre un espacio proyectado ó construido y los valores diferenciales que le atribuye el grupo social al que está destinado" ("Architecture d'aujourd hui" N' 174)

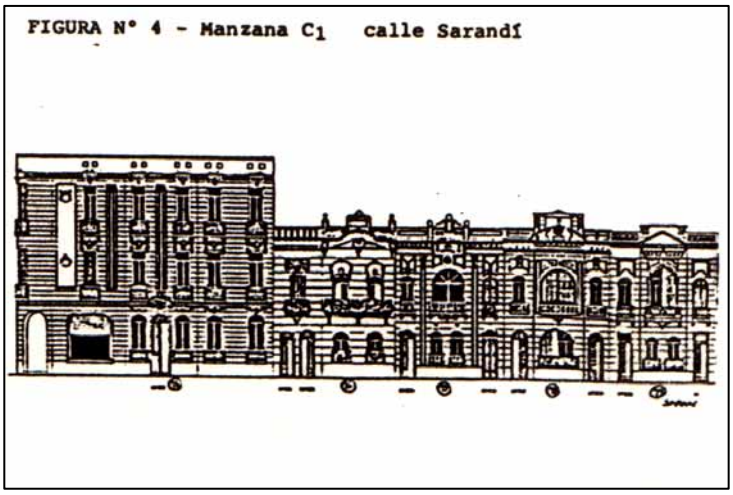
Punto 4: a partir de los resultados del punto 3, esbozaremos algunos principios de análisis que nos parecen pertinentes para la construcción de tipos de hábitat mediante un examen del proceso de producción arquitectural;

Punto 5: razonamos sobre el tipo de hábitat en tanto "Sistema de transformaciones", esto es, sobre la lógica de implantación (permanencia, sustitución, transformación) de cada tipo en el espacio urbano;

Punto 6: examinamos por último dicha lógica de implantación pero de un modo localizado, es decir, procurando detectar y describir las lógicas de composición de los tipos en el espacio de una manzana seleccionada a tal efecto en el seno de cada zona.

Conviene precisar que nuestra investigación se encuentra en una fase intermedia de ejecución por lo cual solo podemos presentar aquí algunos resultados muy preliminares.

l . Dos zonas en las fronteras de la gran urbanización: San Cristóbal y Recoleta



Tal como se observa en el plano Nº 1 donde están marcadas las zonas mencionadas en el título y las fronteras de la urbanización en 1850; 1887 y 1904, puede constatarse que la urbanización del espacio donde se encuentran las manzanas estudiadas, tiene lugar recién en el último período (1887/1904).

Las fronteras norte y sur/oeste son representativas de la modalidad que adoptó el proceso de segregación espacial en dicho período, tal como aparece claramente reflejado, por ejemplo, en testimonios de la época [15].

A los efectos de nuestro análisis, otra de las características importantes de las zonas elegidas, reside en el hecho que no han perdido su carácter únicamente residencial, como seria el caso, por ejemplo, del Balvanera contemporáneo.

En el seno de cada zona han sido elegidas por último tres manzanas (una de las cuales es objeto de un estudio con mayor profundidad) según el criterio de obtener la mayor variedad de situaciones que, sin contrastar con el contexto, permita, mediante el análisis tipológico, obtener una razonable representatividad.

Dichas manzanas han sido indicadas en el plano Nº 1 con los códigos R1; R2 y R3 (Recoleta) y C1; C2 y C3 (San Cristóbal).

[15] A propósito de San Cristóbal: "Aquel desierto, parroquia en el nombre, que en 1875 solo se conocía por sus pantanos y sus lejanías, por los odios de municipalidades nortistas que reservaban para el Sur derrames de basuras y de carros atmosféricos..." (Enrique Navarro Viola. Testimonio citado por LARROCA, Jorge en "San Cristóbal, el barrio olvidado", Freeland, Buenos Aires, 1969).
A propósito de Recoleta, los siguientes avisos aparecidos en "La Nación": "Un espléndido terreno, cercano a Callao, barrio más aristocrático de la Capital, en cuadra de palacios" y "Avenidas Quintana y Callao, notable esquina para un grandioso palacio" (l y 5 de mayo de 1912).

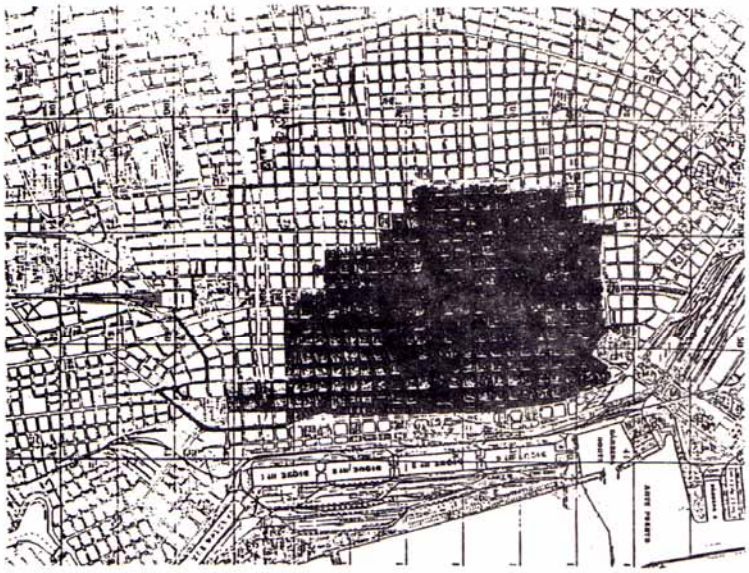


Figura N° 1 : Fronteras de la urbanización y localización de los casos de estudio

En la forma de algunas de las manzanas aparecen irregularidades vinculadas con la red viaria (San Cristóbal) y con la inflexión de la trama octogonal en los límites del trazado urbano de fundación (Recoleta).

2 . La división parcelaria en los casos estudiados

Los materiales con que cortamos para abordar este tema provienen del catastro de 1940 (el único disponible en la Municipalidad) y con un relevamiento actualizado de solo dos manzanas -una en cada zona- elaborado por Vialidad Nacional a partir de nuestras gestiones, sobre fotos aéreas de 1918.

Antes que nada precisemos que en el Catastro Beare (1860/1870) tales manzanas permanecen aún desiertas. Los datos de 1940, dada la fuerte estabilidad posterior de la parcelaria, pueden considerarse representativos, a nivel agregado (tres manzanas por zona), de la situación actual.

El primer dato contrastante es el de la superficie promedio de las parcelas en ambas zonas. Los 714,6 m^2 de Recoleta mas que duplican los 270,6 m^2 de San Cristóbal. Veamos ahora lo que sucede cuando se toma en cuenta la dimensión del frente de parcelas.

Cuadro Nº 1 San Cristóbal (C1; C2; C3) y Recoleta (R1; R2; R3)
División parcelaria según el catastro de 1940

Tamaño del Frente de Parcela (mts.)		San Cristóbal		Recoleta	
		N°	%	N°	%
Mínimo	(-) 8,66	11	10	7	11
	8,66	62	57	5	8
	9/10	21	19	10	16
ST.		94	87	22	36
Mediano	12	5	4,5	19	31
	14/15	2	2	6	10
	17/18	5	4,5	-	-
ST.		12	11	25	41
Grande	20/46	2	2	14	23
ST.		2	2	14	23
TOTALES		108	100	61	100

En San Cristóbal predomina muy fuertemente (casi 90% de los casos) el lote mínimo mientras que en Recoleta aparece una distribución bastante pareja en los tres estratos de tatuado que hemos establecido (los lotes mínimo, mediano y grande tienen respectivamente el 36%; el 41% y el 23% de los casos). Sin embargo, hemos calculado la incidencia sobre la superficie total de las manzanas de Recoleta de los doce lotes mayores y el resultado es claro: ocupan el 46% del espacio.

Al margen de la diferente disponibilidad de capitales que ha quedado impresa en la división parcelaria de ambas zonas, puede deducirse también que el tamaño del lote opera en San Cristóbal, en contraste con Recoleta, como una restricción que se impone al edificio a construir.

Si razonamos ahora sobre el plano y diacrónicamente, utilizando para ello las dos manzanas sobre las cuales contamos con información actualizada (Figuras Nº 2 y Nº 3) es posible arribar a nuevas conclusiones.

Según testimonios, los lotes 4 a 20 de la manzana de San Cristóbal, eran baldíos a principios de siglo (había un circo). Luego por la forma agrupada del loteo, se deduce que tuvo lugar una operación especulativa:

a) lotes 5 a 9, en contrafrente con,

b) lotes 16 a 20 y,

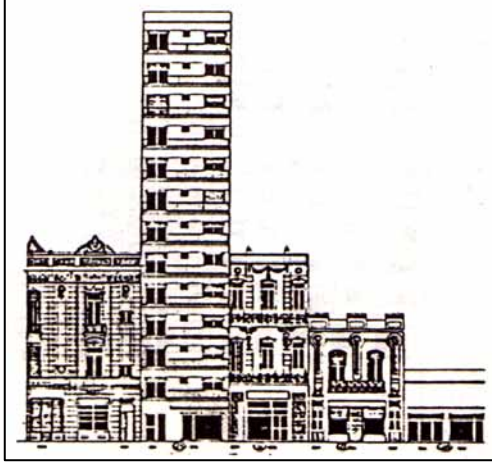
c) lotes 10 a 15 (el lote 11 invade el fondo del lote 9)

En cuanto a las irregularidades (por ejemplo, la forma del lote 4), provienen de la intersección con loteos anteriores.

Observando el plano de 1940 se constata una fuerte densificación inicial sobre el fondo de la parcela (máximo aprovechamiento del espacio exiguo del lote mínimo gracias al tipo edilicio que se construye). Más adelante veremos también que existe una relación entre la forma del loteo (apareado) y la de lo construido (construcciones similares y apareadas en lotes 16/17/18/19; 22/23 y 12/13/14).

Figura N° 5 - Manzana C_1 calle Humberto I°

Figura N° 7 - Manzana C_1 avenida San Juan



Si comparamos ahora los planos de 1940 y 1978 constataremos una absoluta estabilidad de la división parcelaria que evidencia, nuevamente, una escasa disponibilidad de los capitales necesarios para permitir eventuales fusiones o modificaciones en el contexto de un predominio de la parcela mínima. Igualmente, se observa una fuerte persistencia de la construcción antigua (solo cuatro reemplazos sobre 28 edificaciones) y ligeras modificaciones (cerramientos de patios, etc.) que pueden deberse sin embargo, en parte, a problemas del relevamiento o la interpretación aerofotográfica.

En la manzana de Recoleta puede observarse que inicialmente, esta fue dividida en cuatro porciones iguales. Los lotes mayores (ocupados en general por palacios) se sitúan en el centro de las cuadras y llegan hasta el centro de la manzana, del cual se apropian (lotes 4; 5 y 6;

lote 13 -que invade el fondo del lote 12- lotes 26 y 27). Los “rincones” de la manzana son objeto de loteos especulativos con un criterio de escalonamiento.

Si se comparan los planos de 1940 y 1978 se observa que tres palacios (lotes 4; 26 y 27) han sido reemplazados por nueva edificación (horizontal), uno de ellos tras la subdivisión del lote (el Nº 27). Dos casas pompeyanas apareadas (lotes 19 y 20) son también reemplazadas por un horizontal tras la unificación de los lotes. Puede deducirse entonces que existe aquí, en contraste con San Cristóbal, disponibilidad de capitales en un contexto de fuerte valorización de los terrenos que constituye un incentivo a la construcción en altura.

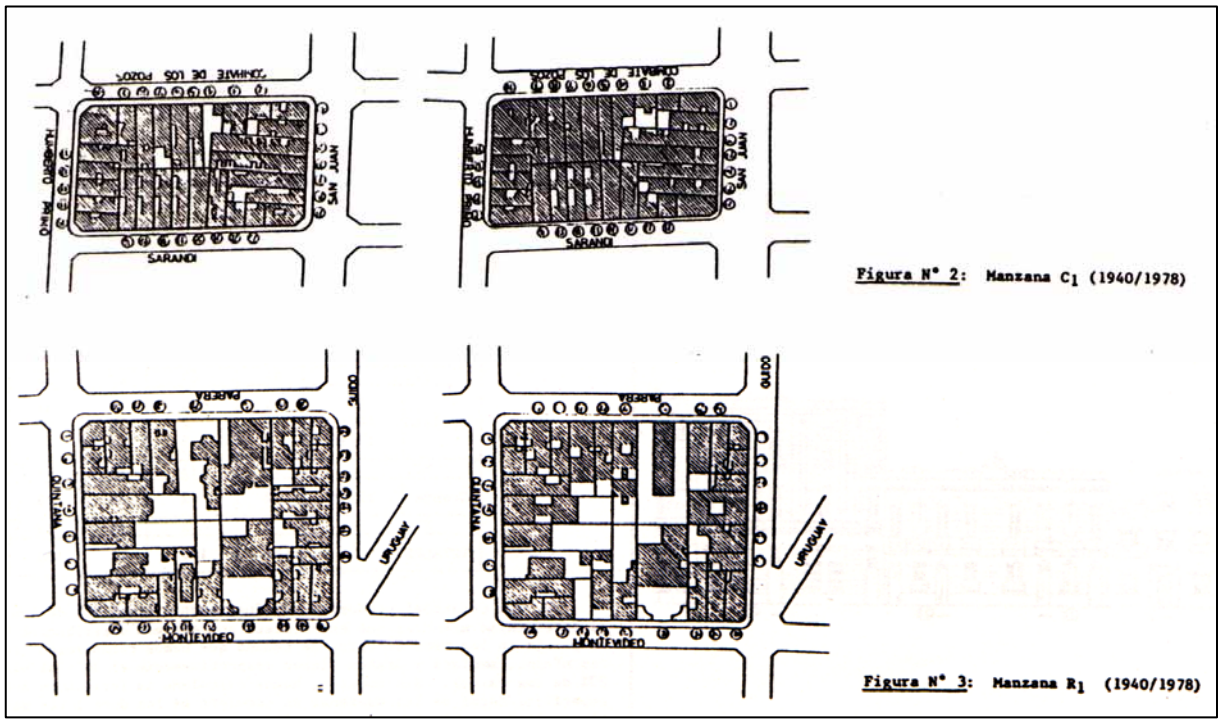


Figura N° 2: Manzana C_1 (1940/1978)

Figura N° 3: Manzana R_1 (1940/1978)

3 . Los tipos arquitecturales

Tal como adelantamos en la introducción, en el estado actual de avance de nuestra investigación es imposible volcar aún resultados de detalle del análisis tipológico [16]. A los efectos de este articulo cuyo objetivo es dar a conocer los lineamientos generales del estudio, bastará con efectuar agrupaciones extremadamente rudimentarias que, sin embargo, nos permitirán dar cuenta de algunos conceptos fundamentales que guían nuestro trabajo de campo [17]

[16] La construcción de tipos arquitecturales con sus variantes exige distinguir y categorizar dos dimensiones de análisis:
a) El espacio construido propiamente dicho (número, disposición, destino de las habitaciones, equipamiento, etc.)
b) La relación espacio interno - espacio exterior (b.l. dispositivo de relación con la calle; tratamiento de los accesos y de la fachada y b.2. modo de ocupación del espacio en la parcela: lugar dejado al espacio exterior privado sobre el frente de la casa) a partir de este análisis es posible poner de manifiesto los signos de diferencias de status y urbanidad que llevan impresos los tipos arquitectónicos estableciéndose así un nexo con su análisis en tanto tipos de hábitat.

Cuadros Nº 2 y Nº 3 Tipos arquitecturales en San Cristóbal y Recoleta (1986)

SAN CRISTOBAL (C_1; C_2; C_3)			
Grupo		Parc.	Total
. Casas de barrio			76
. Edificios de dptos.	altos	10	22
	bajos	12	
. Otros (locales, com. garage, fábricas			8
Total			106

RECOLETA (R_1; R_2; R_3)			
Grupo		Parc.	Total
. Palacios			6
. Petit-hoteles			3
. Edificios de dptos.	altos	38	46
	bajos	8	
. Casa pompeyana			1
. Otros (garage, baldío, bar)			3
Total			59

Puede apreciarse que en San Cristóbal hay un fuerte predominio de la casa baja "de barrio" asociado con el ya señalado predominio del lote mínimo. En Recoleta predomina en cambio el edificio de departamentos en altura.

Si introducimos ahora la dimensión temporal mediante un corte en la década del cuarenta (en dicho momento se confeccionan el catastro y el código y se promulga la ley de propiedad horizontal), los grupos anteriores aparecerán subdivididos aportando nuevas informaciones (Cuadros Nº 4 y 5).

Cuadros Nº 4 y 5: Tipos arquitecturales en San Cristóbal y Recoleta según construcción anterior o posterior a la década del cuarenta.

SAN CRISTOBAL		Antes 40	Post. 40
. Casas de Barrio	Casas chorizo (PB + 1 Piso ó PB + 2 Pisos)	50	--
	Otras (cajón, chorizo, modificadas, etc.)	--	26
. Edific. de Depart.	Bajos	--	12
	Altos	4	6
TOTAL		54	44

RECOLETA		Antes 40	Post. 40
. Edific. de Depart.	Bajos	8	--
	Altos	15	23
. Palacios, Petit-Hoteles		9	--
. Casa chorizo		1	--
TOTAL		33	23

El predominio de la casa de barrio en San Cristóbal surge como el resultado de un proceso que tiene lugar por lo esencial antes de 1940 (téngase en cuenta que la mayoría de las casas de barrio que hemos

[17] En los próximos puntos daremos sin embargo mayores detalles cuando resulte necesario.

consignado como posteriores a 1940, son en realidad antiguas casas chorizo que han sido modificadas o "enmascaradas"). Concretamente, la casa pompeyana, tras dejar su fuerte impronta en el barrio, ha dejado ya de construirse en la década del cuarenta.

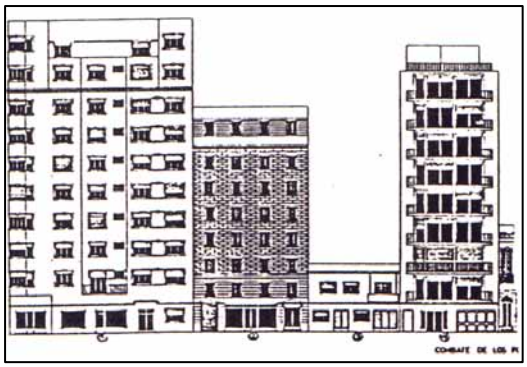
En cuanto al predominio del edificio de departamentos alto en Recoleta, es el resultado de un proceso iniciado antes de los cuarenta (ya por entonces es la construcción dominante). Los primeros que se construyeron fueron bajos (por influencia de los códigos de principios de siglo, la tecnología constructiva disponible y el "habitus" de la casa baja arraigado en la población) y poseían fuertes filiaciones formales con el petit-hotel.

La casa pompeyana "de departamentos" (PB + 2 Pisos), que prácticamente desaparece en Recoleta reemplazada por el edificio en altura ya antes de 1940, sobrevive en cambio en San Cristóbal. Después de los años cuarenta comienza a construirse en este último barrio un tipo de horizontal bajo (lo cual supone economías en servicios) en mucho mayor medida que el alto (12 bajos y 6 altos posteriores a 1940). El horizontal bajo de este tipo está ausente en Recoleta.

De un modo mas general, la diferente valorización de la tierra y, en consecuencia, el diferente valor de lo construido en ambos lugares, se reflejan en la mucho mayor densificación (demográficamente hablando) que tiene lugar en Recoleta, indicadora del proceso de segregación espacial evidente en esta temporalización.

4. <u>Tipos de hábitat:</u> el modo de producción de los tipos arquitecturales

La construcción de tipos de hábitat exige un examen del proceso de producción del tipo arquitectural, es decir, una caracterización del comanditario, del conceptor, del constructor, del usuario y de las relaciones que mantienen entre ellos. Nosotros hemos formulado la hipótesis de que las modalidades adoptadas por el proceso de producción arquitectural, esto es, las formas de correspondencia que lo caracterizan (ver definición nota Nº 4,) responden a diferentes tipos de hábitat.



De un modo general, además del "sistema de comunicaciones" citado, que da cuenta de la existencia de prácticas sociales sobre el espacio que se actualizan en modelos, la producción de los tipos responde también a otros factores determinantes tales como el desarrollo de las fuerzas productivas en la construcción y la capacidad para establecer y utilizar ciertas estructuras formales del espacio (potencialidades o restricciones que plantea el medio físico).

Si aplicamos este razonamiento a los grupos conformados en el punto anterior nos parece posible arribar a una primera y más amplia conceptualización capaz de orientar la recolección de informaciones y la tarea de elaboración de los tipos de hábitat actualmente en curso de realización.

La casa chorizo, exponente característico del hábitat popular[18] puede ser analizada en tanto <u>tipo cultural</u>, resultado de la síntesis de un sistema de modelos culturales con filiaciones múltiples, entre las cuales, la fundamental (pues da cuenta de un lento proceso de adaptación al contexto físico) es la casa colonial "de medio patio".

[18] Las variantes "no pompeyanas" más recientes y menos estudiadas requieren mayor información para su tratamiento que la que disponemos actualmente.

El palacio y el petit-hotel, hábitat de la elite, puede ser analizado en cambio en tanto tipo ideológico[19] resultado de un acuerdo entre un comitente y un conceptor (a menudo extranjero) en torno a un modelo que se inscribe en ruptura con el contexto en tanto instrumento de diferenciación social.

Con respecto a la tercera gran agrupación, que corresponde a los edificios de departamentos, hemos ya mencionado el paso del edificio bajo al alto que se observa en Recoleta antes de 1940.

Durante el período que culmina en 1940, tanto el edificio bajo como el alto, pueden analizarse al igual que el palacio y el petit-hotel, en tanto tipos ideológicos. El factor determinante es aquí el acceso por parte de las elites a nuevas tecnologías constructivas y a nuevos modelos formales que se inscriben, como en su momento lo hicieron el palacio y el petit-hotel, en ruptura con el contexto edilicio. Solo que esta ruptura es ahora doble: a la vez con el modelo aristocrático francés y con la tradición del hábitat popular. El edificio de renta se introduce como una cuña entre ambos.

Durante la década del cuarenta, el Código de Edificación (1943) y la Ley de Propiedad Horizontal (1948) sumados a una difusión de las nuevas tecnologías constructivas y los nuevos modelos formales dan origen a la propiedad horizontal, hábitat de las clases medias que puede ser analizado en tanto tipo normativo (o reglamentario), resultado de una "consagración" legal a la experiencia aquilatada en la construcción de las casas de renta. Al referirnos a la propiedad horizontal, por comparación con el tipo ideológico y el cultural, hay un aspecto que le es característico: su construcción está fuertemente condicionada por una normativa urbanística de control del espacio privado.

A diferencia del tipo normativo propiamente dicho (el caso de las viviendas "de interés social"), el horizontal está pensado, no obstante que el usuario está excluido del proceso de producción, en función de una clientela potencial identificada según estratos de ingreso. Al margen de las posibilidades de "apropiación" que brinda el horizontal a los usuarios[20], éste aparece en general más como un objeto de consumo que como la manifestación de un tipo ideológico o cultural. Esto no impide que se convierta en el hábitat característico de las clases medias que al difundirse en Buenos Aires, establece un principio de continuidad en el hábitat urbano que esfuma los antiguos contrastes entre el tipo ideológico (el palacio, la casa de rentas) y el tipo cultural (la casa pompeyana).

5. El tipo de hábitat en tanto sistema de transformaciones: la dinámica de los grupos sociales

Antes de abordar el problema de las lógicas de composición de los tipos arquitecturales en la manzana que trataremos en el próximo y último punto, es necesario analizar cada tipo de hábitat individualmente, en tanto "sistema de transformaciones"[21], esto es, en función de su permanencia, su transformación o del modo como sustituyo o es sustituido por otros tipos.

Las formas que adopta dicho proceso revelan, según nuestra hipótesis, las tendencias fundamentales de la evolución urbana.

---

[19] Ideología comprendida como "todo aquello que remite a la justificación de una posición de clase o de grupo en el seno de una sociedad dada", que no hay que confundir con modelo cultural, es decir, con el consenso ético entre capas sociales de una misma nación" (ver Raymond, H., 1984. pág. 55). De allí la diferencia establecida por Devilliers entre "modelo práctico simbólico" (o modelo cultural, o habitus) y "modelo ideológico" al contrario de M.P.S., el modelo ideológico no es vivencial. Es el cambio, el instrumento de operaciones que apuntan a la organización del espacio en función de un proyecto sobre la sociedad" (Devilliers, Ch., 1974, pág. 17).

[20] Forma restringida de apropiación del espacio del hábitat en función de los modelos culturales del habitante. Pero hemos constatado que la práctica de apropiación del espacio se da sobre todo en los antiguos y robustos edificios de renta vendidos a sus locatarios o en los horizontales de alto standing.

El elemento determinante es constituido aquí por las prácticas habitantes y la dinámica de los grupos sociales en relación a las potencialidades del espacio construido.

Con los materiales de que disponemos actualmente es posible arribar a un primer nivel de síntesis con los resultados siguientes:

a. Tipos ideológicos (palacio, petit-hotel, edificio de rentas).

Los palacios, en primer lugar, o son demolidos y reemplazados por horizontales, o se reconvierten a usos institucionales o son conservados por sus antiguos habitantes o por nuevos propietarios que los habitan. En la manzana C1 de Recoleta se verifican la primera y la última entre las situaciones mencionadas (un caso interesante es el de la adquisición en los años '60 del palacio de una antigua familia patricia por parte de una familia de inmigrantes enriquecida).

Los petit-hoteles (4) han sido en su mayoría (3) reconvertidos (una dependencia de un ministerio, un comercio y una fundación) y el restante, en venta, está en vías de serlo.

Los antiguos edificios de rentas continúan siendo viviendas de prestigio y se han transformado en propiedades horizontales.

Un caso interesante que ilustra la lógica social que se asocia con el tipo ideológico es el de una familia patricia (que en el siglo XIX residía en Socorro: Juncal y Esmeralda) que construye un palacio a principios de siglo (arquitecto francés: Louis Martin) y cuyos descendientes habitan en edificios de renta en la misma manzana.

b. Tipos culturales (casas pompeyanas unifamiliares y casas pompeyanas "de departamentos")

En cuanto a las pompeyanas de departamentos (PB + 2 pisos), continúan arrendándose o bien son adquiridas por sus locatarios (pero esto sucede en menor escala que en los edificios de renta).

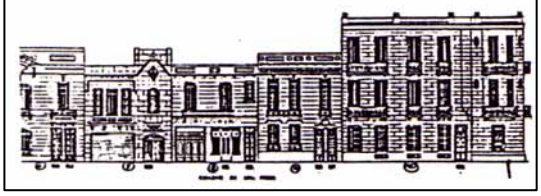
Las pompeyanas unifamiliares (PB + 1 Piso), o bien se transforman en inquilinatos, pensiones u hoteles (degradación edilicia) o son conservadas por sus propietarios (preservación edilicia) o reconvertidas para usos comerciales, industriales, institucionales, etc. (modificaciones edilicias).

c. Tipos normativos (horizontales)

El edificio en altura comanda en ambas zonas el proceso de sustitución de la construcción antigua (iniciado en Recoleta por el edificio de renta hasta eliminar prácticamente la casa pompeyana) siendo adoptado tanto en Recoleta como en San Cristóbal. En el primer caso es un vehículo para la introducción masiva en la zona (nuestros primeros relevamientos lo demuestran) de familias inmigrantes enriquecidas; en el segundo, se vincula con el paso de la familia extendida a la familia nuclear en los barrios populares.

Figura N° 6 -

Manzana C_1 calle Combate de los Pozos



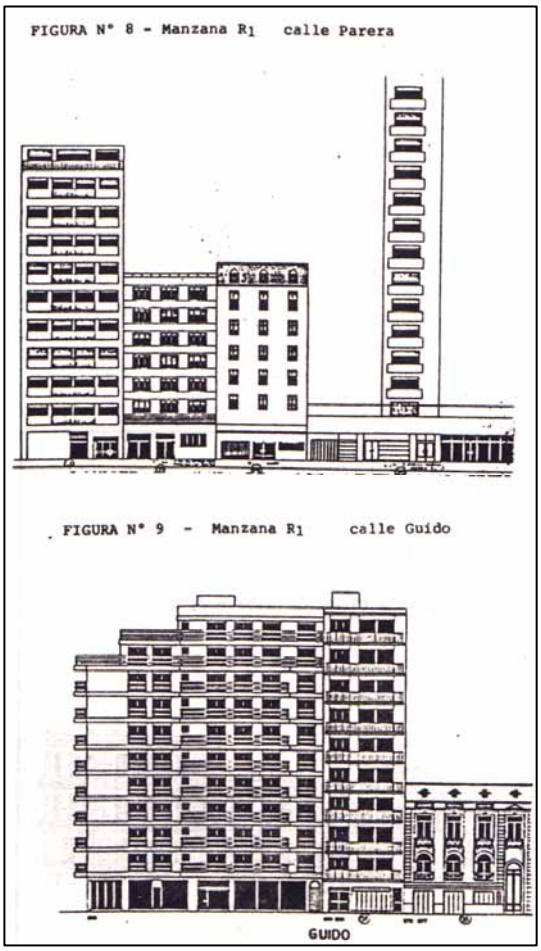
[21] Ver Devilliers, Ch.. op. cit., pág.2

6. <u>Los tipos de habitat y la morfogénesis de la manzana</u>: lógicas de composición

Como veremos a continuación, al situar los tipos de habitat en su contexto, emergen con claridad diferentes lógicas de composición.

SAN CRISTOBAL

Si se examina la distribución de los tipos en la manzana elegida se obtienen los siguientes resultados que pueden contrastarse con la correspondiente ilustración gráfica de las tíras de fachadas y con la descripción del plano catastral que efectuamos en el punto 3.-



a. Calle Sarandí (Figura Nº 4): fuerte predominio (6 casos/8) de casas unifamiliares apareadas (lotes 16/17/18/19 y 22/23) con cierta degradación edilicia y precarización del uso (inquilinatos, hoteles, pensiones). Se observa además un horizontal bajo (que reemplazó una antigua unifamiliar, lote 21) y dos pompeyanas de departamentos pero localizadas en las esquinas (14). La supervivencia de las casas apareadas y la distribución simétrica de los edificios en las esquinas dan una cierta homogeneidad a la imagen de esta cuadra asociada con la contemporaneidad y el tipo de la construcción dominante.

b. Calle Humberto I° (Figura Nº 5): nuevamente, en esta cuadra aparecen tres unifamiliares apareadas (lotes 12/13/14) pero, en este caso, su uso no se ha precarizado y se encuentran relativamente mejor conservadas.

Se observan además tres pompeyanas de departamentos, dos de las cuales se ubican en la esquina. Aquí también se observa una cierta homogeneidad que resulta de la composición entre el tipo unifamiliar en el centro de la cuadra flanqueado por pompeyanas de altura.

c. Calle Pozos (Figura Nº 6): se observan aquí cinco casas unifamiliares sobre lotes apareados (lotes 5/6/7/8/9) que han sido reconvertidas (consultorio médico, clínica, dos talleres, fundación). Adyacentes a la Avenida San Juan, se ubican un edificio de renta (lote 2) y dos horizontales altos (uno en la esquina). Entre ellos se observa una casa de construcción reciente. Es claro el sentido de la verticalización hacia la Avenida San Juan (por sustitución de antiguas casas chorizo).

d. Avenida San Juan (figura Nº 7): en la Avenida San Juan se localizan cuatro de las siete casas pompeyanas de departamentos (15) de la manzana (lotes 24, 26/27/28), dos horizontales altos sobre tres y un edificio de renta alto sobre dos. Todas las edificaciones tienen locales comerciales en planta baja (siete sobre diez casos que se registran en la manzana). Esta es la cuadra donde la edificación es más heterogénea. Ninguno de los tipos se impone sobre el resto: la construcción nueva (nuevos códigos que autorizan más altura sobre la avenida) no alcanza a desplazar a la antigua y la antigua sobreviviente tampoco es homogénea.

Se nota simplemente, por contraste con las otras cuadras, una tendencia hacia la verticalización incluso entre las construcciones más antiguas. El único factor homogéneo es el local comercial de planta baja.

En síntesis:

En la manzana C1 de San Cristóbal (ver ubicación en figura Nº 1) se observan tres situaciones sobre la Avenida San Juan (sustitución por edificación en altura, locales comerciales) y sobre la calle Pozos (reconversión de casas chorizo, sustitución por edificación en altura hacia San Juan) tiene lugar una valorización del espacio. El caso de la Avenida es evidente pero no lo es tanto el de Pozos (sobre todo en comparación con Sarandí).

En efecto, además de ser adyacente a San Juan, Pozos forma parte (con la calle Solís) del sistema de comunicaciones intensas con la periferia constituido en torno a la Avenida Entre Ríos.

En contraste con los casos anteriores, en Sarandí se percibe una situación de fuerte subsistencia de la construcción antigua pero en un contexto de estancamiento y degradación (unifamiliares transformadas en inquilinatos, pensiones u hoteles). Esta calle es geográficamente un enclave (se corta en la intersección con Humberto I°) aislado del sistema de comunicaciones de la zona.

Por último, Humberto I° es un caso de subsistencia que no acarrea una degradación de lo construido, lo cual se asocia con una no precarización del uso del hábitat. Esto último se debe probablemente a dos hechos relacionados: a la mayor calidad constructiva de las viviendas apareadas de esta cuadra (comparadas con las de Sarandí[22] y al carácter perpendicular y adyacente de esta cuadra respecto del eje Pozos / Entre Ríos de comunicación con el centro de la ciudad.

RECOLETA

En la manzana elegida en esta zona se observan las siguientes situaciones:

a. Calle Parera (Figura Nº 8): en esta cuadra hay siete horizontales y tres edificios de renta altos que le confieren una cierta homogeneidad solo alterada por una torre (lote 25). Los horizontales reemplazan a los palacios antiguamente situados en el centro de la cuadra y los edificios de renta se sitúan en los "loteos escalonados" (ver punto 3) de los "rincones" de la manzana.

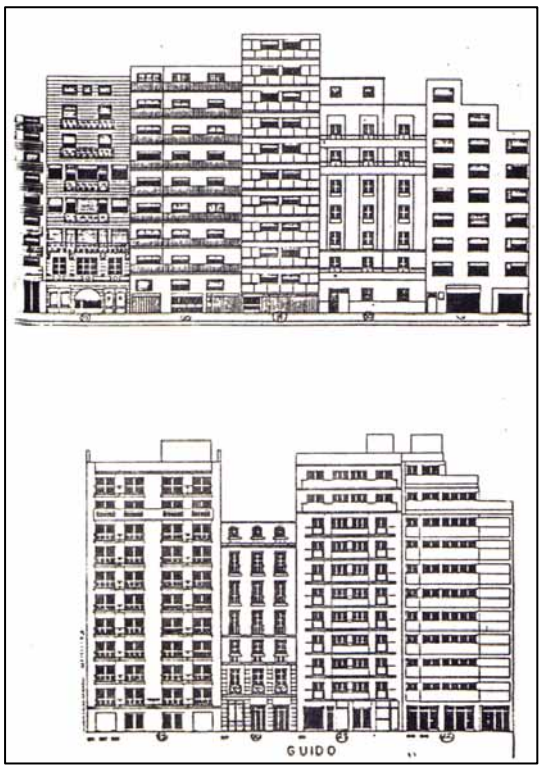
[22] Por otro lado el análisis de las plantas de ambos grupos de vivienda revelan diferencias: las de Sarandí son "casos típicos" -hileras de habitaciones a lo largo de patios; las de Pozos son "casos de transición" -habitaciones a ambos lados de una circulación con un pequeño patio. Si bien por un lado responden a las diferentes profundidades de la parcela, indican otros destinatarios (cambios de vida manifestados en las organizaciones espaciales).

b. Calle Guido (Figura Nº 9): Se observan cinco horizontales, un edificio de rentas alto (lote 20) y un petit-hotel localizado en un lote (18) de escasa profundidad en el centro de la cuadra. Los horizontales, al sustituir antiguas construcciones, confieren también aquí una cierta homogeneidad a la cuadra.

c. Calle Quintana (Figura Nº 10): en esta cuadra subsisten tres petit-hoteles (2 reconvertidos, uno en venta), dos palacios (habitados), dos edificios de renta (uno de ellos reemplaza una casa pompeyana unifamiliar) y un horizontal (reemplazó un palacio). En un contexto de subsistencia de la construcción antigua, el horizontal rompe con un perfil relativamente coherente. En las fachadas de la construcción antigua se observa una fuerte heterogeneidad estilística propia de los tipos ideológicos empleados como instrumento de diferenciación social.

d. Calle Montevideo (Figura Nº 11: como en la Avenida San Juan, esta cuadra presenta una ensalada de tipos constructivos. Con tres edificios de renta (lotes 14, 9 y 12), coexisten un palacio (lote 13), una casa pompeyana (lote 15), un baldío (lote 10), una casita de madera (lote 11) y un petit-hotel (lote 8).

<u>En síntesis:</u>



Nuevamente, se presentan aquí tres situaciones aunque con significaciones muy diferentes que en San Cristóbal.

La valorización de Parera (construcción homogénea en altura en reemplazo de palacios) se asocia probablemente con su carácter de enclave que la pone al margen de las vías de circulación intensa.

Inversamente, la subsistencia de la construcción antigua y su reconversión (o la preservación por parte de sus dueños originales) se verifica en Quintana, antigua vía de prestigio de la zona (conocida históricamente como "calle larga de Recoleta").

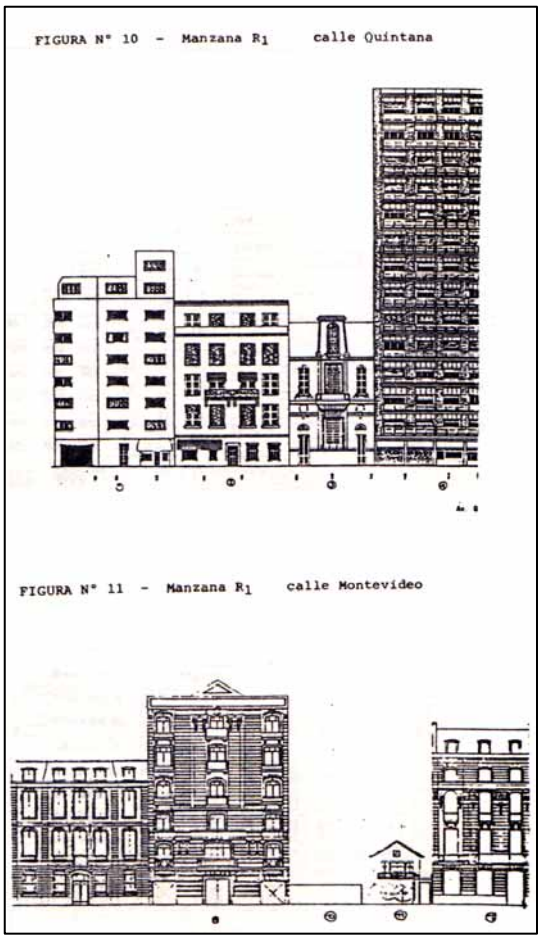
Por último, Montevideo permanece estancada, lo cual no se asocia aquí con homogeneidad y degradación edilicia sino con heterogeneidad y preservación de lo construido.

CONCLUSIONES

Antes de esbozar algunas conclusiones de carácter preliminar queremos dejaren claro que dado el estado de avance de nuestra investigación, nuestro objetivo es limitarnos a la elaboración de algunas hipótesis de trabajo y sugerir ciertas nociones organizadoras que ayuden a proseguir, ordenándolo y focalizándolo, el relevamiento y análisis de los materiales empíricos. La metodología que hemos adoptado, a caballo entre lo

cualitativo y lo cuantitativo, nos obliga a una continua ida y vuelta entre lo general y lo particular, proceso en el cual este artículo constituye uno de los pasos iniciales.

De un modo coherente con los principios de análisis que planteamos en la introducción, operaremos ahora una inversión en el razonamiento que ordena los puntos de la exposición que acabamos de efectuar. Retornaremos entonces desde lo social a lo morfológico, que es, a la vez, el punto de partida y de llegada de nuestro análisis.



l. La adopción de los diferentes tipos de hábitat se asocia con la dinámica de los grupos sociales presentes en el espacio urbano. El examen del proceso de adopción exige tomar en cuenta tres aspectos determinantes: el estado de las fuerzas productivas en la construcción, las potencialidades del espacio físico construido y las formas de correspondencia que se establecen en la producción de los tipos en un momento dado de la evolución urbana. La diferenciación fundamental deriva del sistema de comunicaciones -o correspondencias- que se establece en la producción edilicia en función de un énfasis diferente en lo cultural, ideológico o normativo que incide en el proceso de adopción. Así por ejemplo:

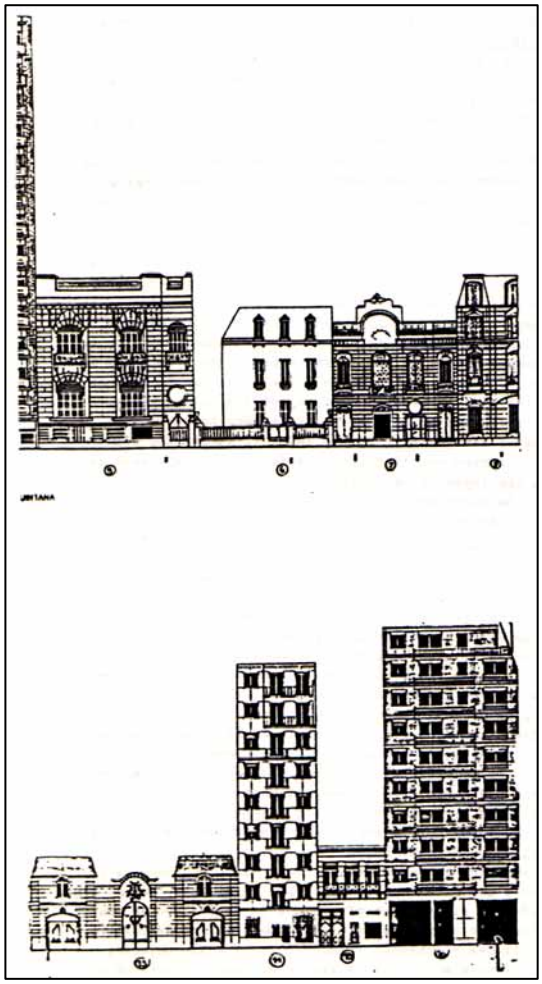
1.1. La casa pompeyana se transforma en un “tipo cultural”. Por las potencialidades de su espacio físico (tecnología relativamente simple, posibilidad de construcción modular, adaptación a la parcela mínima, angosta y profunda) que no son ajenas a un largo proceso de decantación (casa colonial de medió patio) este tipo es accesible a amplias capas de la población inmigrante con débil capacidad de ahorro. Se convierte así en un factor fundamental de estabilización de la heterogénea población inmigrante, introduciendo en ella un principio de homogeneidad (de identidad común) que es un punto de partida de su integración en la cultura nacional. En este sentido, el tipo cultural puede ser considerado como un reflejó de la movilidad intrageneracional que concluye en el arraigo de los recién llegados.

1.2. El palacio, el petit-hotel y el edificio de renta son “tipos ideológicos” en tanto son adoptados como instrumentos de diferenciación social. Este proceso tiene lugar en el período de auge del país agro exportador que coincide con el de la fuerte inmigración extranjera. Las clases dirigentes que benefician de él buscan diferenciarse así de la masa inmigrante que lucha por su integración (su reconocimiento) “copiando” el antiguo modelo formal de la casa pompeyana. El del edificio de renta -sobre todo el de la primera época en Recoleta- es un caso particular que

parece asociarse con cambios intergeneracionales en las familias de la elite (es adoptado por sus descendientes).

1.3. El horizontal puede ser caracterizado por su parte como un “tipo normativo”. Es producto de la difusión reglamentada de ciertos modelos fórmales ensayados bajo la forma de un tipo ideológico inicial (el edificio de renta y, en particular, el inspirado por el movimiento moderno). Es masivamente adoptado, según nuestra hipótesis, pues es coherente con un cambió en los modas de vida caracterizado por el paso de la familia inmigrante extendida a la familia nuclear (movilidad intergeneracional, acelerada en el período de industrialización sustitutiva posterior a la Segunda Guerra). El horizontal comanda así un proceso de substitución de los tipos culturales e ideológicos cuya construcción es tempranamente abandonada.

2. Los tipos de hábitat imprimen así su sello al espacio urbano por un proceso de selección (permanencias / sustituciones / transformaciones) que tiene lugar localizadamente, según lógicas combinatorias diversas.



2.1. En cuanto a la relación tipos de habitar / división parcelaria es posible intentar una primera síntesis a partir de los materiales disponibles. Al par que el palacio introduce una ruptura con la división parcelaria tradicional (se instala en parcelas grandes y profundas, en el centro de la cuadra), la casa pompeyana, difundiéndose a escala de toda la ciudad fija la división parcelaria (el predominio de la parcela mínima, angosta y profunda) en continuidad con el pasado urbano[23]. El edificio de rentas (hemos visto en Recoleta que se instala en los intersticios dejados por el palacio, en loteos escalonados, en los rincones de la manzana) comienza un proceso de adaptación a la parcelaria tradicional (los primeros edificios de renta se localizaron frente a la Avenida de Mayo, por disponer de parcelas de gran tamaño que permitían la réplica del modelo Hausamaniano).

La propiedad horizontal se acomoda a la división parcelaria ya fijada por la casa pompeyana (a la cual sustituye al igual que a los palacios, dato interesante, dividiendo las parcelas de estos

[23] Según nuestra hipótesis existe una lógica histórica de la división parcelaria en a manzana cuadrada "de indias" que examinamos en un articulo de próxima publicación.

últimos)[24] aprovechando así la experiencia adaptativa del edificio de rentas y seleccionando, entre los modelos formales que aquel introdujo, el que permitía una mayor economía de medios (el funcionalista).

2.2. Sobre la relación espacio privado / espacio público, la dinámica de los tipos queda impresa en la imagen urbana de tres maneras diferentes.

- Homogeneidad por subsistencia de lo antiguo: es el caso observado del petit-hotel y de la casa pompeyana que por las potencialidades que ofrece el espacio físico respectivo, pueden reconvertirse rentablemente para nuevos usos no habitacionales.

- Homogeneización por sustitución de lo antiguo: es el caso de la combinación edificio de rentas / horizontal en Recoleta cuando reemplazan masivamente al palacio y a la casa pompeyana introduciendo así, al difundirse en la ciudad, una surte de cuña que tiende a esfumar los otrora fuertes contrastes entre el tipo cultural y el ideológico. La difusión del horizontal es un proceso que se inicia en el "barrio norte" y es mas incompleta a medida que nos alejamos de esta localización de prestigio (nuevamente, como sucedió con la casa pompeyana, el horizontal puede ser considerado como el producto de la adopción por parte de estratos sociales ascendentes de los modelos formales incorporados por la elite, considerados como un referente en las estrategias de movilidad que se reflejan en el hábitat).

- Heterogeneidad, que se asocia con situaciones de transición en el proceso de sustitución al cual acabamos de referirnos[25].

Demás está decir que estas hipótesis sobre tendencias muy generales que un análisis más cuidadoso que el que aquí -y ahora- podemos efectuar, contribuirá a matizar. De todas maneras, creemos haber dado ya un primer paso para romper con el lugar común según el cual la única coherencia de nuestra ciudad está dada por la uniformidad del caos, pues si el caos existe, conviene entonces que nos preguntemos cuánto de él se debe a nuestro desconocimiento de las reglas que lo rigen.

[24] La torre, que conserva la antigua parcela, llega tardíamente, siendo menos una regla que la excepción.
[25] Las tres situaciones mencionadas son ilustradas cuando describimos lógicas de composición de los tipos en la manzana (punto 6).

Buenos Aires: Cosmópolis.

Sobre algunas cuestiones centrales de la modernidad en la obra de Rubén Darío.

Alberto De Lorenzini.

Las especulaciones teórico-críticas que Rubén Darío no dejó de reconocer como una necesidad del movimiento espiritual que había inaugurado, no siempre estuvieron acompañadas de una clara conciencia de la naturaleza del vínculo que las unía a las obras concretas: "Aun entre aquellos que se habían apartado de las antiguas maneras -dice Rubén Darío-, no se comprendía el valor del estudio y de la aplicación constante, y se creía que con el sólo esfuerzo del talento podría llevarse a cabo la labor emprendida. Se proclamaba una estética individual, la expresión del concepto; mas también era preciso la base del conocimiento del arte al que uno se consagraba, una indispensable erudición y el necesario don del buen gusto"[26].

Puesto que el arte sólo puede interpretarse por su ley de desarrollo y no por sus invariantes, Darío sabía que era imprescindible tener la idea de un plan en ejecución para su poesía.

Así, desde la publicación de Azul en 1888, se preocupó por ilustrar una imagen de la Modernidad señalando a cada una de sus obras un lugar preciso según sus relaciones históricas. Para ello busco situarse a priori en el punto de intersección de las líneas. Según refiere en *Historia de mis libros*, aquel punto nodal le fue proporcionado por lo que él llama sus "incursiones poliglóticas y cosmopolitas". Pero el espíritu con el cual buscaba compenetrarse quizás nunca antes se lo había impuesto de manera tan brillante y fantasmagórica como en la Exposición Mundial de París de 1900: "Fue para mí -escribe en la *Autobiografía*- un deslumbramiento miliunanochesco, y me sentí más de una vez en una pieza. Simbad y Marco Polo, Aladino y Salomón, mandarín y daimio, siamés y cow-boy, gitano y mujick; y en ciertas noches contemplaba cerca de la torre Eiffel, con ojos despiertos, panoramas que sólo había visto en las misteriosas regiones de los sueños".

Poliglótica es la experiencia simbolizada por la torre que domina la exposición, como también lo es una poesía que se nutre de cultismos, galicismos, americanismos; que recurre a vocablos de las mas antiguas mitologías y a expresiones de las modas más recientes y que no se avergüenza de la traducción literal o de la trascripción prosódica. Cosmopolita es la avidez de simultaneidad por encima de las fronteras políticas, entendidas como negación del nuevo espíritu que se expresa wagnerianamente en la libre infinitud de la melodía.

Pero quisiéramos poner el acento sobre algunos aspectos menos evidentes del texto. El poeta ubicado como espectador en aquel centro simbólico (la torre Eiffel), es figura dominar la totalidad del horizonte, como en los viejos panoramas. Así, la exposición se amplía a su alrededor hasta configurar paisajes semejantes a sueños materializados. Con ello la tierra aparece como definitivamente "iluminada", esto es, sujeta a las leyes de una "perfecta" reproducción de la naturaleza. La aproximación de imagen onírica y panorama no podía resultar extraña a un lector iniciado en los estremecimientos del spleen. Por otra parte, la palabra "panorama" debía tener

algo de novedoso anacronismo muy a propósito para, evocar la imagen de una "vida anterior", en el sentido baudelaireano (ya desde 1839 la fotografía comienza a desplazar la técnica de los panoramas). Falta, no obstante, en Darío el espanto del melancólico que ve la tierra caída en estado de naturaleza. Y aquel doble movimiento de atracción y rechazo que acompaña en Baudelaire a la aguda sensibilidad para captar lo que hay de bárbaro y chocante en la vida metropolitana. Esto tiene relación con el hecho de que Darío haya podido disociar la utopía de lo moderno entrevista como "vida anterior" de la "forma que adopta el proceso de racionalización de las relaciones sociales",[27] es decir, la metrópolis. Hasta qué punto se compenetraba su obra con la imagen cosmopolita de París se documenta a posteriori por la objetivación de lo metropolitano en una imagen complementaría y, a la vez, contrastante: Nueva York.

Estos vínculos se harán más evidentes si comparamos el texto de Darío con otros que pertenecen a la misma esfera de significación. En el catálogo oficial de la Exposición de 1867 se exaltaba con similares acentos la contigüidad de pueblos, razas, culturas y lenguas: "Recorrer todos estos palacios significa literalmente darla vuelta al mundo. Todos los pueblos están representados y los enemigos conviven unos al lado de los otros. Como en el principio de las cosas el espíritu divino se cierne sobre este universo de hierro". Por lo demás, la diferencia entre el texto del catálogo y el de Darío salta a la vista: la percepción de Darío es más afín a la "útil ilusión" [28] de los decorados de feria que a las anticipaciones de un deísmo vulgar.

Un texto de Dostoievski quizás pueda servirnos aun de punto de referencia. Pertenece a *Memorias del subsuelo*, de 1864, y su relación con el contenido y el estilo del catálogo puede definirse en términos de parodia profética: "Y entonces imperarán las nuevas condiciones económicas, enteramente desarrolladas y sujetas a leyes de una precisión matemática... Entonces se construirá un palacio de cristal, y la vida será eterna bienaventuranza".

Dostoievski apunta a aquello que parece ocultarse insistentemente a la visión de Darío bajo el brillo de lo disperso: las formas de existencia metropolitana con cuyas sedimentaciones edifica su obra. "Las exposiciones mundiales -escribe Walter Benjamín- sirven para aclarar el valor de cambio de las mercancías. Crean un marco dentro del cual su valor de uso pasa a segundo término. Sirven para inaugurar una fantasmagoría en la que el hombre se deja atrapar para ser destrozado. La industria de la diversión le alivia esa tarea al elevarlo al rango de suprema mercancía". [29] Que Darío se haya mostrado indiferente a las consecuencias antropológico - materialistas implícitas en su visión, más que delimitar el alcance de una posible comprensión del fenómeno metropolitano, nos orienta acerca del modo en que su obra conquista una imagen de la Modernidad: no a través de la fuerza negativa con que se le manifiesta su ideal estético sino a costa de su realización, afrontando la imposibilidad de las formas para constituirse en "estilo de los orígenes". Ideal que Octavio Paz ha definido así: "Ama tu ritmo y

---

[26] Comentario a *Prosas profanas* en *Historia de mis libros. Autobiografía, Obras Completas*, Buenos Aires, 1948.
[27] M. Cacciari: *Dialéctica de lo negativo en las épocas de la metrópoli*, en *De la vanguardia a la metrópoli*. Barcelona, 1972.
[28] La expresión es de Baudelaire: "Quisiera volver a los dioramas, cuya magia enorme y brutal me impone una útil ilusión. Prefiero contemplar un decorado de teatro donde encuentro, expresados artísticamente y con trágica concisión, mis sueños más caros. Estas cosas, siendo falsas, se hallan infinitamente más cerca de lo verdadero; mientras que la mayor parte de nuestros paisajistas mienten justamente porque se olvidan de mentir". Citado por Walter Benjamin en *Sobre algunos temas en Baudelaire, Ensayos Escogidos*. Buenos Aires, 1967.
[29] *París. capital del siglo XIX*, en *Para una crítica de la violencia*. México, 1977.

ritma tus acciones. La poesía en lengua española nunca había visto en la naturaleza la morada del espíritu ni en el ritmo la vía de acceso -no a la salvación sino a la reconciliación del hombre con el cosmos"[30].

En efecto, las innovaciones formales que incorpora Darío a la poesía en lengua española conservan las huellas de las condiciones en que han sido gestadas en la audaz combinatoria de los símbolos, en lo fragmentario del material histórico así como en la insustancialidad fantasmal de la estructura.

La música es el elemento unificador que restaña las posibles grietas de la superficie. Para ello elabora un verso prosódico en el que el sentido se adapta flexiblemente a la movilidad de la línea melódica. Dice Darío: "El verso libre francés hoy adaptado por los modernos a todos los idiomas e iniciado por Whitman principalmente, está sujeto a la melodía. Aquí llegamos a Wagner..."

Llegamos, podríamos afirmar con Hermann Broch,[31] al esplendor formal que se desnuda como antiestilo para reflejar la imagen del vacío.

II

Las distancias geográficas que habían comenzado a acortarse con los nuevos medios de transporte, en la cosmópolis quedan definitivamente abolidas. No se trata de una relación de contigüidad como la que sugiere el catálogo de 1867 sino de algo mucho menos disciplinado, inclusive caótico. En *París nocturno*[32] Darío nos proporciona la descripción tipo: "He aquí el crepúsculo. El cielo toma un tinte rojizo. El abejeo de las vías humanas se acentúa... Los autos vuelven del bosque como una procesión de luciérnagas. La ciudad enciende sus luces. Se llenan las terrazas de los bulevares, y se deslizan las fáciles peripatéticas, a paso parisiense, en busca de la buena suerte. Los anuncios luminosos, a la yanki, brillan fija e intermitentemente en los edificios, y los tzíganos rojos comienzan en los cafés y restaurants, sus valses, sus cakewala, sus zardas, y su hoy indispensable tango argentino, por ejemplo, Quiero papita. Un pintoresco río humano va por las aceras, y la tiranía del rostro que decía Poe, se ve por todas partes. Son todos los tipos y todas las razas¡ los yanquis importantes e imponentes, glabros y duros los levantinos, los turcos y los griegos, parecidos a algunos sud-americanos; los chinos, los japonesas y los filipinos, con quienes se confunden por el rostro de Asia; el inglés, que enseguida se define; el negro de Haití o de la Martinica, afrancesado a su manera, y el de los Estados Unidos, largo, empingorotado y simiesco, alegre y elástico... Y el italiano y el indio de la India y el de las Américas, y las damas respectivas, y el apache de hongo y el apache de gorro, y el empleado que va a su casa, y la gracia de la parisiense por todas partes, y todo el torrente de Babel, al grito de los camalote, al clamor de las trompas de automóvil, al estrépito de ruedas y cascos, mientras las puertas de los establecimientos de diversión o de comercio echan a la calle sonora sus bocanadas de claridad alegre". A Poe se lo cita una vez de forma explícita pero todo el pasaje lo evoca. La referencia a Baudelaire se hace evidente en el estilo de la prosa y en la elección de las imágenes con que se inicia el texto. Nada hay, sin embargo, de la sombría y deformante imaginación de sus maestros. París, ciudad de ciudades, capital del lujo y de las modas, es literalmente el lugar de la fiesta; el bien se trata de una fiesta desconsagrada, de triunfos mundanos[33]. No obstante -o justamente por ello- en el

[30] *El caracol y la sirena*, en *Cuadrivio*, México, 1965.
[31] Véase Hermann Broch: *Hofmannsthal y su tiempo*, en *Poesía e investigación*. Barcelona, 1974. Sobre este punto véase también O. Paz, op. cit: "no es el amor a la vida sino el horror al vacío el que profiere todas esas metáforas brillantes y sonoras".
[32] *Cuentos y crónicas*, en *Obras Completas*, vol. XIV, Madrid, 1918.
[33] Perdido el vínculo con la realidad colectiva del mito, "toda fiesta adquiere algo de muerto, de grotesco también, como los movimientos de quien baila habiendo perdido súbitamente el oído y dejado de oír la música". Karl Kerényi, La religión antigua. Madrid, 1972. Aunque Darío

ejercicio perpetuo de los sentidos, que suprime la muerte, Darío presintió la ruina de la cosmópolis soñada: “De un modo o de otro, París, en medio de su gloria, en medio de la alegre agitación de sus pecados amables y terribles; en medio de la avalancha de oro que un sólo soplo de sus labios hace rodar al abismo; en medio de tantas músicas y canciones que no hacen oír las quejas de los de abajo, de los que están, como los muertos, en sus negras catacumbas, miseria y hambre; en medio de una primavera que presenta incesantemente sus flores y un otoño continuo que da sus frutos a los paladares favorecidos de la suerte; en medio de un paraíso de locura en que la mujer en su sentido más carnal y animal, es la reina invencible y devoradora todopoderosa ha olvidado que hay algo inevitable y tremendo, sobre los besos, sobre los senos, sobre le alegría, sobre la música, sobre el capital, sobre la lujuria, sobre la risa, sobre la primavera y sobre el otoño; y este algo es sencillamente la Muerte: la Muerte a la cual se olvida, se ofende o se burla”. [34]

Y el Darío conoció en París la embriaguez de un mundo que se dispersaba en opulenta disolución, en Nueva York experimentó el lado violento y oprimido de la vida metropolitana. Todo lo que hay de pintoresco y crepuscular en la multitud parisiense, bajo la dura luz de Manhattan se vuelve inhóspito y amenazador: “Semejantes a los Fuertes de los días antiguos, viven en sus torres de piedra, de hierro y de cristal, los hombres de Manhattan. En su fabulosa Babel, gritan, mugen, resuenan, braman, conmueven la Bolsa, la locomotora, la fragua, el banco, la imprenta, el dock y la urna electoral... Ha aquí Broadway. Se experimenta casi una impresión dolorosa; sentís el dominio del vértigo. Por un gran canal cuyos lados los forman las casas monumentales que ostentan sus cien ojos de vidrio y sus tatuajes de rótulos, pasa un río caudaloso, confuso, de comerciantes, corredores, caballos, tranvías, ómnibus, hombres sandwiches vestidos de anuncios y mujeres bellísimas. Abarcando con la vista la extensa arteria en su hervor continuo, llega a sentirse la angustia de ciertas pesadillas”. El fragmento pertenece al ensayo sobre Edgar Alan Poe de Los Raros. En una ciudad semejante -dice Darío-, al soñador, al desdichado, se lo destierra o se lo mata.

El estilo se mantiene dentro del ideal baudelaireano de prosa poética: "Musical sin ritmo ni rima. suficientemente dúctil y nerviosa". En tanto que las imágenes titánicas, que proceden del dominio de lo inorgánico y de lo abstracto, definen la singularidad del texto. París y Nueva York son las formas contrapuestas y complementarias en que Darío ha disociado la experiencia de la metrópolis. El término "cosmópolis" las designa a ambas pero sólo la primera está vinculada al concepto en su génesis.

III

Una suprema inspiración
primitiva llena de cosas
modernas.

Para los modernistas la inserción cosmopolita exige un brusco salto temporal que Darío ha tratado de especificar reflexionando sobre la génesis y los procedimientos de sus poemas. A este género de reflexiones pertenece el acápite dedicado a Prosas profanas en Historia de mis libros. El interés del texto es doble porque aborda directamente la condición cosmopolita de Buenos Aires: “Los poemas en esta obra contenidos -escribe Darío- ... corresponden al período de ardua lucha intelectual que hube de sostener, en unión de mis compañeros y

---

quería ver en las supervivencias de la fiesta una promesa de reconciliación, no se engañaba acerca de la eficacia que podían tenor los antiguos símbolos en un contexto profano; cuando la comparsa cosmopolita aparece investida con los atributos del mito revela su macabra faz prehistórica.

[34] *La caravana pasa*, en Obras Completas, vol. I, Madrid, 1917.

seguidores, en Buenos Aires, en defensa de las ideas nuevas, de la libertad del arte, de la acracia, o, si se piensa bien, de la aristocracia literaria. En unas palabras de introducción concentraba yo el alcance de mis propósitos... Asqueado y espantado de la vida social y política en que mantuviera a mi país original un lamentable estado de civilización embrionaria, no mejor en tierras vecinas, fue para mí un magnífico refugio la República Argentina, en cuya capital aunque llena de tráfagos comerciales, había una tradición intelectual y un medio más favorable al desenvolvimiento de mis facultades estéticas. Y si la carencia de una fortuna básica me obligaba a trabajar periodísticamente, podía dedicar mis vagares al ejercicio del arte puro y de la creación mental".

La atmósfera propicia de Buenos Aires corresponde sin duda a lo que él había llamado alguna vez "la magnificencia salomónica" de su "ilusión". Esta, a su vez, tiene que ver con el mundo convencional del teatro. Darío encuentra en Buenos Aires la misma formalización de la vida que se impone en las ciudades europeas bajo el influjo de la última gran tarea rectora de las artes en el siglo XIX: el teatro de ópera. Nuevo centro de la vida social que viene a suplir, en un mundo secularizado, la función que le correspondía a la catedral en la Edad Media[35].

Entre 1840 y 1890 se edificaron los más importantes teatros de ópera del mundo. La arquitectura, sin embargo, no es más que el marco para realizar una idea más honda: la Gesamtkunstwerk, el espectáculo donde como en un sueño postrero y fugaz todas las artes se fusionan. Pero ya a mediados del siglo lo teatral había empezado a impregnar dominios que hasta entonces le eran completamente ajenos. La gestualidad y la moda, la decoración y la pintura, la vivienda privada y hasta los espacios institucionales[36] se convirtieron a su turno en ingrediente o en escenario de la mascarada estilística. "El teatro -dice Hane Sedlmayr- penetra en la vivienda privada mediante el salón ostentoso de mediados de siglo. Una estancia como el taller de Makart, expresión del estilo de vivir y en lo decorativo de su propietario, no es más que un modo de "poner en escena" al propio artista. Muy característico es un detalle: la colocación diagonal de los muebles y ornamentos en la estancia, que ignoraron todos los estilos anteriores, y procede del barroco tardío"[37].

Hacia este mundo neobarroco, convencional e historicista, en lo que tiene de más superficial, se vuelve la voluntad de diferenciación de la alta burguesía porteña, supuesta aristocracia y parvenus frente a la creciente marea ciudadana (Buenos Aires llega en 1900 al millón de habitantes). En la introducción a la Memoria Descriptiva del Teatro Colón, el arquitecto Víctor Meano se refiere al foyer como el lugar decisivo en el que se pone en escena el verdadero protagonista del espectáculo: el público. Las costumbres también se modifican bajo el nuevo impulso. En Vida moderna, Eduardo Wilde ridiculiza un frenesí de diferenciación funcional que multiplica las habitaciones, el mobiliario y los enseres domésticos: "Soy completamente feliz... no tengo ni un bronce, ni un mármol, ni un cuadro antiguo ni moderno; no tengo vajilla ni cubiertos especiales para pescado, para espárragos, para ostras, para ensaladas y para postres; ni centros de mesa que me impiden ver a los de enfrente; ni vasos de diferentes colores; ni sala, ni antesala, ni escritorio, ni alcoba, ni cuarto de espera, todo es todo. Duermo y como en cualquier parte"[38].

Una crónica aparecida en El Nacional en 1882 con motivo de un casamiento da cuenta de la nueva modalidad en el mobiliario y la ornamentación: "Ocupan los rincones y nichos y paredes del vestíbulo, estatuas de bronce y mármol, estucos florentinos o de Roma: los lujos murales del Renacimiento; hojas exóticas y lindos

[35] Véase Hermann Broch, op. Cit.
[36] Véase Hans Sedlmayr: *El arte descentrado*, capítulo I, Barcelona, 1959.
[37] Idem
[38] Citado por Rafael Iglesia, junto con el comentario de El Nacional y el pasaje de *La gran Aldea* que siguen en el texto, en *La vivienda opulenta en Buenos Aires: 1880 – 1900*. Revista Summa nro. 211. Buenos Aires, Abril 1985.

vasos japoneses de Saxe; lozas del fetichismo pagódico y las faiances de los grandes señores germánicos. El enlozado es bellísimo. Las pinturas de estilo bizantino. El fondo de las paredes, en vez de oro tradicional, tiene un color suave, indeciso, que realzan los vívidos colores de los festones de flores en relieve, que adornan los entrepaños y cornisas". Hay mucho de este no-estilo en la obra de Rubén Darío. Octavio Paz dice que Prosas profanas a veces recuerda a una tienda de anticuario repleta de objetos art nouveau. Sólo que en Darío los elementos iconográficos siguen su impulso hacia una fuga de sentido tendiente a desnudar el esquema formal. Los contenidos simbólicos se consumen, por así decirlo. en el momento de su articulación.

Una aristocrática desconfianza por las mezclas guía a Lucio López cuando dice: "En medio del desorden más artístico que se pueda imaginar... andaban todos los siglos, todas las épocas, todas las costumbres, con un dudoso sincronismo si se quiere, pero con el brillo deslumbrador del primer efecto".

Lo que para el autor de La gran aldea resultaba sospechoso, a Darío debía parecerle un signo inconfundible de cosmopolitismo. La confluencia de todos los tiempos, la fusión de lo arcaico con lo nuevo, la aproximación de barbarie y decadencia, tal es el propósito de un arte poliglótico y cosmopolita.

Octavio Paz en su ensayo sobre Rubén Darío[39] ha precisado la concepción temporal de la literatura que implica el vocablo modernistas "La lejanía geográfica y la histórica, el exotismo y el arcaísmo, tocados por la actualidad se funden en un presente instantáneos se vuelven presencia". Sólo en el pequeño mundo de la ciudad "fabulosa y maelstrómica", el mundo grande -es decir, el cosmos-, enteramente ciudadanizado, accede a la contemporaneidad. Sin embargo, no hay forma más engañosa de la actualidad que la ciudad de ciudades "pues no tiene nombre ni ocupa lugar en el espacio". La cosmópolis, lugar ideal de la ruptura de los límites temporales, sólo es posible en el ámbito del mito. Su ahistoricidad esté en relación simétrica con la experiencia de un pasado sin presencia auténtica, mera positividad inorgánica y separada, que los modernistas consideraban la agobiante herencia de sus mayores. "Sólo aquellos que no se sienten del todo en el presente -dice Octavio Paz-, aquéllos que se saben fuera de la historia viva, postulan la contemporaneidad como una meta".

Volvemos al texto de Darío: "Abominando de la democracia, funesta a los poetas, así sean sus adoradores como Walt Whitman, tendí hacia el pasado, a las antiguas mitologías y a las espléndidas historias, incurriendo en la censura de los miopes. Pues no sé tenía en toda América española como fin y objeto poético más que la celebración dé las glorias criollas, de los hechos de la independencia y la naturaleza americanas un eterno canto a Junín una inacabable oda a la agricultura de la zona tórrida, y décimas patrióticas. No negaba yo que hubiese un gran tesoro de poesía en nuestra época prehistórica. en la conquista y aun en la colonia, más con nuestro estado social y político posterior llegó la chatura intelectual y períodos históricos más a propósito para el folletín sangriento que para el noble canto. Y agregaba, sin embargo: Buenos Aires: Cosmópolis. Y mañana".

Así, Darío y sus compañeros de la primera generación modernista sé vieron llevados a plantear en términos completamente nuevos el vínculo con la tradición. Y aunque su obra una vez más adquiere existencia con el desarraigo, ubicándose en el limbo entre dos tiempos -el pasador la realidad social y política de Hispanoamérica, y el presente que, siendo ajeno, de alguna manera hacemos nuestro-, Darío ha logrado trasponerlo a una nueva constelación histórica donde el desarraigo, rehistorizado como estatuto de la Modernidad, ha perdido su carácter de "pecado original de América". Ser moderno equivale a adquirir identidad

[39] Octavio Paz. Op. Cit.

por la división de nuestro ser y aun flotar con el desasosiego de "las pobres almas, que sé agitan mucho pero que no tienen historia". [40]

IV

La búsqueda de la armonía a través de "la necesidad superflua de refinamiento",[41] concebida esta como fuerza diferenciadora de la vida metropolitana, es la empresa entusiasta y contradictoria que se ha impuesto Rubén Darío como experiencia de la Modernidad. El lujo, objetivado en lo cambiante y diverso dé la moda, se reconoce en la obra de Rubén Darío como elemento positivo de la modernidad en cuanto ampliación y saturación cuantitativa del goce de los sentidos: "Mi ilusión tiene una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa". Este aspecto unilateral de la experiencia metropolitana aparece sublimado en su obra en el concepto de "Cosmópolis". Cosmópolis es el lugar de la "fiesta", el escenario de los "triunfos mundanos", siempre nuevo y cambiante, donde no hay posibilidad dé arraigo sino puro devenir. "Es específico de la vida moderna -escribe Simmel contemporáneamente- un tempo impaciente, el cual indica no sólo el ansia de rápida mutación en los contenidos cualitativos de la vida, sino el vigor cobrado por el atractivo formal de cuanto es límite, del comienzo y del fin, del llegar y del irse". [42]

Atento a "la obra profunda de la hora / la labor del minuto y él prodigio del año", Darío ha experimentado en el "ejercicio perpetuo de los sentidos", en la infinita multiformidad de las impresiones, la erosión del tiempo, la dispersión del ser: "el monstruo expresa un ansia del corazón del orbe", se dice en el poema dramático *Coloquio de los centauros*. Sí el lujo es la máscara dé la temporalidad lineal, ésta terminará por imponerse sobre la unilateralidad de la apariencia. Así, el elemento moderno de la belleza reside en su caducidad; detrás de la riqueza proteica del espectáculo de la moda acecha la muerte. La moda no puede erigirme en sustituto de las mores porque su única ley es la heteronomía y "en cuanto moda actúa exclusivamente cuando la independencia frente a toda otra manifestación se vuelve positivamente sensible".[43] En la variedad de las modas no se manifestaría entonces una siempre renovada posibilidad de elección sino la extrañeza de lo que es puramente externo y, con ello, nuestra íntima pobreza. Esta contradicción fue afrontada por Darío, de ahí que su aparente optimismo es encuentre saturado de nostalgia dé armonía, de unidad. La nostalgia ya nos orienta en la dirección en que debe ser encauzado el tema de la fiesta; la etnología y la ciencia del mito nos ayudarán a precisarlo. Una fiesta -según Mircea Eliade- se desarrolla siempre en el tiempo del origen. Su función se relaciona con el valor ejemplar del mito cuyo acontecer reactualiza. Aquello que cada día era cotidiano y normal aparece en la fiesta bajo una nueva luz maravillosa. La reactualización periódica por medio de rituales apropiados de los actos creadores efectuados por los dioses constituye el calendario sagrado, el conjunto de fiestas[44].

En este punto confluyen el ideal poético y lo qué hemos llamado "vida anterior", siguiendo al Baudelaire de las *correspondances*.

---

[40] W. Benjamín, *Sobre algunos temas en Baudelaire*.
[41] Werner Sombart, *Lujo y capitalismo*, Madrid, 1965.
[42] Georg Simmel: *Filosofía de la moda*. Madrid, 1924.
[43] Idem.
[44] Véase Mircea Eliade: *Lo sagrado y lo profano*. Madrid, 1967. Y también K. Kerényi, op. Cit.

Nos detendremos ahora en otro aspecto de la “experiencia moderna” de Darío donde el mismo tema aparece, sorpresivamente, en función de lo negativo de la vida de la metrópolis:

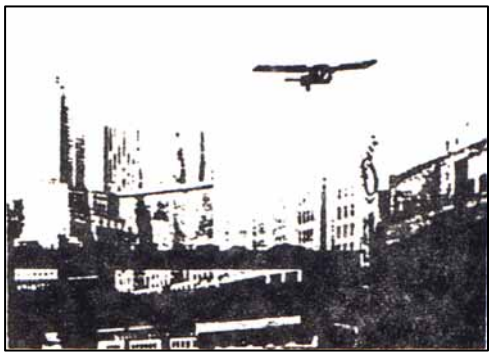
Los qué auscultasteis el corazón de la noche
los que por él insomnio tenaz habéis oído
el cerrar de una puerta, el resonar de un coche
lejano, un eco vano, un linero ruido...

En los instantes del silencio misterioso,
cuando surgen de su prisión los olvidados,
en la hora de los muertos, en la hora del reposo
sabréis leer estos versos de amargor impregnados...

Como en un vaso vierto en ellos mis dolores
de lejanos recuerdos y desgracias funestas,
y las tristes nostalgias de mi alma, ebria de flores,
y el duelo de mi corazón, triste de fiestas.

Y el pesar de no ser lo que yo hubiera sido,
la pérdida del reino que estaba para mí,
el pensar que sin instante pude no haber nacido,
y el sueño que es mi vida desde que yo nací...

Todo esto viene en medio del silencio profundo
en que la noche envuelve la terrena ilusión,
y siento como un eco del corazón del mundo
que penetra y conmueve mi propio corazón.



El significado del poema podría ser el que sigue: la fiesta es, en la vigilia tenaz del espíritu, irrecuperable como experiencia. Toda ebriedad es ilusoria para el insomne cuyo corazón ha sido penetrado por “un eco del corazón del mundo”. Y sí en la noche de los triunfos mundanos no hay nada por que velar, “en la hora de los muertos”, para el “corazón triste de fiestas”, no queda sino la evocación nostálgica de una lejanía que se ha escapado para siempre:

Adornan verdes palmas el blanco peristilo;
los astros me han predicho la visión de la diosa;
y en mi alma reposa la luz como reposa

el ave de la luna sobre un lago tranquilo.
Y no hallo sino la palabra que huye,
la iniciación melódica que de la flauta fluye
y la barca del sueño qué en el espacio boga.

La mirada sobre el barrio: del silencio a la nostalgia

Graciela Silvestre

1.

Este trabajo aborda sólo un aspecto de las investigaciones que hemos realizado en el Instituto de Arte Americano acerca de la relación barrio e industria. Confrontándonos siempre con la construcción material de un barrio determinado -Villa Crespo-, nos ha interesado la manera en que se traman las ideas culturales y los modelos sociales con los determinantes económicos y técnicos de su crecimiento. Esto implica abordar en forma integrada el hecho histórico en lugar de la habitual consideración pasiva que, al tratar a la cultura como reflejo, divide mecánicamente Forma y Vida.

Estudiaremos aquí, continuando con algunas ideas que planteáramos con Anahí Ballent y Adrián Gorelik el año pasado, el tema de la representación barrial. Nos referimos fundamentalmente a Villa Crespo y a los barrios de formación posterior a la capitalización de Buenos Aires, en dos períodos clave de su desarrollo: el primero, de consolidación, se extiende de 1870 a 1910 c.; el segundo, da cuenta de las transformaciones culturales en relación a los cambios de los procesos productivos posteriores a la Gran Guerra. La fecha ad quem (1940), es aún imprecisa.

2. El silencio

Nada más difícil que reconstruir materialmente el origen del barrio. Para quien decida encarar el tema, no hay más alternativas que desviarse hacia indicios laterales, hacia huellas silenciosas. Los barrios nuevos aparecen en las Memorias Municipales como un vacío sobre el cual se trazan calles, mojones, límites que permiten el cobro de impuestos[45]. "Como contribución al patrimonio cultural y civilizador de la ciudad, las tierras anexadas eran completamente nulas", escribirá Bucich Escobar unos años después[46]. No hay descripciones sustantivas, aún cuando se detiene el documento en un barrio particular. Tomemos el ejemplo de la primera mención de Villa Crespo en las Memorias de 1890[47] (la Fábrica Nacional de Calzado se había instalado ya en 1888). Su lectura nos deja la impresión de un barrio "modelo", confrontado especialmente con aquellos otros barrios de fundación anterior, cercanos al centro, a los cuales la higiénica mirada finisecular ya había juzgado como focos de infección real y moral. Demasiado cercanos al Centro: testimonio de cosas que no se debían ver. La propuesta de alejar las fábricas, trabajadores y prostíbulos del centro[48] no puede leerse más que de esta manera: hacia los nuevos terrenos, cuya distancia los hace "invisibles". El optimismo del cronista municipal se hace en este sentido interesante, y su testimonio poco fiable. "El desarrollo que este núcleo de población

[45] Ver en las Memorias Municpales de 1880 los arguemntos para la apertura de las calles y la regularización de límites; carta de Alvear a Del Viso en 1881 sobre el mismo tema y el debate, bajo la intendencia de Bollini, sobre la necesidad de disminuir esta "fiebre de aperturas" motivada por el interés privado.
[46] Bucich Escobar, Ismael, Buenos Aires Ciudad (1880-1930)
[47] Memorias Municipales 1890.
[48] E inclusive las vivencias de madera que afectaban el "decoro" ciudadano; ver Actas del Consejo Deliberante 1887, Memorias Municipales 1879.

obrera adquiere cada día y los adelantos que recibe al punto de ser un barrio con derecho a convertirse en parroquia me deciden a dar cuenta especial de él". Al margen de los datos estadísticos (4132 habitantes, 143 edificios, tres fabricas, 28 comercios...), no nos describe que tipo de casas, que forma de vida o, en general que problemas podían encontrarse. Nos ofrece una idea: el esforzado barrio de inmigrantes, aun pobres pero honrados trabajadores, con la progresista guía de Salvador Benedit, gerente de la Fabrica de Calzado.

Este texto es, sin embargo, uno de los más concretos que pudimos hallar con referencia a un barrio en las Memorias En general las menciones pasan por las callas (la mayoría numeradas provisoriamente) que se abrieran en la zona. Se delinea el plano: que sucede con la construcción real, entre las vías abiertas, dentro de cada manzana, no se describe. Esto es: se trata, fundamentalmente, de una posesión técnica, técnica en el sentido de economía espacial, con los instrumentos de la topografía (la geometría), la estadística, la organizaci6n burocrática del poder municipal centralizado. Sobre lo que no se habla, se actúa: se actúa técnicamente. [49]

Este enfoque territorial e igualador se refleja también en la forma en que aparecen estos barrios mencionados en los semanarios de la época. En Caras y Caretas de abril de 1900, por ejemplo, aparece mencionado Villa Crespo en relación a una importante inundación que afectó a toda la ciudad. Los barrios aledaños al Maldonado se confunden entre sí. Arroyo y Cementerio son, junto a la Fábrica,]os temas alrededor de los cuales giran las referencias al barrio.

La Fábrica es central. Pero la documentación existente sobre ella es casi nula. No existen testimonios directos del "proyecto" Benedit. Benedit estaba vinculado con grupos católicos, tenía una considerable actuación política (aunque no encontramos ninguna actuación suya como concejal, diputado y senador, cargos que ocupo sucesivamente hasta su muerte en 1906), y había viajado por Alemania, Bélgica e Inglaterra en relación a sus actividades industriales[50]. Analizando las particularidades de su actuación en el barrio, y vinculándola con estos antecedentes, no nos parece aventurado suponer un proyecto ideológico que intenta neutralizar el impacto fabril (y sus consiguientes "peligros", ya detectados en la época), creando un lugar en el que la Fábrica se erija cono la que da el sentido: fundadora de la Iglesia (con el significativo nombre del padre de Benedit), de la plaza con el quiosco de música para bandas obreras, de vivienda para obreros frente a la plaza, la Iglesia y la Fabrica. Que el proyecto obviamente fracasase no quiere decir que de alguna manera el significado original no haya subsistido: un cronista posterior habla de la Fábrica de Calzado en épocas de inundación -tan frecuentes, por otro lado- como una impasible Arca de Noé: el "lugar de salvación" en un barrio que, literalmente, desaparecía en forma periódica bajo las aguas. Una foto en el Caras y Caretas ya citado muestra a la fábrica Dell'Acqua, contemporánea a la de Calzado, sumergida y evocando la misma imagen[51].

La Fábrica aparece también como hito y referencia en los avisos de venta de tierras de la época, con la misma importancia que la cercanía del tranvía: "Propiedad esquina al O. Calle Camargo y Segurola 95. Entre las fabricas de Calzado, Tejidos, Curtiembre (se refiere a La Federal) y a un pase de la Avenida Corrientes con tranvía ida y vuelta, o sea, en el centro de un barrio que tiene vida propia y donde trabajan 2000 operarios diariamente (...) para visitarla, pedir las llaves en el almacén de enfrente"[52].

Intentamos buscar una relación entre este proyecto alternativo y la producción fabril en sí. ¿Qué es lo que hizo que el proyecto Benedit fuera factible hasta cierto punto? ¿Qué tipo de producción permite una alternativa de este tipo? Los datos recabados de la fábrica de Benedit son insuficientes. Sabemos que quedo

[49] Nos basamos en los conceptos desarrollados por Tafuri, Teysset en Le macchine imperfette.
[50] Cutolo, Vicente. *Diccionario de biografías argentinas.*
[51] Caras y Caretas, abril 1900.

inscripta como Sociedad Anónima en el Registro de Comercio en julio de 1887 a partir de la adquisición de una fábrica existente establecida en el centro (Wattine & Cia) para "propender por todos los medios a levantar esta industria abaratando el costo del producto" [53]. La fábrica ya ha quebrado en 1900[54], sus terrenos divididos y vendidos; cambia primero de dueño y de nombre (Los Vascos, de Larrechea Hnos) y, bastante posteriormente, de rubro (manufactura de lana). La producción de calzado era una industria típica del período en nuestro país. En 1901, en la serie de artículos publicados por el diario La Prensa sobre la situación de los trabajadores en el país[55], se describe con bastante vivacidad la situación de los obreros de esta rama industrial y el tipo de trabajo. El gremio "más pobre y más numeroso de la Capital" pasaba en esos momentos por una profunda crisis. El articulo señala unas setenta fabricas y talleres en la ciudad, que pagaban "una miseria" a sus operarios. Cuatro mil quinientos obreros trabajaban en rueda, esto es en fábricas donde se producía el articulo "grosso modo", de calidad inferior en la mayoría de los casos "para la gente pobre de esta capital y del interior".

¿Qué significaba la "rueda"? "El trabajo en la fábricas se efectúa por grandes secciones, en cada una de las cuales un grupo de obreros prepara y confecciona una o varias partes del calzado. Así, mientras unos trabajan afuera. otros colocan las capelladas y las punteras, y los de más allá, los tacones y las cañas. En otras ruedas se cose y se clavetea; al mismo tiempo hay quienes "aparan", es decir, cosen a máquina la suela con la capellada.

Estamos aun, ante esta descripción, en un tipo de producción de manufactura desarrollada antes que maquinista propiamente dicha: no es aun la Gran Fábrica, la maquinaria organizada en un sistema, el "vasto autómata" de Marx. La característica unitaria del taller-fabrica en este tipo de manufactura implica también esta identificación de la unidad fabrica y del objeto producido. "El taller ofrece a la mirada el objeto de trabajo en todas sus fases a la vez... las diversas operaciones conexas, sucesivas en el tiempo, se vuelven simultaneas en el espacio[56]. Esto nos parece central: la relación directa de la Fábrica con el barrio a través de su reconocimiento como unidad, no solo espacial. Es notable la búsqueda de cierta calidad formal en muchos edificios fabriles barriales, de ninguna manera negada a la "pura necesidad" técnica. La representatividad de una fachada favorecía qué se la reconociese en su lugar espacial y social.

Para esta cuestión (el lugar social) nos ha interesado una reflexión de Ricardo González[57] acerca de los difusos límites entre lo público y lo privado en relación a la política aplicada por algunas empresas. En nuestro caso, no es casual que Benedit haya intentado un sistema cerrado que permitiera el control de la población obrera: la casa para obreros (luego conventillo El Nacional) y especialmente, la iglesia de San Bernardo. Testimonios hallados en la parroquia permiten documentar el interés manifestado por el problema industrial (clubes obreros, listas detalladas de fabricas y talleres, actividades recreativas, etc).

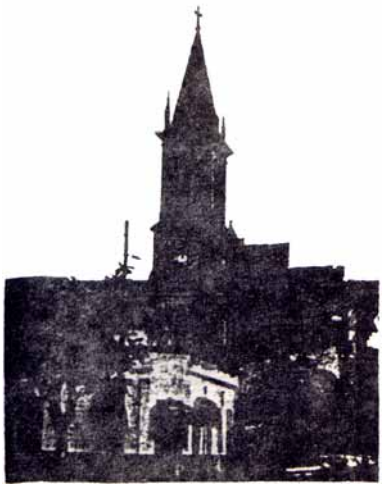
El proyecto Benedit estaba, nos parece, en relación a este tipo de producción. En esta hipótesis, la transformación técnica del territorio es, pues, anterior a una industria fabril propiamente dicha. La ideología del progreso es también anterior y no producto de una revolución industrial que, estrictamente hablando, nunca existió en nuestro país. ¿Paradojas de la periferia? Relacionando esta hipótesis con el tema de la producción

---

[52] La Nación, 7 de marzo de 1900.
[53] Galarce, Antonio. Bosquejos de Buenos Aires.
[54] Anuario Pillado, 1900.
[55] Los obreros y el trabajo, recopilación de una serie de artículos publicados en el diario La Prensa con prólogo de Ricardo González, CEAL.
[56] Marx, Carlos. El Capital, Tomo 1, pag. 340, ediciones Cartago.

barrial, los barrios nuevos a los que nos referimos, ejemplificados por Villa Crespo, ofrecen características particulares para analizar en cuanto no son sede, ni lo serán, nunca, de la Gran Fabrica, pero si de grandes talleres manufactureros y multitud de pequeñas industrias semi-caseras. Por otro lado son objeto de un trazado no cualificado, instrumento de la especulación específicamente técnico. Ambos aspectos se van tramando en luchas o coincidencias silenciosas.

3. La nostalgia.



Así como el silencio es característico de los años de consolidación, a partir del ´20 el barrio se pone en discurso: desde el tango a los sainetes, en las incipientes películas cinematográficas y hasta en la literatura culta. No solamente el barrio tradicional, en donde subsisten resabios coloniales, o el barrio pintoresco, con cualidades diferenciadas de la gran masa construida: también los barrios surgidos con posterioridad a la capitalización dé Buenos Aires.

Sobre Villa Crespo hay una abundante literatura, vinculada en parte a la existencia en este periodo de clubes literarios y ateneos culturales del barrio. La librería dé Manuel Gleizer, lugar de reunión dé escritores como Marechal, César Tiempo, Borges, Scalabrini Ortiz, etc, existió en Villa Crespo en la calle Triunvirato (hoy Corrientes) 537, hasta 1935. En las páginas de los escritores comienza a identificarse a Villa Crespo como “barrio de tango” cono sucederá también con Boedo o Palermo Viejo, en el momento en que los malevos y los jazmines ya han desaparecido. La imagen evocada difiere del "barrio pobre pero honrado" de las Memorias Municipales. Comienza a aparecer en la literatura el recuerdo de tal o cual personaje concreto del pasado reciente, aureolado por la leyenda, como el "Manco" Ferreyra (a) "El Títere" de los versos de Borges: "Un balazo lo tumbó / en Thames y Triunvirato / Se mudó a un barrio vecino:/ el de la "quinta del flato".

Vaccarezza, oriundo de otro barrio vecino, sitúa varios de sus sainetes en Villa Crespo y sus alrededores, como en El Conventillo de la Paloma (probablemente El Nacional) o El Arroyo Maldonado. En este último describe el decorado de la primera escena: “Patio de una casucha a orillas del Maldonado. Dos piezas a la izquierda mirando al frente. La puerta, que da a la calle y se afirma en una empalizada dé madera. El Arroyo cruza al fondo como una línea barrosa”. No difiere mucho de las fotos que citáramos de Caras y Caretas de 1900: viviendas precarias, lotes vacíos en grandes extensiones y, siempre, la presencia del Arroyo.

Pero si por un lado muestra un aspecto que antes solo aparecía accidentalmente, no para mostrar la pobreza y la precariedad, por otro el tono ha cambiado lo suficiente como para teñir al objeto de un aura romántica: “¡Villa Crespo! ... Barrio reo/ el de las calles estrechas/ y las casitas mal hechas/ que eras lindo por lo feo/ ¿donde están, que no los veo/ aquéllos viejos matones/ caferatas y gaviones/ que en sus posturas gotaicas/ iban quebrando a las paicas/ al taquiar de los pisones?/ (...) Ya no sos lo que antes eras/ Villa Crespo de mis sueños/ otras leyes y otros dueños/ te ensancharon las veredas/ y con manos chapuceras/ el grébano constructor/ clavo en los güecos en flor/ del andamiaje las redes/ y levantando paredes/ te fue cambiando el color/ ¿Qué

[57] González, cit.

querés con la postura/ de tus tiendas y tus llecas/ tus cinemas y tus fecas/ si te agarró la pintura?/ Te agarró la arquitectura/ del plano municipal/ Yo que vos, pa Carnaval/ apuraba el expediente/ de batirle al Intendente/ que te abra una diagonal."

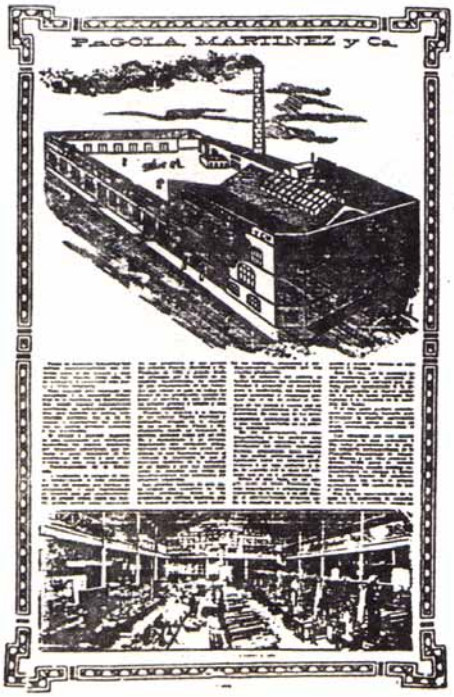
Detengámonos un momento en los elementos que aparecen en el poema que recita, justamente, el malevo Villa Crespo[58]: "otros dueños", especialmente en este barrio, apunta a la pequeña burguesía comercial (judía), con otro poder adquisitivo que los primeros pobladores obreros quienes, por otro lado eran de origen predominantemente italiano, 2) "el grébano constructor" de "manos chapuceras", que mata el espíritu (arrabalero) original; 3) "la postura", o sea, la pretensión: "te agarró la pintura" como a la muchacha de percal que, al pretender ser lo que no es y cambiar el percal por satén, termina como prostituta; 4) Esto es por lo tanto un Carnaval: una simulación, una máscara.

[58] Vaccarezza, Alberto. *El conventillo de la Paloma.*

En el mismo sentido, escribe Ricardo Dulac en la edición extra de El Progreso de Villa Crespo[59]: “Hoy las calles son un infierno de tráfico, las veredas una Babel, la amistad ha desaparecido ahogada por el egoísmo del Mercantilismo y la Maquina”.

El Mercantilismo y la Máquina. ¿Qué ha sucedido en este barrio -y que ha sucedido en la ciudad- para que se evoque con nostalgia aquel barrio “que era lindo por lo feo” y en su lugar aparezca la Máquina que “devora” las cualidades humanas? Nuestra hipótesis se entrelaza con el cambio productivo más profundo que ha tenido la sociedad argentina. definido en la década del treinta: el proyecto de crecimiento industrial “sin revolución industrial”. Aun antes, la introducción posterior a la Gran Guerra de capital norteamericano actúa de otra forma que el capital inglés: instala aquí su fábrica, con lo que irrumpe, sin transición, un modelo de organización fordiana del trabajo. Irrumpe la Gran Fábrica, que no se va a instalar dentro de los límites de la ciudad sino fuera, rompiendo por otro lado el tejido urbano: máquina ella misma y exhibición de la máquina, contrastando con la representatividad simbólica de las fábricas finiseculares. Pensemos en las fábricas villacrespenses, instaladas sin transformar el trazado urbano, en los límites de la manzana.

Por otro lado, este tipo de industrialización basada en la “necesidad de cierta circulación de riqueza, cierta actividad económica, la suma de la cual mantenga el nivel del pueblo a cierta altura” [60] se vuelve hacía la ampliación y el crecimiento de una preexistente industria liviana productora de bienes de consumo, sin mayores inversiones en medios de producción (para los cuales se sigue dependiendo de la importación), pero forzando al máximo la productividad, leit motiv de la época.



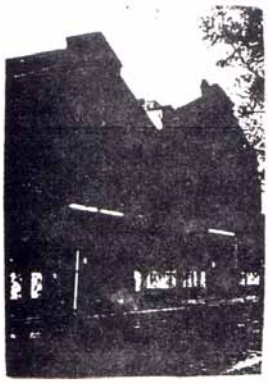
La Fabrica que crece y se transforma deja el barrio: es característico el caso de Ottonello, en un principio un modesto taller en Junín y Bartolomé Mitre (1883) que pasa en pocos años a ocupar terrenos en Gran Chaco (Río de Janeiro) y Triunvirato hasta que se fusiona con Rezzónico y se muda a Avellaneda, dando origen, después de una nueva fusión, a Tamet. “El progreso industrial se ha hecho pasando por sobre los cadáveres de las industrias mas atrasadas”, comenta Dorffman[61]. En general, las fábricas que quedaran en los barrios que estudiamos dejan de tener la importancia, aun para el propio barrio, que antes tenían.

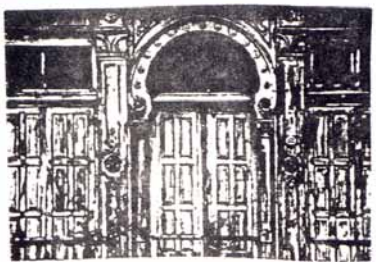
La transformación de la vida cotidiana es, en pocos años, tan evidente que un ingeniero industrial, desde las páginas de la revista del CAI en 1934, comenta[62]: “Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que una edificación de cuatro o cinco años ya es antigua”, registrando la eliminación del ornato, la introducción de nuevos sistemas tecnológicos en función de la comodidad, la

[59] El Progreso de Villa Crespo, 1934.
[60] Pinedo, Federico. *El plan de reactivación económica ante el Honorable Senado, 1940*. Citado por Portantiero y Murmis en Estudios sobre los orígenes del peronismo, SXXI ed.
[61] Dorffman, Adolfo. *La evolución industrial en Argentina*.
[62] Revista del Centro Argentino de Ingenieros, mayo 1934.

irrupción del H° A°, la rapidez de la construcción. La medición económica del tiempo, en función de la productividad y la racionalización del trabajo, impone otro ritmo social: estamos ya en el momento en que el tráfico mercantil influye en la vida entera de la sociedad.

El subte es un ejemplo claro de este cambio en el tiempo del habitante del barrio. Lo que no significa que el subte modifique la estructura urbana previa, de la misma manera que el crecimiento industrial no modificó en esencia la estructura básica de nuestro país. No por esto menos violento. Un ejemplo del tipo de cambio en relación al barrio lo dan las redes de carnicerías y salones de venta diseminados por toda la ciudad instalados por el Frigorífico La Negra desde 1905. Fotos de 1918 revelan elegantes salones art nouveau que hoy podríamos confundir fácilmente con bombonerías. En el '30, los mismos lugares ya han adquirido las características de una moderna carnicería barrial, desde los azulejos hasta la iluminación, sin que varíe fundamentalmente la red de distribución.





Subterráneo, movilidad, cine, radio, rapidez dé comunicación, “nuevos dueños” (recordemos la relación de lo metropolitano con lo judío que Bourdieu expone tan incisivamente en su análisis sobre Heidegger)[63]. Los elementos que habíamos descrito en el poema de Vaccarezza no difieren demasiado de los de la literatura “culta”. Marechal publica su Adán Buenosayres en él '48, pero evoca al barrio de Villa Crespo de fines del '20. Parte del texto fue, probablemente, escrita mucho antes. Además de la vivida descripción de las calles y los edificios, aun hoy identificables, de los personajes barriales, Marechal muestra los efectos de la nueva situación. La Fabrica ya no es la protagonista evidente de este barrio, sino un edificio mas en la mítica recorrida de Adán. La protagonistas era la “multitud clamorosa... que había salido de puertas, ventanas y tragaluces”, multitud que en algunos momentos pasa a evidenciar su carácter pequeño burgués de “bárbaro urbano”, disfrutando inconcientemente del café y del cinematógrafo (el Cástor y Pólux, los hijos de doña Francisca), esto es, de las conquistas técnicas. Nuevos é inconcientes dueños. No se trata de los obreros “rotos y dignos” que descansan en la puerta de la curtiembre La Universal (La Federal), residuo de aquel barrio original. La ciudad de la Gallina (opuesta a la del Buho, la sabiduría), que no puede alzar vuelo: la Vida, la mañana. Adán es un desertor de "la ciudad violenta, prófugo de la luz". "¿Como se había librado Adán del Espacio -inconmensurable- y del Tiempo? Los había superado en el alma, que no era espacial ni temporal".

Un trabajo anterior, analizábamos esta problemática en la excepcional colección de charlas radiales que promueve el intendente De Vedia y Mitre en ocasión del cuarto centenario de Buenos Aires (1936). Hacíamos notar la ausencia (obvia) de un discurso definidamente de izquierda.

Si tenemos en cuenta, sin embargo, que parte del radicalismo y sectores afines ejercieron una oposición al proyecto de industrialización del gobierno que les parecía excesivo, no resultara tan extraña la ausencia de éstos personajes. En el texto citado, en cambio, la transformación debe ser justificada ideológicamente, mostrando como no afecta, en su esencia, al “ser nacional”. La Maquina se acepta si es guiada por el Espíritu, que esta fuera del “tiempo y el espacio” (como el alma de Adán), el Espíritu de nuestra tierra y quienes lo

[63] Bordieu, Pierre. La ontología política de Martín Heidegger. Folios.

encarnen (que, en fin, no pueden ser todos; no puede ser, sobre todo, la “multitud irreflexiva”). Los temas, decía, son los mismos, sólo que en este caso se ofrece una vía de conciliación entre la historia (mejor dicho el mito: él barrio mítico) y el futuro, mientras que los desplazados solo aciertan a mirar al pasado.

Por último: no menor importancia en el extrañamiento tiene la forma en qu1 se dio la industrialización y sus consecuencias. Ya no se trata de una fábrica identificable, entendible, en donde trabaja tal o cual, que se vio crecer, en donde se “conoce” al dueño, donde se puede poner la responsabilidad de la miseria o el valor de la protección. Esta industrialización no se aprehende, sucede. El estupor y la distancia ante las transformaciones técnicas va de la mano de lo inmanejable: quienes bautizaron a la revista de Villa Crespo con el nombre de El Progreso aun estaban atados a la Idea; ahora, en el '30, se encuentran con la Vida.

De otras áreas

En esta sección nos planteamos como objetivo la publicación de trabajos de docentes o alumnos, reproducciones de teóricas, textos sobre problemas de las Cátedras, tanto teóricos como de enseñanza, información sobre actividades, presentación de los programas, en fin, todo aquello que las Cátedras del grado y de las materias electivas de Historia y el postgrado quieran poner a disposición del conjunto del área de Historia.

Esta sección tal vez sea la más difícil de cubrir por las dificultades concretas que se les plantean a las Cátedras para organizar el material y presentarlo, pero estamos convencidos de que es un espacio central para promover un intercambio que aliente el desarrollo de la tarea disciplinar y mejore las condiciones da la formación.

Tal intercambio puede convertirse en un paso inicial. para fortalecer la comunicación entre áreas cuyo aislamiento está reñido con la posibilidad de una más rica y eficaz vida académica, en la que el fruto del trabajo de cada uno de sus integrantes sea patrimonio común.

En este primer número sólo pudimos concretar la publicación de material informativo del postgrado.

Esperamos ampliar la sección con materiales del resto de las áreas en los próximos números, en la medida que poder hacerlo será el índice más importante de la productividad de la herramienta que ofrecemos.

Curso Superior de Historia y Crítica de la Arquitectura y el Urbanismo CUSHCAU

Información General

Director:
Rafael Iglesia, arquitecto.

1. Introduccion:

El CUSHCAU se desarrolla dentro del ámbito de la Escuela de Postgrado dirigida por el arquitecto Miguel Ángel Roca, y depende de la Secretaría de Investigación y Posgrado de la FAU.

El CUSHCAU se ocupa de formar historiadores y críticos de la arquitectura y del urbanismo con orientación hacia Ibero América y sus problemas.

2. Destinatarios:

Pueden asistir al curso arquitectos, licenciados en historia del Arte y licenciados en Historia. Se aceptan todos los títulos expedidos por universidades nacionales, privadas, argentinas y extranjeras.

3. Políticas:

El curso no está organizado según esquemas rutinarios y rígidos. Su organización es sumamente flexible para facilitar la elección curricular de los alumnos, aprovechar los recursos docentes existentes, facilitar la asistencia de alumnos de otros países iberoamericanos y maximizar la participación de especialistas de todo el continente.

4. Docentes:

4.l. Un cuerpo docente permanente, integrado por: arq. Rafael Iglesia: Director, Profesor a cargo del Taller de Historiografía; arq. Margarita Gutman, arq. Jorge Ramos, Lic. Alberto Delorenzini y Dr. Hugo Chumbita, Profesores del Taller de Historiografía.

4.2. Un cuerpo de Profesores Invitados a cargo de los Módulos y Seminarios.

Han actuado como Profesores Invitados:

Licenciado Miguel Guerin: Historia Social y Economica de Iberoamerica.

Arq. Alberto De Paula: Arquitectura colonial en Iberoamerica.

Arq. Jorge Liernur: Arquitectura Argentina Contemporánea.

Arq. Horacio Pando: Desarrollo Urbano de Bs.As.

Arq. Liliana Giordano: Historia y Critica de los modos de representación en arquitectura.

Arq. Claudio Guerri y Lic. Magarinos de Morentin: Semiótica de la Arquitectura.

Lic. Catalina Saugy de Kliauga y Lic. Mario Virgolini: Antropología del espacio.

Arq. Alberto Nicolini: Arquitectura Andaluza y Colonial Iberoamericana.

Arq. Antonio Fernandez Alba: Arquitectura y Modernidad.

Arq. Jorge Enrique Hardoy: Ciudades Latinoamericanas.

5. Organización:

Las tareas por las que se obtienen Créditos para el Curso son las siguientes:

5.l. Taller de historiografía y critica.

En dos periodos anuales. Un día semanal en el Taller, bajo la dirección de los profesores permanentes, se realizan trabajos de investigación y critica.

5.2. Módulos. Mensuales: 5 semanas de dos clases cada una.

Los Módulos son unidades temáticas dictadas por los profesores invitados, especialistas destacados de cada materia. En total hay 10 módulos obligatorios, el resto son electivos.

5.3. Seminarios. semanales: 6 clases de lunes a sábado.

Los Seminarios son electivos y se ofrecen en cada periodo lectivo de acuerdo a la programación anual. Son, como los Módulos, dictados por los más destacados especialistas en el tema.

6. Asignaturas:

Los Módulos Básicos de cursado obligatorio, son los siguientes:

MB. 101 Filosofía de la Historia.

MB. 102 Historia de la arquitectura iberoamericana durante el periodo colonial.

MB. 103 Historia de la arquitectura iberoamericana durante el periodo independiente

MB. 104 Desarrollo urbano de Buenos Aires hasta el Siglo XIX.

MB. 105 Historia social y económica de ibero América hasta el siglo XIX.

MB. 201 Historia de la arquitectura argentina contemporánea.

MB. 202 Historia social y económica de ibero América, siglo XX.

MB. 203 Historia del Desarrollo urbano en ibero América y Argentina, siglo XX.

MB. 204 Historia de la Arquitectura contemporánea

MB. 205 Historia del urbanismo contemporáneo.

Con carácter ilustrativo, ya que debe consultarse la programación anual, se indican las materias que pueden ser dictadas como Módulos electivos:

Historia de las artes plásticas en ibero América colonial.

Estética.

Semiótica de la arquitectura.

Historia de la arquitectura hispánica hasta el siglo XVIII

Historia de las artes plásticas contemporáneas.

Historia de las artes plásticas occidentales siglos XIV al XVIII.

Historia de las tecnologías constructivas.

Estética de la modernidad.

También con el mismo carácter ilustrativo y ampliatorio, se indican unidades temáticas desarrollables en Seminarios:

Explicación histórica y juicios de valor.

Historiografía del arte iberoamericano.

Arquitectura occidental siglo XIX.

Arquitectura natural, espontánea, no reflexiva.
Tratadistas del siglo XIV al XIX.
Antropología del espacio.
Arquitectura religiosa en Ibero América colonial.
Historia y critica de los modos de representación en la arquitectura.
Proyecto moderno en el arte y la arquitectura.
Critica e historiografía de la arquitectura del siglo XX.
Vivienda y plásticas habitacionales en Argentina e Ibero América.
Ecología humana
Sociología del arte

7. Títulos y certificaciones

Los alumnos que aspiren al título de Maestría deberán cursar y aprobar los trabajos de taller, los diez Módulos Básicos y una de las siguientes alternativas:

a) 2 Módulos Electivos, 4 Seminarios
b) 1 Modulo electivo, 1 Seminarios
c) 8 Seminarios

Además,el postulante deberá realizar una tesis con dirección de un reconocido especialista, que defenderá ante un jurado especial. La tesis deberá tratar un tema aprobado y podrá realizarse en un periodo no mayor de 2 años.

Se otorgaran certificaciones de asistencia y aprovechamiento por cada Modulo o Seminario cursado.

8. Cronograma hasta diciembre del ´87

MB 31 de agosto al 24 de sept.
GUERIN
HISTORIA DÉ IBEROAMERICA PERIODO COLONIAL

SEM 14 al 19 de septiembre
PETRINA
ARQUITECTURA ARGENTINA 1930-55
SEM 28 de sept. al 3 de octubre
PRISLEI
CORRIENTES HISTORIOGRAFICAS CONTEMPORANEAS

MB 5 al 29 de octubre
EGGERS LAN
FILOSOFÍA DÉ LA HISTORIA

ME	5 al 29 de octubre MELE LA CIUDAD MODERNA
ME	2 al 26 de noviembre DELORENZINI ESTETICA, MODERNIDAD Y ARTE
MB	2 al 26 de noviembre GUERIN HISTORIA DE IBEROAMÉRICA, PERIODO INDEPENDIENTE
SEM	1 al 5 de diciembre LECUONA HISTORIA DE LA VIVIENDA EN LA ARGENTINA
SEM	1 al 5 de diciembre (a confirmar) RUPERT DE VENTOS LA MODERNIDAD Y SUS EXPRESIONES ESTETICA
SEM	7 al 12 de diciembre DE TERAN ANTECEDENTES EUROPEOS DÉ LAS CIUDADES IBEROAMERICANAS Y LA PROBLEMATICA DEL TRAZADO ORTOGONAL.

En la próxima entrega del boletín se publicará el programa de Módulos y seminarios correspondientes al año 1988.

También se publicarán las clases dadas por el arquitecto Fernández Alba (España), durante el desarrollo del seminario que dictó en agosto del corriente año.

De otros textos

En esta sección iremos presentando selecciones de textos ya publicados pero poco conocidos -por su limitada difusión (característica de este tipo de trabajos) o por su publicación en otros países e idiomas- que consideremos de interés para profundizar diversos temas ligados a nuestras preocupaciones como historiadores.

HISTORIA, SECTORES POPULARES, ARQUITECTURA.

El tema con que iniciamos esta serie es casi tan reciente como polémico.

No hace mucho que la historia de los sectores populares comenzó a tener una presencia destacada más allí de los ámbitos marginales de la cultura, y su irrupción provocó amplios debates que abarcan desde cuestiones metodológicas hasta concepciones ideológicas.

En efecto, si la fragmentariedad e inexistencia absoluta de fuentes documentales que se da en estos casos abre una polémica centrada en cómo construir una historia -y el término “construcción” ya es parte de esa polémica-; la difícil definición de “cultura popular” en cambio obliga a tomar partido acerca de cuál se entiende que es su relación con la “cultura dominante”, si se entienden como autónomas, como subordinada la primera a la segunda o como pertenecientes a un común campo de conflicto. Creemos que estas discusiones son un aporte central para el estudio de una historia de la arquitectura que intente dar cuenta de la constitución global de la ciudad, en la que los sectores populares tienen un rol definitorio.

Y al mismo tiempo creemos que el desarrollo de una historia de la arquitectura que focalice en el habitar popular, puede constituir un relevante aporte para la historia general de los sectores populares, ya que la arquitectura y loa artefactos materiales en general son riquísimos documentos que permitan rastrear marcas que una historia eminentemente oral no deja de otra manera.

Los textos que seleccionamos apuntan a dar cuenta de estos enunciados.

Con los de Burke y Ginzburg quisimos iniciar la polémica tanto metodológica como ideológica (el debate sobre la "Biblioteque bleue" que los dos tocan en un buen muestrario de ambas cuestiones). El texto de Newell, si bien enfoca especialmente el tema de la arqueología industrial, da unas cuantas pistas para apreciar la importancia del estudio de la arquitectura y los objetos materiales. El texto del PEHESA es particularmente importante por ser éste uno de los pocos grupos que está investigando sobre los sectores populares en Argentina, y por plantear desde la discusión teórica sobre que es exactamente eso que se llama “cultura popular”, hasta una periodización sobre su desarrollo en Buenos Aires.

Por último y ya acercándonos más a la arquitectura, dos textos. Uno de Diego Armus en el que se hace un relevamiento crítico de los trabajos producidos sobre vivienda popular y de los temas que abren -texto que nos parece interesante publicar por su índole sumaria-; y un último de Pancho Liernur sobre la tramada y compleja constitución del habitar popular durante el proceso de metropolización.

Estamos preparando una bibliografía extensa como para poder profundizar los temas planteados, diversas posiciones y metodologías.

En los próximos Cuadernos iremos publicando diversas series temáticas que se enlazan con los distintos Programas del Institutos sobre la metropolización (Buenos Aires), la Escuela de Warburg (Estética), la cultura industrial (Historia de la tecnología).

“Descubrimiento” de la cultura popular.

Peter Burke[64]

De Historia Popular y Teoría Socialista.
Raphael Samuel, ed.
Crítica, Grijalbo, Barcelona, 1984.
Edición original: History Workshop Journal.
Londres, 1981.

La idea de «cultura popular», en contraposición a «cultura ilustrada», data de las postrimerías del siglo XVIII y el primero en formularla fue el escritor alemán J. G. Herder. Los historiadores eruditos, huelga decirlo, ya habían descrito las costumbres populares antes de la fecha citada: Henry Bourne, por ejemplo, coadjutor de Todos los Santos, Newcastle, publicó un libro sobre «antigüedades populares» en 1725, y Pepys había coleccionado romances en hojas sueltas y libritos de coplas y cuentos a finales del siglo XVII. Lo que era nuevo en el enfoque de Herder, así como en el de sus amigos y seguidores, entre los que se contaban los hermanos Grimm, era la idea de que las canciones y los cuentos, las obras de teatro y los proverbios, las costumbres y ceremonias, formaban parte de un conjunto que expresaba el «espíritu» de un pueblo determinado. De ahí la aparición de términos como *Volkslied* ('canción tradicional'), que Herder fue uno de los primeros en emplear, o de «folclore», palabra que inventó William Thomas en 1846. Estos términos expresan lo que cabría llamar el «descubrimiento» de la cultura popular por parte de los intelectuales. La mayoría de éstos procedía de las clases altas, para quienes el pueblo era un misterioso «otro», al que se describía en términos de todo aquello que sus descubridores no eran (o creían no ser); natural, sencillo, instintivo, irracional y enraizado en el suelo local.

Por qué las clases altas (al menos una parte de ellas) se interesaron por las actitudes, los valores y la vida cotidiana del pueblo corriente en este momento concreto de la historia es una pregunta intrigante, y no pretendo tener la respuesta completa a la misma. Pero es claro que había motivos tanto estéticos como políticos para el descubrimiento del pueblo y de su cultura a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

El motivo estético fue la revuelta contra el clasicismo que empezó a finales del siglo XVIII y tuvo su culminación en el movimiento romántico. Las obras de teatro tradicionales, al igual que Shakespeare, despertaban entusiasmo porque rompían las «reglas» de Aristóteles y sus comentaristas, reglas que se habían transformado en ortodoxia en el teatro francés, alemán e italiano. Las canciones tradicionales se consideraban como obras de la naturaleza en lugar de obras de arte, del mismo modo que a los campesinos se les veía como partes pintorescas del paisaje. Se creó una imagen «romántica» de ellos, en todos los sentidos de la palabra 'romántica'.

El motivo político del descubrimiento de la cultura popular fue que encajaba, legitimándolos, en los movimientos de liberación nacional que entraron en erupción en toda Europa a principios del siglo XIX, en Grecia, Servia, Bélgica, etcétera. Coleccionar canciones tradicionales polacas, finlandesas o italianas pasó a ser un acto subversivo, pues daba a entender que el dominio ruso, sueco o austriaco era extraño a estas naciones. El descubrimiento del pueblo fue un movimiento «nativista» en el sentido de que constituyó un intento de varios países europeos, muchos de los cuales se encontraban bajo la dominación extranjera, de reavivar sus culturas

[64] Peter Burke da clases en el Emmanuel Collage de Cambridge. Es autor de *Popular culture in early modern Europe* (Londres, 1978), *Venice and Amsterdam: a study of seventeenth century elites* (Londres, 1974) y *History and sociology* (Londres, 1980). Es director asociado del History Workshop Journal.

tradicionales. No es casualidad que dicho movimiento tuviera más resonancia en Bretaña que en París, en Escocia que en Inglaterra. En estos movimientos de liberación nacional los intelectuales y los campesinos combatían codo a codo, de tal manera que las ambigüedades del término «pueblo» no eran tan aparentes como lo serían más adelante. «Pueblo» era una palabra clave en una ideología.

De este período de lucha hemos heredado no sólo términos como «cultura popular», «canción tradicional» y «folclore», sino también algunas suposiciones bastante peligrosas sobre ellos, incluyendo lo que podemos llamar «primitivismo», «purismo» y «comunalismo».

Al decir «primitivismo» me refiero a la suposición de que las canciones, los cuentos, las creencias, las costumbres y los artefactos que se descubrieron hacia el año 1800 habían sido transmitidos, sin sufrir cambio alguno, durante miles de años. Es muy posible que todos (o algunos de ellos) se hubieran transmitido durante mucho tiempo, que jamás se hubiera producido una clara ruptura de la tradición, pero esto no quería decir que las canciones, los cuentos, etcétera, no hubieran cambiado. Sabemos demasiado poco acerca de la cultura popular de la Edad Media, pero no es difícil demostrar que en tiempos más recientes, entre 1500 y 1800, las tradiciones populares europeas habían cambiado de muchas maneras. Durante la Reforma y la Contrarreforma el clero, católico y protestante, intentó muchas veces cambiar la cultura popular, lográndolo en mayor o menor medida (en algunas partes de Suiza y del sur de Francia, donde imperaba el protestantismo, los salmos suplantaron a las canciones tradicionales y pasaron a cumplir sus funciones como tonadas para bailar y canciones de cuna). La cultura popular nace de la forma de vida local y necesariamente cambia con ella. El aumento de la instrucción, el creciente poderío de la nación-estado y la ascensión del capitalismo comercial forzosamente iban a transformar tanto las tradiciones orales como la cultura material de distintas regiones. Algunas de las tradiciones «primitivas» que descubrieron los folcloristas en el siglo XIX puede que no se remontasen a más de una o dos generaciones.

«Purismo» es una etiqueta que se pone a la suposición de que «el pueblo» en realidad significa «los campesinos». Como dijo Herder en una ocasión: «La chusma de las calles, que nunca canta ni compone, sino que grita y mutila, no es el pueblo». A los campesinos se les veía como el verdadero Pueblo porque vivían cerca de la Naturaleza y porque no estaban maleados por costumbres nuevas o extranjeras. No hay duda de que, hacia 1800, el campesinado europeo llevaba una vida más tradicional que la de otros grupos, aunque empezaba a descubrir las delicias de las cortinas de algodón estampado y de las palas para el carbón más o menos en el mismo momento en que los intelectuales hablaban con entusiasmo de los muebles de fabricación casera y de las casas sin chimeneas. Los campesinos tendían a ser menos instruidos que los habitantes de las ciudades y, a diferencia de éstos, no hablaban la lengua de sus conquistadores extranjeros (castellano en Cataluña, alemán en Bohemia, danés en Noruega, etc.). Sin embargo, si estamos de acuerdo en que la cultura popular cambia constantemente, no tenemos ninguna base para excluir a los habitantes de las ciudades del término «pueblo» por el hecho de que su cultura sea menos tradicional. También las personas que vivían en las ciudades tenían sus tradiciones, incluyendo las orales. A la inversa, algunos de los campesinos eran instruidos. En la Suecia rural del siglo XVIII la instrucción, en el sentido de saber leer -aunque no siempre de saber escribir-, alcanzaba a virtualmente el 100 por 100 de los adultos.

Aun más peligroso es el «comunalismo», la suposición de que el pueblo crea colectivamente: «Das Volk dichtet», como dijeron los hermanos Grimm. Es verdad que los romances tradicionales, por ejemplo, son productos colectivos en el sentido de que son varias las personas que han tomado parte en la creación de cada

uno de ellos. En una tradición oral, lo que no es objeto de la aprobación general no se transmite a otras personas; en ese sentido, el público hace las veces de censor. Sin embargo, durante los últimos cincuenta años más o menos, la investigación ha demostrado que el hecho de trabajar dentro de una tradición oral no impide la creación de un estilo individual. Avdo Mededovic, un poeta oral analfabeto oriundo de Montenegro que murió, ya muy viejo, en 1955, se ha transformado en un ejemplo célebre de creatividad individual en el seno de una tradición popular.

Una distinción todavía más importante se oculta detrás de la fórmula «el pueblo crea». Se trata de la distinción entre la cultura que procede de las personas corrientes (sobre todo de las más dotadas entre ellas, como Avdo) y la cultura para las personas corrientes proporcionada por otras personas. Mucho antes de la revolución industrial, y no hablemos de la era de la televisión, una cantidad considerable de cultura popular llegaba a las personas desde fuera en vez de ser un producto casero de la comunidad local. En el siglo XVIII los habitantes de los pueblos de Francia (pongamos por caso) o de Suecia podían comprar un almanaque o un reloj de caja pintada en una feria, o escuchar actuaciones de actores o predicadores itinerantes. Estos artefactos y estas actuaciones cabe verlos como otros tantos mensajes, y acerca de ellos necesitamos preguntar, como ha hecho Raymond Williams en el caso de las formas de comunicación contemporáneas: «¿quién dice qué, cómo, a quién, con qué efecto y para qué fin?». Puede ser útil explorar estas preguntas por medio del estudio de un caso: el de la llamada «Biblioteca Azul» («Bibliothéque Bleue»).

La «Bibliothéque Bleue» es el nombre que en Francia se da a los libritos de coplas porque sus tapas eran azules. Empezaron a imprimirse en el siglo XVII, especialmente en Troyes. En muchos casos constaban sólo de unas pocas páginas, a menudo ilustradas (aunque las ilustraciones podían no tener ninguna relación con el texto porque resultaba más barato utilizar una y otra vez los mismos grabados en madera en diferentes libros), pero relativamente económicos (un libro venía a costar lo mismo que una barra de pan). Se distribuían en las ferias y también los vendían los buhoneros. Sabemos algo sobre estos vendedores ambulantes a principios del siglo XIX; seguían rutas fijas, trabajaban en grupos y tendían a proceder del sudoeste. Eran agricultores temporeros que vendían libritos de coplas durante la estación muerta.

¿Qué clase de libros vendían? Una muestra de 450 títulos de los siglos XVII y XVIII que aún se conservan en Troyes revela 120 obras piadosas, 67 cuentos de hadas, unos 30 romances de caballería (*Ogier the Dane*, *The tour sons of Aymon*, etc.), algunos almanaques, algunos manuales para escribir cartas y aprender buen comportamiento, y biografías de criminales famosos como el ladrón Cartouche y el contrabandista Mandrin.

Estos libritos de coplas han sido objeto de estudio intensivo por parte de los historiadores franceses durante los últimos años, pero de dicho estudio se han sacado conclusiones muy divergentes. Para Robert Mandrou, la función de la «Bibliothéque Bleue» consistía en dar a los lectores lo que éstos pedían: «literatura de evasión» con el acento en lo maravilloso, lo extraordinario y lo sobrenatural. Según Mandrou, esta literatura expresaba valores populares. En opinión de Robert Muchembled, por el contrario, la «Bibliothéque Bleue» era una forma de propaganda. el opio del pueblo (el habla de «tranquilizantes»), su difusión formaba parte de un movimiento general de «aculturación», dicho de otro modo, la imposición al pueblo de los ideales y valores de la clase gobernante como ideología que permitiría controlarlo más fácilmente. ¿Quién tiene razón: Mandrou o Muchembled? ¿Qué datos tenemos para decidirlo?

¿Quién habla a través de estos libritos de coplas? La mayoría de ellos son anónimos. Parte del repertorio parece el eco de la voz del clero. A mediados del siglo XVII un sínodo del clero de Chalons sugirió que se alentase a los fieles a comprar y leer tres devocionarios y que éstos también debían leerse en voz alta «en el portal o en la entrada de la iglesia» los domingos y las fiestas. Parte del repertorio secular, especialmente los romances de caballería, procede de la cultura aristocrática medieval. Antes de aparecer en forma de librito de coplas, estos textos se traducían, abreviaban y simplificaban con gran frecuencia, y no sabemos quién era el encargado de hacer estas cosas; probablemente las organizaban los editores, algunos de los cuales (por ejemplo, la familia Oudot de Troyes) estuvieron especializados en este ramo durante generaciones. Es probable que la decisión sobre lo que había que imprimir en este formato la tomasen los editores basándose en lo que se había vendido bien en el pasado; fuerzas de mercado en vez de una política impuesta por la iglesia o el estado.

Esta última observación encuentra apoyo en la absoluta heterogeneidad de lo que se imprimía y vendía. La elección de (pongamos por caso) el *Sermon des Cocus*, la *Histoire de Mandrin*, las *Prophéties Perpétuelles* y las *Règles de la Bienséance* no parece el fruto de ninguna política coherente. Las autoridades censuraban estos libritos para cerciorarse de que no se publicara nada irreligioso o subversivo, pero no suprimían las biografías de forajidos como Mandrin, a quien, dicho sea de paso, se presenta en términos ambivalentes; valiente, atractivo y, pese a ello, un «monstruo de ferocidad», todo en las páginas del mismo libro. Puede que esta inconsecuencia refleje el enfoque de la empresa privada, enfoque basado en el «algo para todo el mundo».

¿A quién iban dirigidos estos mensajes? Mandrou apuntó que su público era primordialmente campesino y la existencia de una red de distribución integrada por buhoneros rurales es indicio de que en la sugerencia de Mandrou puede haber algo de verdad. Sin embargo, si se puede juzgar por la capacidad de firmar con tu propio nombre, menos del 30 por 100 de los franceses (y mucho menos de las francesas) tenían instrucción en 1700. En todo caso, muchos campesinos, especialmente en Bretaña y en el sur, no sabían francés. Algunos libreros de París tenían la «Bibliothéque Bleue»

en existencia y cabe suponer que los libros sobre la redacción de cartas y el buen comportamiento atraían más a los lectores urbanos que a los pueblerinos. Quizá lo menos arriesgado sería suponer que la «Bibliothéque Bleue» encontraba la mayor parte de su público entre los artesanos y tenderos de las ciudades y las esposas e hijas de éstos, junto con los campesinos más prósperos que vivían al nordeste de una línea que cruzaba Francia en sentido diagonal desde Saint-Malo a Ginebra. No era ninguna casualidad que Troyes (en la Champagne, región del nordeste) fuese el centro de la red de distribución.

Nos quedamos con las preguntas más difíciles: las que se refieren a las intenciones y los efectos. Mi opinión personal es que no era probable que el gobierno francés utilizase estos libritos como medio de propaganda. No cabe duda de que el gobierno se daba cuenta de la necesidad de una buena imagen pública, especialmente en tiempos de Colbert, que ejerció las funciones de una especie de ministro de propaganda de Luis XIV en los decenios de 1660 y 1670, erigiendo arcos triunfales y estatuas de «Luís el Grande» y acuñando medallas para conmemorar las victorias del monarca. No obstante, esta propaganda iba dirigida a la élite. A la Iglesia también le interesaba la propaganda (en el sentido original del término: la «propagación» de la fe) y en el nordeste, en la diócesis de Valenciennes, por ejemplo, fomentó la instrucción y las escuelas dominicales en el siglo XVII. Sin embargo, parece ser que la mayoría de los obispos confiaron en el medio oral tradicional, los púlpitos, con preferencia a los libritos de coplas. No hubo nadie parecido a Hannah More, que trató de suplantar

los libritos impíos con libritos piadosos, en la Francia de los siglos XVII y XVIII En cuanto a las intenciones de los editores, al parecer, ningún indicio al respecto ha llegado hasta nosotros.

¿Cuáles fueron los efectos de la «Bibliothéque Bleue»? ¿Qué significaba para sus lectores urbanos y rurales? No debemos suponer que tenía el mismo significado en las ciudades que en el campo, o en distintas partes de éste, o incluso para diferentes grupos de un mismo pueblo. Mi propia hipótesis es que estos libritos atraían de un modo especial a las familias campesinas más prósperas de la comunidad, los «intermediarios» entre dicha comunidad y el mundo exterior (*laboureurs*, molineros, etc.), que los compraban como símbolo de su categoría social y medio de fortalecer su posición en la comunidad gracias al prestigio de la letra impresa. Tampoco debemos suponer que los diferentes relatos de la «Bibliothéque Bleue» significaban lo mismo para los lectores que para los oyentes. El problema estriba en que los textos por sí solos no nos dicen qué significaban Mandrin o los hijos de Aymon, ni nos dicen si el público se identificaba con la rebelión de estos personajes contra la autoridad o si se alegraba cuando Mandrin era llevado ante los tribunales o los hijos de Aymon se reconciliaban con Carlomagno. Necesitamos saber, pero no sabemos, de qué manera reaccionaban los individuos ante estos relatos. Tratar la «Bibliothéque Bleue» como testimonio directo de las actitudes y los valores de los artesanos y campesinos franceses de los siglos XVII y XVIII es como tratar los programas de la televisión y los periódicos sensacionalistas como testimonio directo de las actitudes de la actual clase obrera británica. En el mejor de los casos es sólo testimonio indirecto. Que los campesinos siguieron comprando la «Bibliothéque Bleue» está claro. Que de ella absorbieron ideas es probable. Lo que no está claro es lo que seleccionaban y de qué manera modificaban o «ajustaban» estas ideas para hacerlas suyas. Es probable que el nuevo material impreso lo vieran a través de los cristales o estereotipos de sus tradiciones orales (como Menocchio, el molinero del Friuli del siglo XVI que Carlo Ginzburg estudió recientemente). También es necesario que recordemos que la «Bibliothéque Bleue» era sólo una parte de la cultura de los campesinos, incluso de los más instruidos. Puede que sus valores parezcan conformistas, pero había otras formas de expresar la protesta, desde los versos satíricos y cencerradas contra los recaudadores de impuestos hasta la revuelta en gran escala.

Habiendo tantas lagunas en nuestro conocimiento, sería erróneo sacar una conclusión dogmática. No obstante, los datos fragmentarios de que disponemos inducen a pensar que la «Bibliothèque Bleue» no era propaganda oficial a favor de la Iglesia o del estado, sino una creación (partiendo de material existente) de empresarios con los ojos puestos en el mercado. Algunos de los libritos tenían mucho éxito, pues se reimprimían con frecuencia y sus editores siguieron en el negocio. Estos textos pasaron a formar parte de la cultura popular, al menos entre los artesanos y campesinos más acomodados del nordeste. Los valores que se expresaban en tales textos, prescindiendo de cómo se interpretasen, eran los valores de la cultura «oficial». La difusión de estos libritos de coplas es uno de los numerosos ejemplos de la difusión de un modelo cultural hacia abajo a través de la sociedad. Como en una ocasión sugirió Gramsci, aludiendo a una situación parecida en Italia, esta literatura era a la vez reflejo y sostén de la hegemonía cultural de la clase gobernante. En este sentido un tanto impreciso, los buhoneros franceses eran los portadores de una ideología.

DEBATE

El debate subsiguiente puso de manifiesto que el artículo de Peter Burke había abierto una gama muy amplia de interrogantes tanto acerca de las fuentes como de la práctica real de la investigación. Tiny Frye

(Birmingham) inició el debate recalcando la necesidad de analizar el contenido en los casos en que se dispusiera de textos. Probablemente esta clase de investigación llegaría a los temas de la cultura popular de un modo en que no podían llegar los estudios orientados al mercado. Frye preguntó también si la circulación de los libritos de coplas no surtiría el efecto de extender la instrucción y subvertir con ello el control por parte de la élite. Alun Howkins (Sussex) se mostró más escéptico en lo referente al estudio de una sola fuente. Los libritos de coplas no podían verse aisladamente y la aceptación de la existencia de dos culturas independientes, una oral y otra escrita. llevaría forzosamente a tergiversaciones. Normalmente los libros de todos los tipos se leían en voz alta y después, al ser «contados», sus temas llegaban a un público mucho más amplio. Asimismo, la lectura no era un acontecimiento privado, aislado, sino que a menudo representaba una empresa colectiva que entrañaba un intercambio activo entre las personas instruidas y las otras. Si queremos comprender lo que significaba la lectura, debemos saber mucho más acerca de la cultura más amplia a todos los niveles.

Los comentarios de Alun Howkins indujeron a Hans Medick (Góttingen) a plantear una cuestión crucial: el contexto social y económico. Con demasiada frecuencia se había separado la cultura popular del pueblo, tergiversando con ello nuestra comprensión de su génesis, de su función y de su significado. Medick trató de dar a entender que las culturas populares de los primeros tiempos de la Europa moderna deben verse como un aspecto de una sociedad capitalista en evolución y no como vestigios de tradiciones campesinas o intervenciones de élites instruidas. Muchas de las culturas populares más visibles y activas de este período iban asociadas a comunidades que ya se encontraban en una etapa avanzada de industrialización rural. Sus singulares formas de economía familiar, en las que la familia actuaba a la vez como unidad de producción y como unidad de consumo, proporcionaban la base material para tina creatividad cultural muy distinta de la que existía entre el campesinado y las élites urbanas. Aparecieron unas culturas populares que eran diferentes de las de las clases bajas preexistentes, y no eran necesariamente idénticas a las culturas de la clase obrera de períodos posteriores del capitalismo industrial urbano. Los valores no eran tan inequívocamente «plebeyos» como ha sugerido Edward Thompson, pero es claro que las culturas populares de este período no constituían una extensión de la hegemonía burguesa. La industrialización rural había alterado la naturaleza de la familia al reorientar tanto las relaciones entre los sexos como la categoría de los jóvenes y los viejos. Las pautas de consumo habían sufrido tal transformación que amenazaban las restricciones suntuarias impuestas por las élites censuradoras. Muchas de las formas populares -beber, comer opíparamente, bailar y cantar- eran, de hecho, un «conflicto de clases desplazado». Así, entre estos estratos concretos la cultura popular era claramente escenario de una pugna, incluso de subversión.

En este punto el debate volvió a la cuestión de las fuentes y Nick Rogers (Londres) expresó escepticismo acerca del valor de los libritos de coplas como medio de llegar a los niveles profundos de las actitudes populares. Los romances y las hojas sueltas e impresas a una sola cara representaban una fuente mucho más útil. Muchas de éstas habían ido a parar a manos del gobierno en el siglo XVIII y en ellas aparecen los autores utilizando un lenguaje «paternalista» como vehículo de la protesta social. Los instrumentos de la autoridad se estaban volviendo contra la clase gobernante de una manera que convendría seguir investigando. Gran parte del debate había girado en torno a la influencia de la ciudad en el campo. Tanto es así que Peter Christensen (Copenhague) preguntó si había un público ciudadano para los libritos de coplas y cuál había sido la acogida dispensada a éstos. Peter Burke contestó que, efectivamente, había un mercado urbano y que la dicotomía ciudad-campo podía ser falsa. Seguidamente abordó la sugerencia de que el análisis del contenido

sería una forma de descubrir los cambios de significado habidos a lo largo del tiempo. El cuento escrito a principios del siglo XVII podía alterarse para que encajara en el gusto del siglo XVIII; y esto era un dato a tener en cuenta. La lectura atenta del texto revestía importancia, aunque él siguió insistiendo en que la distinción entre una cultura de élite y otra plebeya funcionó bien en el caso de Francia a principios del período moderno.

Mary Ana Conant (Londres) no estaba tan segura de que los libritos de coplas ingleses los escribiera la élite con destino al pueblo llano. Citó una obra reciente en la que Margaret Spufford indica la posibilidad de que los aprendices de imprenta fueran los autores de algunas de las primeras versiones inglesas. En este punto intervino Hans Medick para sugerir que hacer hincapié en la instrucción podía provocar tergiversaciones, pues este enfoque descuidaba necesariamente muchas cosas y ocultaba el hecho de que se estaba produciendo un gran «renacimiento» de la cultura popular con total independencia de lo que ocurría en los círculos instruidos. En las regiones de industrialización rural la propia familia era consumidora y creadora de cultura. Las mujeres tanto como los hombres, los jóvenes junto con sus mayores, obtuvieron acceso al tiempo, los recursos y la libertad que hacían falta para participar en actividades que ni la Iglesia ni el estado sancionaban y que a menudo se oponían a estas instituciones. Medick apuntó que los esfuerzos llevados a cabo en el siglo XVIII con el fin de inculcar una ética de austeridad y ahorro deberían verse no sólo como un medio de acumulación de capital, sino como un medio de sojuzgar a una cultura que amenazaba a los intereses de la élite.

El debate volvió de nuevo al contenido de los libritos de coplas cuando Cathérine Delaval (París) comentó que también podían brindar una forma sin igual de explorar el cometido de las mujeres. Respondiendo a la petición de más explicaciones que formuló Ellen Ross (Nueva York), Cathérine Delaval dijo que los libritos de coplas franceses del siglo XVII muestran a las mujeres jóvenes como seres bastante libres. Las alusiones a la desnudez eran frecuentes y otras muchas inhibiciones, sexuales y sociales, brillaban por su ausencia. Sin embargo, en el siglo XVIII a las mujeres jóvenes ya se las presentaba como tímidas y reservadas, así como recatadas en lo que hace a la sexualidad. En la literatura del siglo siguiente aparecían todavía más recluidas; la mujer buena se convierte en la persona casera sin acceso al mundo exterior. Al parecer, las imágenes de mujeres que aparecen en los libritos de coplas confirman la tesis de Foucault sobre la «gran reclusión» de los inicios del período moderno, pero también le dan un significado especial con respecto a las mujeres.

Peter Larsen (Dinamarca) dijo que los textos no debían interpretarse literalmente. El significado de una narración o de un cuento dependía en gran medida del marco de referencia del propio lector, marco que a su vez era definido por una cultura más amplia. Una observación parecida la hizo Alun Howkins, que comentó que había muchas polémicas en tomo a las canciones tradicionales inglesas del siglo XVII, en el sentido de si su imagen «liberada» de la sexualidad de las mujeres representaba la realidad social o la fantasía pornográfica de los cantantes masculinos. Aparte de la labor realizada por Vic Gammon, poco se sabía sobre los cantantes y su público. Habría que investigar mucho antes de que la génesis de las canciones y el contexto de su interpretación se conocieran en medida suficiente para resolver tales interrogantes. Susan Amusson (Estados Unidos) opinó que la distinción entre pornografía y práctica social era falsa, pero también ella indicó que hacía falta continuar investigando.

En este punto el debate tomó un nuevo rumbo con la intervención de Dave Harker (Manchester), cuyos estudios de la cultura del nordeste en los siglos XVIII y XIX le habían llevado a una profunda desconfianza de los enfoques que trataban la cultura «como una cosa», como algo creado y distribuido por un grupo y consumido por otro. Al concentrar la atención en una sola fuente, el librito de coplas, Peter Burke había perpetuado este

error. Harker rechazó con energía el concepto de la cultura como algo que la «gente acepta». Deberíamos preocuparnos de lo que «la gente crea», que es un proceso que entraña tanto mediación como lucha. Según Harker, hay que prestar mucha más atención a los mediadores y creadores pertenecientes a la clase obrera. La misma terminología que emplean los historiadores culturales -«cultura», «tradición», «campesinado»- nos dice más cosas sobre las preocupaciones de éstos que sobre la cultura popular misma. Las palabras de este tipo oscurecen el aspecto activo, proteico, de la cultura como experiencia vivida, toda vez que la abstraen y alejan de la vida real de las personas.

Los comentarios de Harker fueron acogidos con entusiasmo, y Adrian Rifkin (Portsmouth) reforzó su argumento relativo a los peligros de estudiar la cultura como si fuese un objeto, práctica que invariablemente ponía el acento en las élites. John Gillis (New Jersey) añadió que los llamados historiadores de la cultura habían tendido a situar las fuerzas creativas dentro de instituciones públicas como la Iglesia, la escuela y el círculo literario, creando así la impresión de una cultura popular principalmente masculina y adulta. Opinó que Hans Medick tenía razón al pensar que el renacimiento de la cultura popular en el siglo XVIII tenía mucho que ver con la economía familiar asociada a la industrialización rural. Si bien no estamos acostumbrados a buscar fuerzas creativas en el seno de la familia misma, los estudios de la cultura doméstica revelarían cómo personas que no han tenido acceso a las instituciones públicas -esto es, las mujeres y los jóvenes- intervenían en los procesos culturales de los inicios del período moderno. El término «cultura popular» puede tender a homogeneizar y oscurecer las diversas fuentes de creatividad. Empezando con la familia. debería ser posible «desempaquetar» las diversas dimensiones de edad y sexo de este renacimiento cultural.

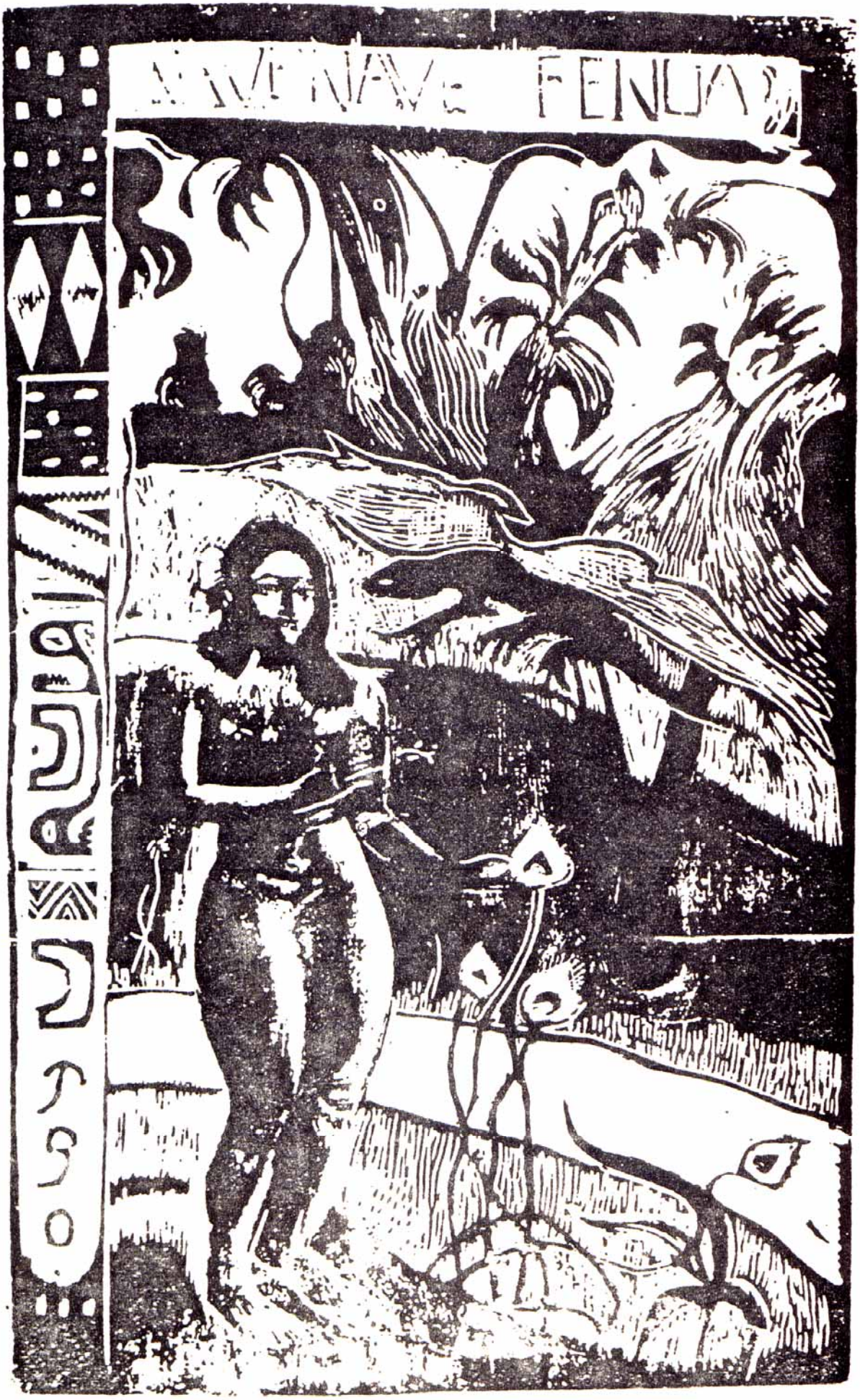
Para entonces ya había llegado Carlo Ginzburg (Bolonia). En vez de presentar un artículo, comentó brevemente el debate anterior e hizo algunas observaciones propias. Le preocupaba mucho el problema de los datos y la dificultad de hacerse una idea exacta de lo que realmente pensaban y hacían las personas. Coincidió con Dave Harker en que había que sacar mucho más partido de las «mediaciones activas» que son tan evidentes hoy como lo eran en períodos anteriores. A modo de ejemplo citó los estudios que se han realizado sobre el hecho de ver la televisión y que demuestran que las personas no absorben pasivamente lo que les echan. En vez de ello, lo desmontan y luego vuelven a montarlo del modo que mejor se ajuste a sus propios fines. Los niños se burlan de los anuncios que ven; y hay un perpetuo *feedback* cuyas posibles consecuencias no son las que pretendían los productores de los programas de televisión. Dijo que era escéptico en lo referente a la labor de Bajtin porque éste había confiado excesivamente en las fuentes literarias. Lo que se necesitaba, arguyó Ginzburg, era una forma «disciplinada» de enfocar las culturas del pasado. Se necesitan «nuevas reglas de testimonio» comparables a las creadas durante el pasado decenio para ocuparse de otros campos de la historia social. El campo, en efecto, está insuficientemente desarrollado y, por ende, la labor comparativa resulta difícil. Mientras no haya más rigor en la teoría y también en la estrategia de la investigación, no podrá dar respuesta a las preguntas que se han formulado en este debate y en otros.

Algunos de los problemas de interpretación y testimonio citados por Ginzburg fueron luego muy bien ilustrados por Sandro Portelli (Roma), que recalcó que la lectura no debe verse como un proceso pasivo, sino como una «lucha» que el lector libra activamente con el material. A menudo los resultados son muy distintos de los que buscaba el autor, sobre todo cuando el lector no pertenece a la misma clase social. En las zonas montañosas de Italia los textos de la literatura y la poesía clásicas frecuentemente son reelaborados por personas que parecen totalmente «incultas». Personalmente, conocía el caso de un pastor de ganado que había construido

su propia versión de la *Odisea* porque el original se le antojaba demasiado largo para aprendérselo de memoria. Portelli había oído cómo un campesino daba a sus compañeros una conferencia sobre el Primer Canto de la *Divina Comedia*, interpretando de un modo propio y original el poema de Dante. En la versión de este campesino el lobo representaba a los ricos y el Primer Canto pasaba a ser una alegoría del advenimiento del comunismo a Italia. Pero, aunque el mensaje pareciese revolucionario, el autor de esta interpretación no era social ni políticamente radical. Desde luego, la historia de la cultura popular era tan contradictoria como rica y evocadora.

Parecía apropiado terminar la sesión hablando de cosas concretas, de hecho, impenetrables. La introducción de Peter Burke a la literatura de los libritos de coplas era útil como punto de partida, aun cuando en el curso del debate se pusiera en duda el valor de concentrarse en una sola fuente. La definición de la cultura popular se había ampliado considerablemente, aunque nadie se había atrevido a proponer una definición. A veces parecía que estábamos hablando de toda la forma de vivir de un pueblo, como hubiese hecho un antropólogo; y existía el peligro de que el tema se deshiciera en algo totalmente inmanejable. No obstante, también parecía haber consenso en que una historia auténtica de la cultura popular era posible y que debía empezar no con los artefactos de la cultura elitista, sino con los diversos puntos de producción y mediación dentro de la misma clase obrera. Términos como «hegemonía» parecían fundir y oscurecer la vitalidad de la cultura como experiencia vivida.

A pesar de los notables esfuerzos de Hans Medick por proporcionar un marco histórico más amplio para el renacimiento cultural del período, la generalización no estaba en el orden del día. La diversidad, la ambigüedad y la contradicción se entrometieron en cada punto del debate. Como ocurrió con la historia social hace un decenio, había tanto territorio inexplorado que la obtención de un nuevo juego de mapas parecía muy lejana. Lo que hacía falta, al parecer, eran herramientas debidamente estandarizadas para seguir explorando, directrices además de reglas de testimonio que, andando el tiempo, hicieran posible la teoría.


AVE NAVE FENUA

Prefacio a *El queso y los gusanos*

Carlo Ginzburg

De El queso y los gusanos.
El cosmos según un molinero del siglo XVI.
Muchnik Editores, Barcelona, 1981.
Primera edición:
Il formagio e i vermi,
Einaudi, Turín, 1976.

1.

Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado, de consignar únicamente las «gestas de los reyes». Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. «¿Quién construyó Tebas de las siete puertas?» pregunta el lector obrero de Brecht. Las fuentes nada nos dicen de aquellos albañiles anónimos, pero la pregunta conserva toda su carga.

2.

La escasa de testimonios sobre los comportamientos y actitudes de las clases subalternas del pasado es fundamentalmente el primer obstáculo, aunque no el único, con que tropiezan las investigaciones históricas. No obstante, es una regla con excepciones. Este libro narra la historia de un molinero friulano -Domenico Scandella, conocido por Menocchio- muerto en la hoguera por orden del Santo Oficio tras una vida transcurrida en el más completo anonimato. Los expedientes de los dos procesos en que se vio encartado a quince años de distancia nos facilitan una elocuente panorámica de sus ideas y sentimientos, de sus fantasías y aspiraciones. Otros documentos nos aportan información sobre sus actividades económicas y la vida de sus hijos. Incluso disponemos de páginas autógrafas y de una lista parcial de sus lecturas (sabía, en efecto, leer y escribir). Cierto que nos gustaría saber otras muchas cosas sobre Menocchio, pero con los datos disponibles ya podemos reconstruir un fragmento de lo que se ha dado en llamar «cultura de las clases subalternas» o «cultura popular».

3.

La existencia de diferencias culturales dentro de las denominadas sociedades civilizadas, constituye la base de la disciplina que paulatinamente se ha autodefinido como folklore, demología, historia de las tradiciones populares y etnología europea. Pero el empleo del término «cultura» como definición del conjunto de actitudes, creencias, patrones de comportamiento, etc., propios de las clases subalternas en un determinado período histórico, es relativamente tardío y préstamo de la antropología cultural. Sólo a través del concepto de «cultura primitiva» hemos llegado a reconocer la entidad de una cultura entre aquellos que antaño definíamos de forma paternalista como «el vulgo de los pueblos civilizados». La mala conciencia del colonialismo se cierra de este

modo con la mala conciencia de la opresión de clase. Con ello se ha superado, al menos verbalmente, no ya el concepto anticuado de folklore como mera cosecha de curiosidades, sino incluso la postura de quienes no veían en las ideas, creencias y configuraciones del mundo de las clases subalternas más que un acervo desordenado de ideas, creencias y visiones del mundo elaboradas por las clases dominantes quizás siglos atrás. Llegados a este punto, se plantea la discusión sobre qué relación existe entre la cultura de las clases subalternas y la de las clases dominantes. ¿Hasta qué punto es en realidad La primera subalterna a la segunda? O, por el contrario, ¿en qué medida expresa contenidos cuando menos parcialmente alternativos? ¿Podemos hablar de circularidad entre ambos niveles de cultura?

No hace mucho, y ello no sin cierto recelo, que los historiadores han abordado este problema. No cabe duda de que el retraso, en parte, se debe a la persistencia difusa de una concepción aristocrática de la cultura. Muchas veces, ideas o creencias originales se consideran por definición producto de las clases superiores, y su difusión entre las clases subalternas como un hecho mecánico de escaso o nulo interés; a lo sumo se pone de relieve con suficiencia la «decadencia», la «deformación» sufrida por tales ideas o creencias en el curso de su transmisión. Pero la reticencia de los historiadores tiene otro fundamento más notorio, de índole metodológico más que ideológico. En comparación con los antropólogos y los investigadores de las tradiciones populares, el historiador parte en notoria desventaja. Aun hoy día la cultura de las clases subalternas es una cultura *oral* en su mayor parte (con mayor motivo en los siglos pasados). Pero está claro: los historiadores no pueden entablar diálogo con los campesinos del siglo XVI (además, no sé si les entenderían). Por lo tanto, tienen que echar mano de fuentes *escritas* (y, eventualmente, de hallazgos arqueológicos) doblemente indirectas: en tanto que escritas y en tanto que escritas por individuos vinculados más o menos abiertamente a la cultura dominante. Esto significa que las ideas, creencias y esperanzas de los campesinos y artesanos del pasado nos llegan (cuando nos llegan) a través de filtros intermedios y deformantes. Sería suficiente para disuadir de entrada cualquier intento de investigación en esta vertiente.

Los términos del problema cambian radicalmente si nos proponemos estudiar no ya la «cultura *producida* por las clases populares», sino la «cultura *impuesta* a las clases populares». Es el objetivo que se marcó hace diez años R. Mandrou, basándose en una fuente hasta entonces poco explotada: la literatura de *colportage*, es decir, los libritos de cuatro cuartos, toscamente impresos (almanaques, coplas, recetas, narraciones de prodigios o vidas de santos) que vendían por ferias y poblaciones rurales los comerciantes ambulantes. El inventario de los temas más recurrentes llevó a Mandrou a formular una conclusión algo precipitada. Esta literatura, que él denomina «de evasión», habría alimentado durante siglos una visión del mundo imbuida de fatalismo y determinismo, de portentos y de ocultismo, que habría impedido a sus lectores la toma de conciencia de su propia condición social y política. con lo que habría desempeñado, tal vez conscientemente, una función reaccionaria.

Pero Mandrou no se ha limitado a considerar almanaques y poemas como documentos de una literatura deliberadamente popularizante, sino que, dando un salto brusco e injustificado, los ha definido, en tanto que instrumentos de una aculturación triunfante, como «reflejo... de la visión del mundo» de las clases populares del Antiguo Régimen, atribuyendo tácitamente a éstas una absoluta pasividad cultural, y a la literatura de *colportage* una influencia desproporcionada. A pesar de que, según parece, los tirajes eran muy altos y aunque, probablemente, cada ejemplar se leía en voz alta y su contenido llegaba a una amplia audiencia de analfabetos, los campesinos capaces de leer -en una sociedad en la que el analfabetismo atenazaba a tres cuartos de la

población- eran sin duda una escasa minoría. Identificar la «cultura producida por las clases populares» con la «cultura impuesta a las masas populares», dilucidar la fisonomía de la cultura popular exclusivamente a través de los proverbios, los preceptos, las novelitas de la *Bibliothèque bleue* es absurdo. El atajo elegido por Mandrou para obviar la dificultad que implica la reconstrucción de una cultura oral, le devuelve de hecho el punto de partida.

Se ha encaminado por el mismo atajo con notable ingenuidad, aunque con muy distintas premisas, G. Bollème. Esta investigadora ve en la literatura de *colportage*, más que el instrumento de una (improbable) aculturación triunfante, la expresión espontánea (más improbable aún) de una cultura popular original y autónoma, infiltrada por valores religiosos. En esta religión popular, basada en la humanidad y pobreza de Cristo, se habría fundido armoniosamente la naturaleza con lo sobrenatural, el miedo a la muerte con el afán por la vida, la aceptación de la injusticia con la rebeldía contra la opresión. Está claro que de este modo se sustituye «literatura destinada al pueblo» por «literatura popular», dejándola al margen de la cultura producida por las clases dominantes. Cierto que Bollème plantea de pasada la hipótesis de un desfase entre el opuscularío en sí y la forma en que presumiblemente lo leían las clases populares, pero también esta utilísima puntualización es en sí estéril pues desemboca en el postulado de una «creatividad popular» imprecisa y aparentemente intangible, subsidiaria de una tradición oral que no ha dejado huellas.

4.

La imagen estereotipada y edulcorada de cultura popular que constituye el punto de llegada de estas investigaciones, contrasta enormemente con la vigorosa conclusión esbozada por M. Bachtin en un libro fundamental sobre Rabelais y la cultura popular de su época. Según parece, *Gargantúa* o *Pantagruel*, no leídos probablemente por ningún campesino, son de mayor utilidad para nuestra comprensión de la cultura rural que el *Almanach des bergers* que, por el contrario, debió circular generosamente por la campiña francesa. En el centro de la cultura reconstruida por Bachtin hay que situar el carnaval: mito y rito en el que confluyen la exaltación de la fertilidad y la abundancia, la jocosa inversión de todos los valores y jerarquías, el sentido cósmico del fluir destructor y regenerador del tiempo. Según Bachtin, esta visión del mundo, elaborada a lo largo de siglos por la cultura popular, se contrapone expresamente, sobre todo en los países meridionales, al dogmatismo y a la seriedad de la cultura de las clases dominantes. Sólo teniendo en cuenta esta contraposición resulta comprensible la obra de Rabelais. Su comicidad procede directamente de los temas carnavalescos de la cultura popular. Por lo tanto, dicotomía cultural, pero también circularidad, influencia reciproca -especialmente intensa durante la primera mitad del siglo XVI- entre cultura subalterna y cultura hegemónica.

En parte son hipótesis no todas avaladas por una buena documentación. Pero quizás el alcance del apasionante libro de Bachtin sea otro: los protagonistas de la cultura popular -campesinos, artesanos- que él trata de describir, hablan casi exclusivamente por boca de Rabelais. La propia riqueza de las perspectivas de investigación indicadas por Bachtin nos facultan para desear una indagación directa, sin intermediarios, del mundo popular. Aunque en este terreno de investigación, por los motivos que hemos expuesto, es muy difícil sustituir una estrategia elusiva por una estrategia directa.

5.

Hay que admitir que cuando se habla de filtros e intermediarios deformantes tampoco hay que exagerar. El hecho de que una fuente no sea «objetiva» (pero tampoco un inventario lo es) no significa que sea inutilizable. Una crónica hostil puede aportarnos valiosos testimonios sobre comportamientos de una comunidad rural en rebeldía. En este aspecto el análisis realizado por E. Le Roy Ladurie sobre el «carnaval de Romans», es ejemplar. En general, frente a la metodología insegura y la pobreza de resultados de la mayoría de los estudios dedicados específicamente a la definición de lo que era la cultura popular en la Europa preindustrial, destaca el nivel de investigación de obras como las de N. Z. Davis y E. P. Thompson sobre el *«charivari»* que arrojan luz sobre aspectos particulares de aquella cultura. Aunque la documentación sea exigua. dispersa y difícil, puede aprovecharse.

Pero el temor a incurrir en un desprestigiado positivismo ingenuo, unido a la exacerbada conciencia de la violencia ideológica que puede ocultarse tras la más normal y aparentemente inocua operación cognoscitiva, induce actualmente a muchos historiadores a arrojar el agua con el niño dentro -sin metáforas-, a descartar la cultura popular con la documentación que nos facilita de la misma una imagen más o menos deformada. Después de criticar (y con razón) los estudios mencionados sobre literatura de *colportage*, un grupo de investigadores ha llegado a preguntarse si «la cultura popular existe fuera del gesto que la suprime». La pregunta es pura retórica y la respuesta es claramente negativa. Esta especie de neopirronismo parece paradójico de entrada, ya que tras ello hallamos los estudios de M. Foucault, y éstos son los que con mayor autoridad, junto con su *Historia de la locura*, han llamado la atención respecto a las prohibiciones y barreras a través de las cuales se constituyó históricamente nuestra cultura. Si miramos con atención, no obstante, la paradoja es sólo aparente. Lo que fundamentalmente interesa a Foucault son los gestos y criterios de la exclusión; los excluidos, menos. En la *Historia de la locura* ya estaba parcialmente implícita la trayectoria que induciría a Foucault a escribir *Les mots et les choses* y *L'archéologie du savoir*. La redacción de estas dos obras fue casi con certeza acelerada por las facilonas objeciones nihilistas planteadas por J. Derrida a la *Historia de la locura*. No se puede hablar de la locura en un lenguaje históricamente partícipe de la razón occidental, y en consecuencia del proceso que ha conducido a la represión de la propia locura: el punto de equilibrio de que ha dotado Foucault a su obra -dice en síntesis Derrida- no existe, no puede existir. De tal forma que el ambicioso proyecto foucaultiano de una *«archéologie du silente»* se ha transformado en un silencio puro y simple, eventualmente acompañado de una muda contemplación estetizante.

De esta involución da testimonio un volumen que reúne varios ensayos de Foucault y de sus colaboradores, además de una serie de documentos diversos sobre el caso de un joven campesino de principios del siglo XIX que mató a su madre, a una hermana y a un hermano. El análisis versa fundamentalmente sobre la intersección de dos lenguajes de la exclusión, que tienden a negarse alternativamente: el judicial y el psiquiátrico. La figura del asesino, Pierre Rivière, acaba por trasladarse a un segundo plano, llegado el momento en que precisamente se publica un memorial escrito a petición de los jueces, en el que aquél explica cómo llegó a cometer el triple asesinato. Se excluye explícitamente la posibilidad de interpretación de este texto, porque ello equivaldría a forzarlo, reduciéndolo a una «razón» ajena. No queda más que el «estupor» y el «silencio», únicas reacciones legítimas.

Vemos que el irracionalismo estetizante es la única meta de esta serie de investigaciones. Apenas se acentúa la relación oscura y contradictoria de Pierre Rivière con la cultura dominante: se pasan por alto, sin más, sus lecturas (almanaques, libros piadosos, aunque también *Le bon sess du curé Meslier*). Se prefiere describírnoslo vagando por los bosques después de cometer el delito, como «un hombre inculto... un animal sin instintos… un ser mítico, monstruoso, imposible de definir por ser ajeno a todo orden enunciable». Se cae en éxtasis ante una enajenación absoluta, éxtasis que no es más que el resultado de eludir el análisis y la interpretación. Las víctimas de la exclusión social se convierten en depositarias del único discurso radicalmente alternativo a las mentiras de la sociedad establecida; un discurso que pasa por el delito y la antropofagia, que se encarna indiferentemente en el memorial redactado por Pierre Rivière o en su matricidio. Es un populismo de signo contrario, un populismo «negro», pero en definitiva populismo.

6.

Lo que hemos dicho hasta ahora demuestra con largueza la ambigüedad del concepto de «cultura popular». Se atribuye a las clases subalternas de la sociedad preindustrial una adaptación pasiva a los subproductos culturales excedentes de las clases dominantes (Mandrou), o una tácita propuesta de valores, si acaso parcialmente autónomos respecto a la cultura de aquéllas (Bollème), o una extrañación absoluta que se sitúa sin rebozo más allá, o mejor dicho más acá, de la *cultura* (Foucault). Es mucho más valiosa la hipótesis formulada por Bachtin de una influencia recíproca entre cultura de las clases subalternas y cultura dominante. Aunque precisar el modo y el momento de tal influencia (ha comenzado a hacerlo con óptimos resultados J. Le Goff) significa afrontar el problema con una documentación que, en el caso de la cultura popular, como hemos

señalado, es casi siempre indirecta. ¿Hasta qué punto los eventuales elementos de cultura hegemónica rastreables en la cultura popular son fruto de una aculturación más o menos deliberada, o de una convergencia más o menos espontánea, y no de una deformación inconsciente de las fuentes, claramente proclives a reducir al silencio lo común y lo corriente?

Hace años tuve que afrontar un problema similar durante una investigación sobre los procesos de brujería entre los siglos XVI y XVII. Quería saber qué había representado en realidad la brujería para sus propios protagonistas: las brujas y los brujos; pero la documentación con que contaba (los procesos, y no digamos los tratados de demonología) constituía una barrera tan impenetrable que ocultaba irremediablemente el estudio de la brujería popular. A cada paso tropezaba con los esquemas de origen culto de la brujería inquisitorial. La única brecha en el obstáculo fue el descubrimiento de un filón de creencias hasta entonces ignoradas, y centradas en los *benandanti* [65]. La discrepancia entre las preguntas de los jueces y las respuestas de los acusados -discrepancia que no podía achacarse ni al trauma del interrogatorio ni a la tortura- traslucía un profundo núcleo de creencias populares sustancialmente autónomas.

Las confesiones de Menocchio, el molinero friulano protagonista de este libro, constituyen en ciertos aspectos un caso análogo al de los *benandanti*. También aquí la irreductibilidad a esquemas conocidos de parte de los razonamientos de Menocchio nos hace entrever un caudal no explorado de creencias populares, de oscuras mitologías campesinas. Pero lo que hace más complicado el caso de Menocchio es la circunstancia de que estos oscuros elementos populares se hallan engarzados en un conjunto de ideas sumamente claro y consecuente que van desde el radicalismo religioso y un naturalismo de tendencia científica, hasta una serie de aspiraciones utópicas de renovación social. La abrumadora convergencia entre la postura de un humilde molinero friulano y las de los grupos intelectuales más refinados y conscientes de la época, vuelve a plantear, de pleno derecho, el problema de la circulación cultural formulado por Bachtin.

7.

Antes de examinar en qué medida las confesiones de Menocchio nos ayudan a precisar el problema, es justo preguntarse qué relevancia pueden tener, en general, las ideas y creencias de un individuo de su nivel social considerado aisladamente. En un momento en que hay equipos enteros de investigadores que emprenden ambiciosas empresas de historia *cuantitativa* de las ideas o de historia religiosa seriada, proponer una indagación *lineal* sobre un molinero puede parecer paradójico y absurdo: casi un retorno al telar manual en la época del telar automático. Es sintomático que la viabilidad de una investigación de este tipo haya sido descartada de antemano por los que, como E. Furet, sostienen que la reintegración de las clases inferiores en la historia sólo es posible bajo el epígrafe «del número y del anonimato», a través de la demografía y la sociología, de «el estudio cuantitativo de la sociedad del pasado». Con semejante aserto por parte de los historiadores, las clases inferiores quedarían condenadas al «silencio».

Pero si la documentación nos ofrece la posibilidad de reconstruir no sólo masas diversas, sino personalidades individuales, sería absurdo rechazarla. Ampliar hacia abajo la noción histórica de «individuo» no es objetivo de poca monta. Existe ciertamente el riesgo de caer en la anécdota, en la vilipendiada *histoire événementielle* (que no es sólo, ni necesariamente, historia política). Pero no es un riesgo insalvable. En algunos

[65] Los benandanti son los protagonistas de un culto agrario cuya existencia se puede verificar en el Friuli entre el siglo XVI y el XVII. Los inquisidores los asimilaron a brujos.

estudios biográficos se ha demostrado que en un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado período histórico, ya sea la nobleza austriaca o el bajo clero inglés del siglo XVII.

¿Es éste el caso de Menocchio? Ni mucho menos. No podemos considerarlo como un campesino «típico» (en el sentido de «medio», «estadísticamente más frecuente») de su época: su relativo aislamiento de la aldea no plantea dudas. A los ojos de sus paisanos Menocchio era un hombre cuando menos distinto de los demás. Pero esta singularidad tiene límites precisos. De la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación. Como la lengua, la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada. Con claridad y lucidez inusitadas Menocchio articuló el lenguaje de que históricamente disponía. Por ello en sus confesiones podemos rastrear, con una facilidad casi exasperante, una serie de elementos convergentes, que en una documentación análoga contemporánea o algo posterior aparecen dispersos o apenas mencionados. Ciertos sondeos confirman la existencia de indicios que nos llevan a una cultura rural común. En conclusión: también un caso límite (y el de Menocchio lo es) puede ser representativo. Tanto en sentido negativo -porque ayuda a precisar qué es lo que debe entenderse, en una determinada situación, por «estadísticamente más frecuente»-, como en sentido positivo, al permitir circunscribir las posibilidades latentes de algo (la cultura popular) que se advierte sólo a través de documentos fragmentarios y deformantes, procedentes en su mayoría de los «archivos de la represión».

Con ello no deseamos confrontar las indagaciones cualitativas con las cuantitativas. Simplemente queremos hacer hincapié en que, en lo que respecta a la historia de las clases subalternas, el rigor de éstas no puede prescindir (o, si se quiere, no puede *todavía* prescindir) del vituperado impresionismo de aquellas. El alegato de E. P. Thompson contra el «grosero impresionismo de la computadora, que repite *ad nauseam* un elemento simple recurrente, ignorando todos los datos documentales para los que no ha sido programada», es literalmente cierto, en el sentido de que, como es lógico, la computadora no piensa: sólo ejecuta. Por otra parte, sólo con una serie de profundas indagaciones particulares podemos elaborar un programa articulado para someterlo a la computadora.

Pondremos un ejemplo concreto. En los últimos años se han llevado a cabo varias investigaciones cuantitativas sobre la producción bibliográfica francesa del siglo XVIII y su difusión, con el justísimo propósito de ampliar el cuadro de la historia tradicional de las ideas mediante el censo de una interminable lista de títulos (casi cuarenta y cinco mil) hasta la fecha sistemáticamente ignorados por los eruditos. Únicamente de este modo -se ha dicho- podremos evaluar la incidencia del elemento inerte, estático de la producción libresca, y al mismo tiempo comprender el significado de ruptura de las obras verdaderamente innovadoras. A este planteamiento, un investigador italiano, F. Díaz, ha objetado que, por una parte, se corre el riesgo casi siempre de descubrir lo evidente y, por otra, de quedar detenido en algo que es históricamente desviante. En pocas palabras: los campesinos franceses de finales del siglo XVIII no asaltaron los castillos de la nobleza porque hubieran leído *L'ange conducteur*, sino porque «las nuevas ideas más o menos implícitas en las noticias que llegaban de París» confluyeron con «intereses y... antiguos rencores». Está bien claro que esta segunda objeción (la otra tiene mayor fundamento) niega de hecho la existencia de una cultura popular, aparte de la utilidad de la investigación sobre las ideas y creencias de las clases subalternas, volviendo a proponer la vieja historia de las ideas, de tipo exclusivamente verticalista. En realidad la crítica que hay que hacer a las investigaciones históricas cuantitativas

es de otra índole no que sean demasiado poco verticalistas, sino que todavía lo son demasiado. Parten del supuesto de que no sólo los textos, sino más aún los títulos, dan una orientación inequívoca, hecho que pierde cada vez más verosimilitud, conforme desciende el nivel social del lector. Almanaques, coplas, libros piadosos, vida de santos, todo el variopinto opusculario que constituía la masa de la producción libresca de antaño, nos parece actualmente estático, inerte, siempre igual a sí mismo; pero, ¿cómo lo leía el público de entonces? ¿En qué medida la cultura primordialmente oral de aquellos lectores interfería con el disfrute del texto, modificándolo, reconfigurándolo hasta casi desnaturalizarlo? Las referencias de Menocchio a sus lecturas nos dan un ejemplo flagrante de esta relación con el texto, muy distinta de la del lector culto de nuestros días. Esto nos permite, en suma, medir el desfase (a que alude con justicia la hipótesis de Bollème) entre los textos de la literatura «popular» y el modo en que los leían campesinos y artesanos. Cierto que en el caso de Menocchio este desfase es más pronunciado y nada corriente, pero también esta singularidad nos facilita indicaciones valiosas para seguir investigando. En el caso de la historia cuantitativa de las ideas, por ejemplo, sólo la constatación de la variabilidad, histórica y social, de la figura del lector nos puede encaminar a las premisas de una historia de las ideas igualmente distinta desde un punto de vista *cualitativo*.

8.

El desfase entre los textos leídos por Menocchio y la manera en que los asimiló y refirió a sus inquisidores, indica que sus actitudes no son imputables o reducibles a tal o cual libro. Por una parte, nos remiten a upa tradición oral probablemente muy antigua. Por otra. reclaman una serie de temas elaborados por los grupos heréticos de formación humanista: tolerancia, tendencia a reducir la religión a concepto moral, etc. Es una dicotomía puramente aparente que nos remite en realidad a una cultura unitaria, en la cual no podemos operar por cortes precisos. Incluso si Menocchio hubiera entrado en contacto, de forma más o menos mediata, con ambientes doctos, sus afirmaciones en defensa de la tolerancia religiosa. su deseo de una renovación radical de la sociedad, poseen un timbre original y no parecen consecuencia de influencias externas asumidas de forma pasiva. La raíz de tales afirmaciones y aspiraciones es antigua, se afirma en un acervo oscuro, casi indescifrable, de remotas tradiciones rurales.

En estas circunstancias podríamos preguntarnos si lo que emerge de los razonamientos de Menocchio, más que una «cultura» es una «mentalidad». Aunque lo parezca, no es una distinción perogrullesca. Lo que ha caracterizado los estudios históricos sobre la mentalidad es la recurrencia de elementos inertes, oscuros, inconscientes de una determinada visión del mundo. Las supervivencias, los arcaísmos, la afectividad, lo irracional, todo ello delimita de modo específico la historia de la mentalidad, diferenciándola con bastante nitidez de las disciplinas paralelas ya consolidadas, como la historia de las ideas o la historia de la cultura (aunque algunos investigadores no establezcan diferencias entre éstas). Reducir el caso de Menocchio exclusivamente al ámbito de la historia de la mentalidad, significaría situar en segundo plano el acentuado componente racional (no necesariamente identificable con nuestra racionalidad) de su visión del mundo. Pero el argumento concluyente es otro: la connotación decididamente interclasista de la historia de la mentalidad. Esta estudia, como hemos dicho, lo que hay de común entre «César y el último soldado de sus legiones, entre San Luís y el campesino que labra sus tierras, entre Cristóbal Colón y el marinero de sus carabelas». En este sentido el adjetivo «colectiva» unido a «mentalidad» no deja de ser puro pleonasmo, la mayoría de las veces. Ahora

bien, no es que queramos negar la legitimidad de investigaciones de este tipo, pero es notable el riesgo de incurrir en extrapolaciones indebidas. Incluso uno de los historiadores más grandes de nuestro siglo, Lucien Febvre, ha caído en la trampa. En un libro equivocado, aunque fascinante, intentó recrear, a partir de una investigación sobre un individuo (si bien excepcional como Rabelais), las coordenadas mentales de toda una época. Mientras trata de demostrar un presunto «ateísmo» de Rabelais, todo va bien. Pero cuando se interna en el campo de la «mentalidad (o psicología) colectiva», sosteniendo que la religión ejercía sobre los «hombres del siglo XVI» una influencia sutil y a la vez agobiante a la que era imposible sustraerse -como no pudo sustraerse Rabelais- el argumento se hace inaceptable. ¿Quiénes eran aquellos mal definidos «hombres del siglo XVI»? ¿Humanistas, mercaderes, artesanos, campesinos? Con esta noción interclasista de «mentalidad colectiva», los resultados de una encuesta. realizada sobre el débil estrato de la sociedad francesa compuesta por individuos cultos, se prolongan tácitamente hasta abarcar sin exclusiones todo un siglo. Pero por encima de las teorizaciones sobre mentalidad colectiva planea la historia tradicional de las ideas. Los campesinos, es decir la inmensa mayoría de la población de entonces, aparecen en el libro de Febvre para ser despectivamente liquidados en tanto que «masa... semisalvaje, presa de supersticiones»; mientras que la afirmación corriente según la cual en aquel tiempo era evidentemente imposible formular y menos mantener una postura irreligiosa críticamente consecuente, se traduce en el aserto harto manido de que el siglo XVII no era el XVI y Descartes no era contemporáneo de Rabelais.

A pesar de estas limitaciones, sigue siendo magistral el modo en que Febvre ha logrado desentrañar los múltiples hilos con que un individuo está vinculado a un ambiente y a una sociedad históricamente determinados. Los instrumentos de que se ha servido para analizar la religión de Rabelais pueden valer para analizar la religión, tan distinta, de Menocchio. Sin embargo, se comprenderá, tras lo argumentado, que en vez de «mentalidad colectiva» prefiramos el término de «cultura popular», a su vez tan poco satisfactorio. El clasismo genérico no deja de ser en todo caso un gran paso adelante respecto al interclasismo.

Con ello no pretendemos afirmar la existencia de una cultura homogénea común tanto a campesinos como a artesanos de las ciudades (por no hablar de los grupos marginales, como los vagabundos) de la Europa preindustrial. Simplemente nos proponemos delimitar un ámbito de investigación en cuyo seno habrá que llevar a cabo análisis particularizados similares. Sólo de esta manera podremos eventualmente extender las conclusiones a que podamos llegar.

9.

Dos grandes acontecimientos históricos hacen posible un caso como el de Menocchio: la invención de la imprenta y la Reforma. La imprenta le otorga la posibilidad de confrontar los libros con la tradición oral en la que se había criado y le provee de las palabras para resolver el conglomerado de ideas y fantasías que sentía en su fuero interno. La Reforma le otorga audacia para comunicar sus sentimientos al cura del pueblo, a sus paisanos, a los inquisidores, aunque no pudiese, como hubiera deseado, decírselo a la cara al papa, a los cardenales, a los príncipes. La gigantesca ruptura que supone el fin del monopolio de la cultura escrita por parte de los doctos y del monopolio de los clérigos sobre los temas religiosos había creado una situación nueva y potencialmente explosiva. Pero la convergencia entre las aspiraciones de un sector de la alta cultura y las de la cultura popular ya había quedado eliminada definitivamente medio siglo antes del proceso de Menocchio, con la

feroz condena de Lutero a los campesinos sublevados y a sus reivindicaciones. A partir de entonces no aspirarían a tal ideal más que exiguas minorías de perseguidos como los anabaptistas. Con la Contrarreforma (y, paralelamente, con la consolidación de las iglesias protestantes) se inicia una época altamente caracterizada por la rigidez jerárquica, el adoctrinamiento paternalista de las masas, la erradicación de la cultura popular, la marginación más o menos violenta de las minorías y los grupos disidentes. Y también Menocchio acabaría en la hoguera.

10.

Hemos dicho que es imposible proceder por cortes precisos en el corpus cultural de Menocchio. Sólo un juicio *a posteriori* nos permite aislar aquellos temas, ya por entonces convergentes con las tendencias de un sector de la alta cultura del siglo XVI, que se convertirían en patrimonio de la cultura «progresista» del siglo siguiente: la aspiración a una renovación radical de la sociedad, la corrosión interna de la religión, la tolerancia. Por todo ello, Menocchio se inserta en una sutil y tortuosa, pero nítida. línea de desarrollo que llega hasta nuestra época. Podemos decir que es nuestro precursor. Pero Menocchio es al mismo tiempo el eslabón perdido, unido casualmente a nosotros, de un mundo oscuro, opaco, y al que sólo con un gesto arbitrario podemos asimilar a nuestra propia historia. Aquella cultura fue destruida. Respetar en él el residuo de indescifrabilidad que resiste todo tipo de análisis no significa caer en el embeleco estúpido de lo exótico y lo incomprensible. No significa otra cosa que dar fe de una mutilación histórica de la que, en cierto sentido, nosotros mismos somos víctimas. «Nada de lo que se verifica se pierde para la historia», recordaba Walter Benjamin, mas «sólo la humanidad redenta toca plenamente su pasado». Redenta, es decir, liberada.

NOTAS

1.

p. 13 El hombre común, escribe Vicens Vives, «se ha convertido en el principal protagonista de la Historia» (cit. P. CHAUNU, *Une histoire religieuse sérielle*, en «Revue d'histoire moderne et contemporaine» XII, 1965, p. 9, nota 2). La cita de Brecht está sacada de *Fragen eines Lesenden Arbeiters*, en *Hundert Gedichte*, 1918-1950, Berlín 1951, pp. 107-108. Ahora veo que la misma poesía la ha utilizado como epígrafe J. KAPLOW, *The names of Kings: the Parisian Laboring Poor in the Eighteenth Century*, New York 1973. Vid. también H. M. ENZENSBERGER, *Letteratura come storiografia*, en «II Menabò», n. 9, 1966, p. 13.

Utilizo el término gramsciano «clases subalternas» porque designa una realidad suficientemente amplia y no tiene la connotación paternalista, más o menos deliberada, de «clases inferiores». Sobre las polémicas suscitadas en su momento por la publicación de los apuntes de Gramsci sobre folklore y clases subalternas, vid. la discusión entre E. De Martino, C. Luporini, F. Fortini y otros (vid. la lista de interventores en L. M. LOMBARDI SATRIANI, *Antropologia culturale e analisi della cultura subalterna*, Rimini 1974, p. 74, nota 34). Para los términos actuales de la cuestión, en gran parte eficazmente anticipados por E. J. HOBSBAWM, *Per lo studio delle classi subalterne*, en «Società», XVI, 1960, pp, 436-49, vid. más adelante.

2.

Los procesos contra Menocchio se hallan en el Archivo de la Curia Arzobispal de Udine (en adelante ACAU), Santo Oficio, *Anno integro 1583 a n. 107 usque ad 128 incl., proc. núm. 126*, y *Anno integro 1596 a n. 281 usque ad 306 incl., proc. núm. 285*. El único erudito que los menciona (sin haberlos consultado) es A. BATTISTELLA, *Il S. Officio e la riforma religiosa in Friuli. Appunti storici documentati*, Udine 1895, pág. 65, en donde erróneamente afirma que Menocchio se salvó del suplicio.

3.

14 La bibliografía sobre estos temas es, naturalmente, muy vasta pera una orientación previa y más asequible vid. A. M. CIRESE, *Alterità e dislivelli interni di cultura nelle società superiori*, en AA. VV., *Folklore e antropologia tra storicismo e marxismo*, también de Cirese, Palermo 1972, pp. 11-42; LOMBARDO SATRIANI, *Antropologia culturale* cit.; AA. VV., *Il concetto di cultura. I fondamenti teorici della scienza antropologica*, por P. Rossi, Torino 1970. El concepto del folklore como «acervo inorgánico de ideas, etc.» fue también formulado con cierta vacilación por Gramsci: vid. *Literatura e vita nazionale*, Torino 1950, pp. 215 y ss. (vid. también LOMBARDI SATRIANI, *Antropologia culturale* cit., p. 16 y ss.).

15 Una cultura «orale»: vid. sobre el tema, C. BERMANI, *Dieci anni di lavoro con le fonti orali*, en «Primo Moggio», 5, primavera 1975, pp. 35-50.

R. MANDROU, *De la culture populaire aux 17° et 18' siècles: la Bibliothèque bleue de Troyes*, Paris 1964, señala que «cultura popular» y «cultura de masas» distan mucho de ser sinónimos. (Observaremos que *«culture de masse»* y su equivalente en español corresponden más bien a la expresión angloamericana *«popular culture»*, lo cual es origen de numerosos equívocos.) «Culture populaire», expresión más antigua, designa, dentro de una perspectiva «populista», «la culture qui est l'oeuvre du peuple». Mandrou propone el mismo término en una acepción «más amplia» (en realidad, distinta): *«la culture des milieux populaires dans la France de l'Ancien Régime, nous l'entendons..., ici, comme la culture acceptée, digérée, assimilée, par ces milieux pendant des siècles»* (pp. 9-10). De este modo la cultura popular acaba casi identificándose con la cultura de masas: lo que es anacrónico, ya que la cultura de masas en sentido moderno supone una industria cultural, que ciertamente no existía en la Francia del Antiguo Régimen (vid. también p. 174). También es equivoco el empleo del término «superestructura» (pág. 11) mejor hubiera sido, en la perspectiva de Mandrou, hablar de falsa conciencia. Por literatura de *colportage* como literatura de evasión, y simultáneamente reflejo de la visión del mundo de las clases populares, vid. pp. 162-163. En cualquier caso, Mandrou es perfectamente consciente de los límites de su estudio pionero (p. 11), y tanto más meritorio por ello. De G. BOLLÈME, vid. *Littérature populaire et litiérature de colportage au XVIII° siècle* en AA. VV., *Livre et société dans la France des XVIII° siècle*, I, Paris - 's Gravenhage 1965, pp. 61-92, *Les Almanachs populaires aux XVII° el XVIII° siècle, essai d'histoire sociale*, Paris - 's Gravenhage 1969; la antología *La Bibliothèque Bleue: la litiérature populaire en France des XVI° au XIX° siècle*, Paris 1971; *Représentation religieuse et thèmes d´espérance dans la «Bibliothèque Bleue». Littérature populaire en France des XVII° au XIX° siècle*, en *La società religiosa nell'età moderna*, Actas del congreso de estudios sobre historia social y religiosa. Capaccio-Paestum, 18-21 de mayo 1972, Napoli 1973, pp. 219-43. Se trata de estudios de nivel desigual. El mejor es el dedicado a la antología de la *Bibliothèque Bleue* (en las pp. 22-23, se hallan las Observaciones sobre el tipo de lectura que probablemente se hacía de estos textos) que contiene afirmaciones como ésta: «en definitiva la historia que entiende o lee el lector no es sino la que quiere que le cuenten... En este sentido podemos decir que la escritura, del mismo modo que la lectura, es colectiva, hecha por y para todos, difusa, difundida, sabida, dicha, intercambiada, no guardada, y que en cierto modo es espontánea...» (id.). Las inaceptables coacciones en sentido populista-cristiano contenidas por ejemplo en el ensayo *Représentation religieuse*, se basan en sofismas por el estilo. Parece increíble, pero A. Dupront critica a Bollème por intentar caracterizar *«I'historique dans ce qui esi peut-êre l´anhistorique, manière de fonds commun quasi «indatable» de traditions...»* (*Livre el culture dans la société française des 18° siècle*, en *Livre el société* cit., I, pp. 203-4).

Sobre «literatura popular» vid. el importante ensayo de N. Z. DAVIS, *Printing and tbe People*, en *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, California 1975, pp. 189-206 que gira en torno a presupuestos similares a los de este libro. A un período posterior a la revolución industrial se refieren trabajos como los de L. JAMES, *Fiction for the Working Man, 1830-1850*, London 1974 (1.° ed. Oxford 1963); R. SCHENDA, *Volk obne Buch, Studien zur Sozialgeschichte der populären Lesestoffe (1770-1910)*, Frankfurt am Main 1970 (forma parte de una serie dedicada a la *Triviallitteratur*); J. J. DARMON, *Le colportage de librairie en France sous le Second Empire. Grands colporteurs et culture populaire*, Paris 1972.

4.

17 Del libro de Bachtin conozco la traducción francesa: *L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Age el sous la Renaissance*, Paris 1970. Vid- en esta misma orientación la intervención de A. BERELOVIC, en AA. VV., *Niveaux de culture et groupes sociaux*, Paris-La Haye 1967, pp. 144-45.

5.

18 Vid. LE ROY LADURIE, *Les paysans du Languedoc,* l, París 1966, pp. 394 y ss.; N. Z. DAVIS, *The Reasons of Misrule Youth Groups and Charivaris in Sixteenth-Century France*, in «Past and Present», núm. 50. febrero 1971, pp. 41-75; E. P. THOMPSON, *«Rough Music»: le Charivari anglais*, en «Annales ESC», XXVII, 1972, pp. 285-312 (y, actualmente, sobre el mismo tema, CL. GAUVARD y A. GOKALP, *Les conduites de bruit et leur signification à la fin du Moyen Age: le Charivari*, id., núm. 29, 1974, pp. 693-704). Los estudios citados son útiles como ejemplo. Sobre el problema, algo distinto, de la persistencia de modelos culturales preindustriales entre el proletariado industrial, vid. del mismo THOMPSON, Time, *Work-Discipline and Industrial Capitalism*, en «Past and Present», núm. 38, diciembre 1967, pp, 56-97, y *The Making of the English Working Class*, London 1968 (2ª. ed. aumentada); de E. J. HOBSBAWM, sobre todo *Primitive Rebels. Studies in Archaic Forms of Social Movement in the 19th and 20th Centuries*, Marchester 1959, y *Les classes ouvrières anglaises et la culture depuis les débuts de la révolution industrielle*, in AA. VV., Niveaux de culture cit. PP. 189-99.

Un grupo de investigadores ha llegado a preguntarse...: vid. M. DE CERTEAU, D. JULIA y J. REVEL, *La beauté des mort: le concept de «culture populaire»*, en «Politique aujourd'hui», diciembre 1970, pp. 3-23 (la frase citada está en la p. 21). En *Folie et déraison. Histoire de la folie à l'âge classique* (Paris 1961) Foucault afirmó que *«faire l'histoire de la folie, voudra donc dire: faire une étude structurale de l'ensemble historique -notions, institutions, mesures juridiques et policières, concepts scientifiques- qui tient captive une folie dont l'état sauvage ne peut jamais être restitué en lui-même; mais à défaut de cette inaccessible pureté primitive, l'étude structurale doit remonter vers la décision qui lie et sépare à la fois raison et folie»* (p. VII). Todo ello explica la ausencia en su libro de los locos --ausencia que no se debe sólo, ni prevalentemente, a la dificultad de reunir una documentación adecuada. Los delirios transcritos en millares de páginas, conservados en la Bibliothèque de l'Arsenal, de un lacayo semianalfabeto y «demente furioso» que vivió a finales del siglo XVII, según Foucault, no tienen sitio en el «universo de nuestro discurso», son algo «irreparablemente menor en la Historia» (p. V). Es difícil determinar si testimonios de este cariz pueden arrojar luz alguna sobre la «pureté primitive» de la locura -quizá no tan «inaccesible» después de todo. De cualquier manera. la coherencia de Foucault, en este libro irritante pero genial, está fuera de dudas (salvo algunas contradicciones ocasionales: vid., por ejemplo, las pp. 475-76). Para un juicio sobre la involución de Foucault desde la *Histoire de la folie* (1961) hasta *Les mots et les choses* (1966) y *L'archéologie des savoir* (1969), vid. P. VILAR, *Histoire marxiste, histoire en construction*, en *Faire de l´histoire*, dirigida por J. Le Goff y P. Nora, I, Paris 1974, pp. 188-89. Respecto a las objeciones de Derrida, vid. D. JULIA, *La religión - Histoire religieuse*, id. II, pp. 145-46. Vid. actualmente *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère*, por M. Foucault y otros, Paris 1973. Referente al «estupor», al «silencio», al rechazo de interpretación, vid. pp. 11, 14, 243, 314, 348 nota 2. Sobre las lecturas de Rivière, vid. pp. 40, 42, 125. El pasaje sobre el vagabundeo en el bosque está en la p. 260. La referencia al canibalismo, en la p. 249. En lo que respecto a la deformación populista, véase sobre todo la contribución de Foucault, *Les meurtres qu´on raconte*, pp. 265-75. En general, véase actualmente G. HUPPERT, *Divinatio et Eruditio: Thoughts on Founault*, en «History and Theory», XIII, 1974, pp. 191-207.

6.

20 De J. LE GOFF vid. *Culture cléricale et traditions folkloriques dans la civilisation mérovingienne* en «Annales ESC», XXII, 1967, pp. 780-791; *Culture ecclésiastique el culture folklorique au Moyen Age: Saint Marcel de Paris et le dragon*, en *Ricerche storiche ed economiche in memoria di Corrado Barbagallo*, dirigida por L. De Rosa, II, Nopoli 1970, pp. 53-94.

Aculturación: vid. actualmente V. LANTERNARI, *Antropologia e imperialismo*, Torino 1974, pp. 5 y ss., y N. WACHTEL, L'acculturation, en *Faire de l'histoire* cit., I, pp. 124-46.

Una ricerca sui processi di stregoneria: vid. C. GINZBURG, *I benandanti. Stregoneria e culti agrari tra '500 e '600*, Torino 1974.

7.

21 *Historia «cuantitativa» de las ideas o... historia religiosa «seriada»*: vi. para el primer tema *Livre et société* cit.; para el segundo, P. CHAUNU, *Une histoire religieuse* cit., y actualmente M. VOVELLE, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII° siècle*, Paris 1973. En general, F. FURET, *L'histoire quantitative et la construction du fait historique*, en «Annales ESC», XXVI, 1971, pp. 63-75, que entre otras cosas señala acertadamente las implicaciones ideológicas de un método que tiende a reabsorber las rupturas (y las revoluciones) en los períodos largos y en el equilibrio del sistema. Vid. sobre esta misma pauta las investigaciones de Chaunu, así como la contribución de A. Dupront a las mismas en el citado compendio *Livre et société* (I, pp.

185 y ss.), en donde, tras ambiguas disquisiciones sobre el «alma colectiva», se llega a elogiar las virtudes tranquilizantes de un método que permite estudiar el siglo XVIII francés ignorando el desenlace revolucionario, lo que equivaldría a liberarse de la «escatología de la historia» (p. 231).

22 *Quien, como F. Furet, ha sostenido...*: vid. *Pour une définition des classes inférieures à l'époque moderne*, en «Annales ESC», XVIII, 1963, pp. 459-74, especialmente la p. 459.

«Histoire événementielle» (que no es sólo... historia política): vid. R. ROMANO, *A propos de l'édition italienne du livre de F. Braudel...*, en «Cahiers Vilfredo Pareto», 15, 1968, pp. 104-6.

La nobleza austriaca... el bajo clero: aludimos a O. BRUNNER, *Vita nobiliare e cultura europea*, trad. al it. Bologna 1972 (y vid. C. SCHORSKE, *New Trends in History*, en «Daedalus», núm.'98, 1969, p. 963) y de A. MACFARLANE, *The Family Lile of Ralph Josselin, a Seventeenth Century Clergyman. An Essay in Historical Anthropology*, Cambridge 1970 (pero vid. las observaciones de E. P. THOMPSON, *Anthropology and the Discipline of Historical Context*, en «Midland History», I, núm. 3, 1972, pp. 41-45).

Como la lengua, la cultura...: vid. las consideraciones de P. BOGATYREV y R. JAKOBSON, *Il folclore comme forma di creazione autonoma*, en «Strumenti critici», I, 1967, pp. 223-40. Las famosas páginas de G. Lukács sobre la «conciencia posible» (vid. *Storia e concienca di classe*, trad. it. Milano 1967, p. 65 y ss.) aun cuando insertas en un contexto totalmente distinto, pueden utilizarse en igual sentido.

En conclusión, incluso un caso límite...: vid. D. CANTIMORI, *Prospettive di storia eretícale italiana del Cinquecento*, Bari 1960, p. 14.

23 *«Archivos de la represión»*: vid. D. JULIA, La religion - Histoire religieuse, en *Faire de l'histoire* cit., II, p. 147.

Sobre la relación entre encuestas cuantitativas y encuestas cualitativas, vid. las Observaciones de E. LE ROY LADURIE, *La révolution quantitative el les historieus français: hilan d'une génération* (1932-1968), en *Le territoire de l'historien*, París 1973, p. 22. Entre las disciplinas «pionnières et prometteuses» que permanecen resuelta y justamente cualitativas, Le Roy Ladurie cita la «psychologie historique». El pasaje de E. P. THOMPSON se encuentra en la citada *Anthropology*, p. 50.

A este planteamiento... F. Díaz: vid. *Le stanchezze di Clio*, en «Rivista storica italiana», LXXXIV, 1972, en particular las pp. 733-34, así como del mismo autor, *Metodo quantitativo e storia delle idee*, id. LXXVIII, 1966, pp. 932-47 (sobre las investigaciones de Bollème, pp. 939-41). Véanse las críticas de F. VENTURI, *Utopia e riforma nell'illuminismo*, Torino 1970, pp. 24-25. Sobre la cuestión del modo de lectura, vid. la bibliografía citada más adelante, p. 167.

8.

25 Sobre historia de la mentalidad, vid. actualmente J. LE GOFF, *Les mentalités: une histoire ambiguë*, en *Faire de l'histoire* cit., III, pp. 76-94. El pasaje citado se encuentra en la p. 80. Le Goff observa significativamente: «Eminemment collective, la mentalité semble soustraite aux vicissitudes des luttes sociales. Ce serait pourtant une grossière erreur que de la détacher des structures et de la dynamique sociale... Il y a des mentalités de classes, à côte de mentalités communes. Leur jeu reste à étudier» (pp. 89-90).

En un libro equivocado, aunque fascinante...: vid. L. FEBVRE, *Le problème de l'incroyance au XVI° siècle. La religion de Rabelais*, París 1968 (1ª edic., 1942). Como se sabe, la argumentación de Febvre, a partir de un tema especifico la refutación de la tesis propuesta por A. Lefranc, según la cual Rabelais en el Pantagruel (1532) sería un propagandista ateo se prolonga en círculos cada vez más amplios. La tercera parte de la obra. sobre los límites de la incredulidad del siglo XVI, es desde luego la más moderna desde el punto de vista metodológico, pero también la más genérica e inconsistente, como tal vez lo presintiera el propio Febvre (p. 19). La falsa extrapolación a propósito de la mentalidad colectiva de los «hombres del siglo XVI» se resiente excesivamente de las teorías de Lévy-Bruhl («nuestro maestro», p. 17) sobre mentalidad primitiva. (Es curioso que Febvre ironice sobre «le gente de la Edad Media» para hablar, pocas páginas después, de «hombres del siglo XVI» y de «hombres del Renacimiento», aunque admita en esta última cita que se trata de una fórmula «estereotipada, pero cómoda»: vid. pp. 153-154, 142, 382, 344). La alusión a los campesinos está en la p. 253; ya Bachtin había observado (*L'oeuvre de François Rabelais*, cit., p. 137) que el análisis de Febvre se basa únicamente en los ambienta de la cultura oficial. El enfrentamiento con Descartes en pp. 393, 425, *passim*. Sobre este último punto, vid. también G. SCHNEIDER, *Il libertino. Pa una storia sociale della cultura borghese nel XVI e XVIII secolo*, trad. it. Bologna 1974, y las observaciones (no todas aceptables) formuladas en la p. 7 y ss. Sobre el riesgo, patente en la historiografía de Febvre, de caer en una modalidad de refinada tautología. vid. D. CANTIMORI, *Storici e storia*, Torino 1971, pp. 223-25.

26 *Grupos marginales, como los vagabundos*: vid. B. GEREMEK, *Il pauperismo nell´età preindustrile (secolo XIV-XVIII)*, en *Storia d'Italia*, vol. V, tomo I, Torino 1973, pp. 669-98; *Il libro dei vagabondi*, dirigido por P. Camporesi, Torino 1973.
Análisis particularizados: se anuncia la aparición inminente de un importante trabajo de Valerio Marchetti sobre los artesanos del siglo XVI residentes en Siena.

9.

27 Para lo expuesto en este párrafo, vid. además pp. 102-104.

10.

28 *Dar fe de una mutilación histórica*: no se confunda en modo alguno con la nostalgia reaccionaria del pasado, ni con la retórica igualmente reaccionaria so pretexto de una supuesta «civilidad campesina» inmóvil y ahistórica.
La frase de Benjamin figura en *Tesi di filosofía della storia* (Angelus novus. Saggi e frammenti, dirigida por R. Solmi, Torino 1962, p. 73).

Arqueología industrial y ciencias humanas

Dianne Newell

De revista Debats N° 13, Barcelona

Este trabajo es fruto de una serie de encuentros con los colegas del London Project, un estudio interdisciplinar sobre la región sudoriental de Notario. Estoy particularmente agradecida al director del proyecto Richard S. Alcorn, el cual me ha dado valiosos consejos para la realización de este escrito.

Según el historiador francés Marc Bloch las ciencias humanas, comprendida la histórica, sólo se pueden considerar «auténticas» si consiguen establecer relaciones significativas entre los distintos fenómenos[66] . A lo largo de todo este siglo los historiadores han desarrollado progresivamente métodos de aproximación disciplinar cada vez más sistemáticos[67] en el sentido de asumir que la actividad humana es por su naturaleza compleja y racional y que, por tanto, los diferentes niveles de comportamiento no se pueden explicar como simples manifestaciones del azar[68] . Del mismo modo los representantes de la historiografía moderna rechazan, por razones obvias, las preocupaciones tradicionalmente dominantes de aislar las prioridades de los orígenes, entendidas como atribuciones de la exacta paternidad de los inventos, de las fechas de fabricación y de los nombres de los constructores. En contra de las tendencias tradicionales de la profesión de historiador, se ha reconocido que el conocimiento de los hechos no es tan importante como el poderlos explicar en sus interrelaciones. El estudio del comportamiento humano necesita así una investigación sistemática en el espacio y en el tiempo con el fin de aislar los modelos generales de referencia y las relaciones de causa y efecto que unen entre sí a los diferentes fenómenos.

El fin último de una aproximación de este género es llegar a desvelar toda una serie de experiencias humanas atendiendo a los niveles de comportamiento colectivo en las situaciones comunes de existencia. Obviamente la preocupación de muchos historiadores se centra todavía en episodios célebres y particulares como, por ejemplo, las razones por las que Wellington venció en Waterloo, mientras por otro lado se intenta dar respuesta a cuestiones más generales que expliquen por qué los niños trabajan en las fábricas y en las minas en 1820 mientras que en 1880 iban a la escuela. Para emprender este tipo de investigaciones se ha intentado dirigirse a fuentes históricas que representen una realidad colectiva y que informen de manera «no

---

[66] M. BLOCH, *Apología della storia o Mestiere di storico*, Einaudi. Torino 1969 (escrito en 1935).

[67] Además de Bloch, cfr. L. BESON, *Toward Me Scientific Study of History: Selected Essays of Lee Benson*, J. B. Lippincot, Philadelphia 1972; R. BERKHOFER, *A Behavioral Approach to Historical Analysis*, The Free Press, New York, 1969; A. KUHN, *Unified Social Science: A System-Based Introduction*, Dorsey Press, Homewood (III.) 1975. No es posible aquí desarrollar ulteriormente el argumento; me limitaré a señalar para quien esté interesado en él una serie de ensayos y recensiones: sobre *Behavioral Approach* de Berkhofer cfr. el artículo de D. H. DONALD, en *American Historical Review*, 77, 1972, pp. 445-452; R. FREEMAN, *Repenlance and Revolt: A Psychological Approach to History*, Fairleigh Dickinson, Rutheford (N.J.) 1970; H. STRETTON, *The Political Sciences: General Principles of Selection in Social Science and History*, Basic Books, New York 1969. Cfr. también la recensión de BERKHOFER sobre *Scientific* Study de L. Benson aparecida en *Journal of American History*, 59, 1973, pp. 973-975; la recesión de J. MUHVRIC aparecida en *Quarterly Journal of Speech*, 60, 1974, pp. 121-122, sobre la obra de Benson y sobre M. G. MURPHEY, *Our Knowledge of the Past*, The Bobbs-Merril Co., Indianápolis 1973. Sobre G. R. Elton, *The Practise of History*, Sydney University Press, London 1967, cfr. M. BRICHFORD, *«Historians and Mirrors: A Review Essay»*, en American Archivist, 36, 1973, pp. 397-402: R.W. WINKS (compilador), *The Historian as Detective: Essays on Evidence*, Harper and Row, New York 1969; R. F. BERKHOFER, op. cit., D. H. FISCHER, *Historian's Fallacies: Toward a Logic of Historical Thought*, Harper and Row, New York. 1970; J. HIGHAM, *Writing American History: Essays on Modern Scholarship*, Indiana University Press, Bloomington 1971.

[68] Cfr. particularmente L. BENSON, *op, cit.*, pp. 14 y 220; R. F. BERKHOFER, op. cit., pp. 11-12.

intencionada»[69]. Los documentos escritos que durante mucho tiempo han sido los instrumentos privilegiados de los estudios históricos, son en sí mismos particularmente delicados en cuanto que representan todo lo más las opiniones de la minoría que en un contexto cultural dado había accedido a su compilación o tratan de personajes cuyas vidas eran consideradas lo suficientemente importantes como para ser transmitidas. Por otra parte, el esqueleto documental consiste a menudo en relatos, diarios, periódicos, discursos o registros institucionales como las demandas de patentes. Este tipo de informaciones debe ser considerado como «intencional» en el sentido de que existe por parte de los autores la voluntad más o menos manifiesta de influir en la opinión de los contemporáneos o, como en los casos de los primeros ejemplos de historia local y de biografías glorificadoras, el deseo de procurarse el favor de las generaciones futuras. Por otra parte, los testimonios «simbólicos» no sujetos a condicionamientos evidentes se diferencian en cuanto que se presentan como símbolos no en virtud de las intenciones originarias, sino en virtud de las capacidades analíticas e interpretativas de los historiadores. En este sentido, las manufacturas de tipo común, desde los juguetes a las fábricas textiles, que no necesitan ser «despojadas» de los atributos simbólicos, constituyen quizás las más auténticas entre todas las fuentes históricas. Además, éstas son, más que los documentos escritos, el testimonio de la vida de los jóvenes, los viejos, las mujeres y los pobres, en otras palabras de aquellos componentes sociales que representan las masas de los trabajadores. Naturalmente, no es posible ignorar las fuentes literarias, pero hay que considerarlas más bien como material integrador[70] cuyo uso debe estar guiado por un cierto grado de discernimiento, teniendo presente que para una correcta metodología histórica los documentos no intencionales constituyen instrumentos analíticos de la máxima importancia para aislar los modelos de comportamiento humano a lo largo de los siglos.

¿Qué tiene que ver la arqueología industrial con todo esto? La arqueología industrial, entendida como el estudio de las huellas físicas del pasado tecnológico y productivo, está asumiendo progresivamente las características de una disciplina especializada, gracias a su rico y potencialmente informativo material histórico. Material que, al no reflejar los condicionamientos simbólicos de las clases hegemónicas, se convierte en el único testimonio de las condiciones de existencia de las clases subalternas. Por tanto se trata de fuentes que podrían compensar en gran parte los «vacíos» y las discrepancias a menudo evidenciadas en los documentos escritos. Si tomamos en consideración una manufactura industrial, como por ejemplo una fábrica de cerveza, podremos obtener informaciones acerca de la organización espacial del lugar de trabajo, por la cual es posible determinar la estructura jerárquica de la producción y deducir en buena medida cuáles serían los componentes sociales involucrados en los procesos materiales de la actividad laboral. El análisis de los lugares productivos permite además indagar sobre los diferentes niveles de progreso tecnológico y por tanto sobre los procesos de difusión de los conocimientos y de las innovaciones técnicas en los más variados sectas industriales, desde las manufacturas de botones hasta las acerías. El estudio de los modelos de producción y de su transformación puede, a su vez, conducir al análisis del impacto tecnológico sobre el lugar de trabajo, sobre la comunidad y sobre las estructuras sociales en su conjunto. Entre los interrogantes más significativos a los que una manufactura industrial podría responder citamos a título de ejemplo: ¿en qué relación se encuentra la manufactura respecto a las fuentes originarias de energía? (deberíamos por tanto buscar las huellas de un curso de agua, de caminos, de actividades extractivas, de terraplenes, etc.); ¿cuáles eran las características de la población activa? (deberíamos en este caso

[69] Por lo que se refiere a las fuentes no escritas y no intencionales cfr. R. SAMUEL. *«Local History and Oral History»*, en *History Workshop, A Journal of Socialist Historians*, I, 1976, pp. 191-209; H. GLASSIE, *Folk Housing in Middle Virginia: A Structural Analysis of Historic Artifacts*, University of Tenessee Press, Knoxville (Tenn.) 1975, cap. I y II; J. E. IGARTUA, *«Surrey of Non-Written Documentation»*, ponencia preparada para el London Project, University of Western Ontario, London, Canada 1977 (ciclostil).
[70] H. GLASSIE, *op. cit.*, p. 14.

saber aislar la cantidad de mano de obra, las competencias profesionales, la composición social dividida por sexos y edades, etc.); ¿en qué relaciones se encontraba con la economía nacional y local?

Es evidente que si bien estas son las preguntas específicas impuestas por el análisis de los objetos, los testimonios de las actividades productivas no pueden sin embargo responder a todas las cuestiones acerca de los modelos de comportamiento humano: no permiten por ejemplo establecer los componentes y las características del sistema político, de la entidad de los movimientos migratorios y del tipo de vida de la alta burguesía, preguntas todas a las que, por otra parte, pueden procurar respuesta los documentos escritos.

Los restos arqueológico-industriales constituyen por tanto una serie única de fuentes desvinculadas de condicionamientos históricos, a través de las que se pueden analizar y verificar numerosos fenómenos del pasado. Obviamente, cuando se estudian las fábricas, las minas, los canales y los viaductos podemos aumentar e integrar nuestro conocimiento histórico, pero, como se trata de objetos que no presentan atributos simbólicos aparentes, habrá que elaborar una metodología específica que sistematice su análisis. Los arqueólogos industriales deben por tanto precisar no sólo qué informaciones pretenden obtener, sino también cuáles han de ser las matrices culturales y los fines operativos de la investigación y como los datos recogidos entrarían en un modelo más general de conocimiento.

En este sentido, hay que desarrollar una metodología de aproximación que haga referencia al «corpus técnico» de las ciencias sociales[71]; si bien para éstas el ámbito común de intereses está constituido por el hombre, existen sin embargo diferencias importantes que en cada caso llevan a focalizar la atención sobre aspectos particulares del comportamiento social usando técnicas y métodos diferentes. Las ciencias políticas, por ejemplo, centran sus estudios en los análisis de los sistemas de gobierno, las ciencias económicas tratan principalmente de la producción y distribución de las mercancías y la sociología se interesa por todas las manifestaciones humanas en relación con las estructuras de la sociedad. Estas tres disciplinas, de todos modos, están unificadas por la característica de estar desvinculadas del contexto espacial y temporal y, junto con la historia, se dirigen fundamentalmente al estudio de la documentación escrita. Para los fines específicos de la arqueología industrial es quizás más útil concentrarse en aquellos sectores (o subsectores disciplinarios) que se basan en fuentes documentales no escritas, como la geografía, el folklore, la arqueología y la historia de la arquitectura; de éstos, sólo la arqueología y el folklore pueden considerarse elaborados en base a documentos no escritos, los otros ciertamente usan documentos no literarios, pero hasta ahora no han desarrollado una teoría de aproximación específica a través de la cual analizar, verificar e interpretar los datos recogidos.

Por el contrario, los arqueólogos e historiadores de las tradiciones populares han elaborado una metodología sistemática para estudiar las interrelaciones «horizontales» (en sentido espacial) y «verticales» (en sentido temporal) que aíslan los distintos fenómenos y, mediante un proceso lógico deductivo, han definido las características de los datos estableciendo su analogía con las estructuras y tendencias reconocibles en el mundo contemporáneo. Así, analogía y deducción se convierten en el método para observar lo que de otro modo sería «invisible» y los objetos, como el lenguaje, son estudiados como símbolos de una cultura y de determinados modelos de comportamiento.

Con el fin de traducir los símbolos derivados de la observación de los documentos materiales a símbolos semánticos se han debido elaborar códigos específicos de interpretación: los arqueólogos,

[71] Para esta parte metodológica me he referido al trabajo de J. E. IGARTUA, *op. cit.*, y a la provocativa obra de A. KHUN, *op. cit*.

independientemente de su preparación sectorial, tienden a confiarse a la clasificación como primer instrumento analítico, en cuanto que, a menos que con anterioridad no sean establecidos criterios específicos para determinar las características comunes de los objetos, no es posible precisar sus tendencias y sus formas de difusión. Del mismo modo los historiadores de las tradiciones populares deben elaborar criterios de «reglas gramaticales» para interpretar el lenguaje, la música e incluso objetos corto muebles, vestidos y, más recientemente, viviendas [72]. Los arqueólogos, tradicionalmente ocupados en analizar la forma y el contexto de manufacturas bajo tierra, han intentado últimamente elaborar instrumentos metodológicos con los que interpretar los restos en la superficie de las antiguas sepulturas[73]; en este sentido conviene recordar que al menos un arqueólogo industrial ha puesto de manifiesto la oportunidad de incluir en nuestro ámbito de investigación específico los cementerios de los trabajadores, pero hasta ahora no ha elaborado ninguna aproximación metodológica que permita interpretar los datos de forma correcta[74]. Por tanto, lo que necesita la arqueología industrial es la elaboración de una «gramática» de los lugares productivos que permita organizar y sistematizar las investigaciones según una más precisa praxis metodológica. El historiador de las tradiciones populares Henry Glassie ha demostrado en un estudio reciente que la arquitectura, entre todas las disciplinas que se ocupan de objetos materiales, podría constituir un punto de referencia para la interpretación del pasado cultural en virtud de sus características de universalidad, complejidad, continuidad y capacidad de duración en el tiempo[75]. En este sentido se ha establecido un precedente del que los historiadores deberían tomar nota, sobre todo en lo que se refiere a los métodos de análisis estructurales aplicados a las viviendas de Virginia, métodos que señalan seguramente un camino a seguir también por las manufacturas que pertenecen más estrictamente a la arqueología industrial.

La recogida de los datos en el sentido de la identificación y registro de los restos arqueológico-industriales (censos, planes y fotografías) es el área en la que se han concentrado hasta ahora los especialistas del sector. Existe, sin embargo, el peligro de proceder casualmente sin haber establecido con anterioridad qué es lo que se quiere conocer y qué tipo de fuentes privilegiar. Ninguno de los manuales actualmente existentes sobre las técnicas de registro de los datos tiene en cuenta estos factores mientras que, por otra parte, los procesos selectivos intrínsecos que guían la actividad del arqueólogo industrial en las fases (le recogida y registro de los datos determinan y califican el resultado y la consistencia final de la investigación, independientemente de los esfuerzas personales por ser objetivos. Sin una aproximación sistemática al tema de la arqueología industrial se corre por tanto el riesgo de redactar de forma heterogénea una crónica de los acontecimientos pasados y de estudiar las manufacturas y los lugares de las actividades productivas cómo objetos en sí, desvinculados del contexto histórico de origen. Al igual que los historiadores tradicionales, los arqueólogos industriales tienden a focalizar la atención sobre el caso único, sobre el ejemplo de mayor éxito o con atribuciones estéticas y estructurales más evidentes: así, las obras de arquitectos e ingenieros famosos, las innovaciones y los testimonios en mejor estado de conservación se convierten inevitablemente en el objeto de mayor atención. En consecuencia escasean las investigaciones sobre las actividades y sobre los lugares industriales que representan un estadio intermedio del desarrollo tecnológico o que se refieren a intentos no logrados y sin continuación. Para conseguir una mayor sistematicidad hay que elaborar procedimientos de análisis por muestras, modelos generales de

[72] Cfr. H. GLASSIE, «Structure and Fuction, Folklore and the Artífact», en *Semiótica*, 7, 1973. pp. 313-351. Cfr. también la importantísima aportación del mismo Glassie al tema de las viviendas, *Folk Housing*, cit.
[73] E. S. DETHLEFSEN y J. DEETZ, «Death's Heads, Cherubs and Willow Trees: Experimental Archaeology in Colonial Cementeries» en *American Antiquity*, 31, 1966, pp. 502-510.
[74] K. HUDSON, *The Archaeology of Industry*, Thames, London 1976.
[75] H. GLASSIE, *Folk Housing*, cit., p. 14.

clasificación y una serie de hipótesis lógicas mediante las cuales seleccionar, investigar e interpretar los datos recogidos. Ya que la arqueología industrial está estrictamente definida por el material y por el ámbito de intervención, posee en sí misma un gran potencial de conocimiento interdisciplinario. Consideremos, a título de ejemplo, el caso de un arqueólogo industrial particularmente interesado en la mecanización de las actividades productivas: obviamente, durante el trabajo de campo, ignorará aquel material de gran importancia que sería, por el contrarío, privilegiado por parte de quien se dedica al estudio de las condiciones ambientales de trabajo o de las transformaciones de los modelos de uso del territorio. El resultado de la investigación consistirá en fotografías, planos y descripciones referidas principalmente a la dotación de maquinaría de aquel lugar industrial particular omitiendo otros muchos aspectos. Si como a menudo sucede, se perdiese su evidencia. también sería menor la posibilidad de conocer gran parte de la historia pasada. Ser consciente del tipo de respuesta que las diferentes fuentes pueden proporcionar en relación con sus características específicas se convierte así en el requisito fundamental para recoger y registrar los datos con una mayor corrección metodológica.

Las últimas tendencias de la arqueología industrial son tanto de tipo histórico-científico como de tipo antropológico: es decir, las fábricas y las minas deben ser consideradas como lugares de trabajo y no sólo como objetos arquitectónicos o equipos técnicos; los puentes y los faros deben ser vistos como componentes significativos de la red de transportes y de organización de las comunicaciones y no únicamente como obras de ingeniería y de diseño. Sólo focalizando la atención sobre los restos físicos y desarrollando apropiadas aproximaciones metodológicas y correctas técnicas de investigación podrá verdaderamente la arqueología industrial ampliar la posibilidad del conocimiento del pasado y aumentar la comprensión de la experiencia humana en sus más diversos aspectos.

La cultura de los sectores populares: manipulación, inmanencia o creación histórica

PEHESA

Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana

De Revista Punto de Vista VI, 18 de Agosto de 1986.
• Integran el PEHESA, Programa asociado al CISEA, Ricardo González, Leandro Gutiérrez, Juan Carlos Korol, Luis Alberto Romero e Hilda Sabato.

En nuestro país el tema de la cultura popular remite a un terreno controvertido en el que tradicionalmente la discusión se ha polarizado en torno de dos concepciones principales. Una de ellas tiende a considerar a la cultura popular como una mera imagen degradada o retrasada de la cultura dominante, y a los sectores populares como una blanda arcilla modelada desde arriba. Actitud pasiva y refleja de las clases subordinadas, cuya contracara se halla, en esta versión, en la voluntad manipuladora de los poderosos, encarnada en los aparatos del estado, en los medios masivos de comunicación...

La otra perspectiva, en cambio, concibe a la cultura popular como inmanente, pura e incontaminada, resistente a cualquier influencia "externa". Esta visión, que es retomada de la tradición romántica por el populismo, presupone la existencia de un universo simbólico cerrado, un espacio homogéneo y claramente definido, que se plantea como alternativa antagónica a un segundo universo, continente de todo lo que se considera cultura "no popular". El mundo de las representaciones simbólicas aparece así claramente dividido en dos sectores opuestos y enfrentados, cuyas raíces -como señala Beatriz Sarlo- se hacen remontar al origen mismo de nuestra sociedad. En esta versión, la antinomia popular - antipopular no se identifica necesariamente con la de subordinada - dominante y en cambio aparece muchas veces superpuesta con aquélla que enfrenta a la nacional con la antinacional.

Así planteado, el debate deja escaso margen para las preguntas. Más bien nos ofrece soluciones, alternativas excluyentes que han servido más para fundamentar posiciones político - ideológicas previamente adoptadas que para avanzar en la comprensión del objeto tratado, la cultura popular.

Para intentar escapar a esta disyuntiva nos proponemos cuestionar el objeto mismo y aunque esta tarea - en la que otros también se encuentran empeñados- sólo está comenzando, queremos ofrecer algunas reflexiones que contribuyan a esta discusión.

En consecuencia, más que de cultura popular hablaremos de cultura de los sectores populares, y trataremos de analizarla a partir de la cambiante y compleja realidad que esos sectores representan en nuestra

sociedad. Nos referiremos así no a un corpus coherente, único y determinado de representaciones, sino a un conjunto fragmentario y heterogéneo de formas de conciencia en perpetua transformación. Estas formas de conciencia son específicas de los sectores populares, en tanto resultan de su modo de percibir y vivir las diferentes esferas de la realidad; en tanto son también un producto de sus experiencias políticas, laborales, familiares, estéticas. En términos de E. P. Thompson: "La conciencia de clase es la manera como estas experiencias se traducen en términos culturales, encarnándose en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales"[76].

Esta cultura no es, como dijimos, un universo simbólico cerrado y coherente sino un conjunto heterogéneo, compuesto por fragmentos no totalmente integrados de concepciones del mundo vinculados con las distintas esferas de la vida de estos sectores: el trabajo, el ámbito familiar; por fragmentos surgidos en distintos momentos, que se acumulan sin desplazarse totalmente, algunos con un proceso de maceración más prolongado, otros con un vestigio más evidente de lo recibido o impuesto; por fragmentos que -finalmente- reflejan la heterogeneidad del propio sujeto, y las diferencias ocupacionales, sexuales, étnicas o generacionales que podemos encontrar en su interior.

Pero esta cultura no surge en el vacío, sino en el seno de una sociedad en la que los sectores populares son, en realidad, las clases subalternas de un orden construido por otros. Como cultura subordinada, por lo tanto, la suya se desarrolla y florece en los marcos de la ideología hegemónica, globalmente unificadora, que de alguna manera pretende fijar sus límites pero que no arrasa con ella. Se constituye así un elástico terreno de conflicto al que concurren formas simbólicas de diverso origen, representaciones provenientes de ateos ámbitos sociales de producción cultural e ideológica. Así planteada, la cultura de los sectores populares puede ser comprendida como un proceso, como un campo en perpetuo cambio y en tensión permanente con el de la cultura dominante -también él complejo y heterogéneo- y con otras esferas de producción simbólica. No existe entonces una línea dada de una vez para siempre que separe lo popular de lo que no lo es: por el contrario, ésta se define en cada momento según el particular equilibrio de esas fuerzas encontradas.

Analizar la cultura de los sectores populares implica, pues, referirse al tema de su conformación, del proceso siempre renovado de su construcción. La problemática es particularmente compleja y recién se está comenzando a trabajar en ella desde diversas disciplinas. Tiene variadas facetas, y muchas de ellas están aún demasiado ocultas a nuestras miradas para que pretendamos abarcarlas íntegramente. Nos limitaremos entonces a señalar algunos de los factores que incidieron en la formación de esa cultura en el caso particular de Buenos Aires, a partir de la conformación a fines del siglo pasado de la sociedad aluvial. Llegaremos hasta los prolegómenos de ese gran viraje que se produce en nuestra historia en la década. de 1940, a partir del cual puede hablarse como es usual, de "sociedad de masas" y de "política de masas".

La cultura de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1945

En la conformación de la cultura de los sectores populares de Buenos Aires, las últimas décadas del siglo pasado y la primera de éste Constituyen una etapa de profundas y complejas transformaciones, que resultan del proceso de formación de estos nuevos sectores en el seno de la sociedad aluvial en gestación. Buenos Aires, una ciudad que hacia mediados del siglo XIX albergaba a menos de cien mil habitantes, sesenta años más tarde

[76] E. P. Thompson, *La formación histórica de la clase obrera*, Barcelona, 1977, Tomo 1, 8.

los había multiplicado por quince. Millones de inmigrantes se incorporaron a la ciudad, la "invadieron", la convirtieron en la Babel del Plata. Trabajadores casi todos ellos, confluyeron con los de origen criollo en la constitución de unos sectores populares totalmente renovados, radicalmente diferentes a cualquiera de los grupos que los constituyeron.

Como señalara José Luis Romero: "La realidad que se constituyó por el aluvión inmigratorio incorporado a la sociedad criolla adquirió caracteres de conglomerado, esto es de masa informe no definida en las relaciones entre sus partes ni en los caracteres del conjunto. El aluvión inmigratorio considerado en sí mismo, tenía algunos caracteres peculiares, pero muy pronto comenzó a entrar en contacto con la masa criolla, y de tal relación derivaron influencias recíprocas que modificaron tanto a uno como a otro" [77].

En ese largo proceso de creación de una nueva sociedad, los sectores populares apenas conformaron, durante mucho tiempo, una masa heterogénea de gentes de distintos orígenes y tradiciones. Ni en el campo laboral ni en el de la vida cotidiana las experiencias de estos sectores eran uniformes, como no lo eran su herencia o su historia. Mientras ciertos grupos -en minoría- eran portadores de una cultura popular criolla, también ella heterogénea, los inmigrantes, de variados orígenes, traían otras concepciones de la vida y representa clones del mundo, por lo que en el campo de la cultura popular se producían constantes fusiones y tensiones.

Aunque esa cultura se nutrió originalmente de la tradición de cada uno de los grupos que allí confluyeron, fue permanentemente enriquecida con las experiencias cotidianas. Lo viejo y lo nuevo, lo local y lo extranjero, ofrecieron así persistente fuente de conflicto pero, a la vez, materia prima en la constitución de una nueva identidad.

Igualmente diversos y variados fueron los ámbitos donde comenzó a plasmar esa cultura popular, en el seno de un conglomerado que por entonces se hacinaba en los conventillos del centro. Sociedades mutuales y de resistencia, organizadas por nacionalidad y por oficio, sindicatos, bibliotecas populares, escuelas libertarias, centros socialistas, son algunos de los ejemplos de estas organizaciones celulares que brotaron espontáneamente y a través de las cuales no sólo se articuló la incipiente sociedad sino que se conformó una tradición cultural particularmente viva y consistente.

Pero esa cultura en formación no resultó un campo aislado ni autosuficiente. Sobre él procuraron incidir -y lo hicieron- diversos actores. En primer lugar el Estado, impulsor principal del proceso de construcción de un orden que en todos los campos, el político, el socio-económico, el cultural, buscaba establecer su hegemonía, combinando la fuerza con la articulación del consenso. A través de ese Estado, la renovada *élite* que había logrado monopolizar el poder político hacia 1880 consolidó su hegemonía, promoviendo la ejecución de políticas que abarcaban desde la economía a la educación, desde la filantropía a la represión. En el campo de la cultura, su gran herramienta fue la instrucción pública, que procuraba homogeneizar a la masa diversa, nacionalizarla e inculcarle valores acordes con la idea dominante de orden y progreso.

Los sectores populares no fueron, sin embargo, materia inerte en el modelado de ese nuevo orden: a través de prácticas muy diversas, respondieron a él, se le resistieron y lo reprodujeron, recreándolo. En el campo de su cultura experiencias heterogéneas y conciencia fragmentada no se tradujeron en una cultura de los sectores

[77] José Luís Romero, *Las ideas políticas en Argentina*, Buenos Aires, 1975, 175.

populares apéndice de la cultura dominante; por el contrario, en este período ella mostró signos inequívocos de vitalidad e independencia.

Pero además del Estado, otros actores de índole y fuerzas diversas compitieron con él, tratando de influir sobre ese proceso de formación de la cultura de los sectores populares. Un actor permanente, aunque no siempre igualmente poderoso, fue la Iglesia, cuya influencia preocupaba particularmente al Estado en esta etapa. Otros fueron las asociaciones de colectividades extranjeras que procuraban reforzar la identidad nacional de los grupos inmigrantes. Finalmente, hubo grupos que, insertos en los mismos sectores populares, buscaron incidir sobre ellos con un planteo que apuntaba al desafío y a la autonomía: fueron los anarquistas y socialistas, que llegaron a formular propuestas que implicaban un proyecto cultural alternativo. Sin embargo, y a pesar de que la historia de la sociedad popular es inseparable de la de estos grupos que contribuyeron a conformarla, tampoco se modeló a imagen y semejanza de sus proyectos.

Ni ámbito autosuficiente ni apéndice de la cultura dominante, la cultura popular se nutría de tradiciones diversas, recibía influencias múltiples, constituyéndose así en una elástica zona de incorporación y de rechazo, de aceptación y de resistencia, pero también de distorsión, de elaboración, en fin, de recreación.

Si esto es válido casi en cualquier contexto, lo es en forma más evidente para los sectores populares porteños de principios de siglo, pues la sociedad toda estaba conformándose y definiendo sus articulaciones y jerarquías. Quedaba, pues, un ancho margen, una amplia zona en disputa y sin ocupar, que progresivamente fue achicándose en la medida en que, en las décadas siguientes, el Estado fue avanzando en el control de la sociedad.

Este avance consistió, por una parte, en una represión sistemática sobre los grupos más abiertamente contestatarios del orden que se pretendía imponer, en especial sobre los anarquistas. Por otra, en un esfuerzo redoblado en el campo de la instrucción pública, concebida como el principal instrumento de cohesión e integración ideológica de la población, objetivo al que concurrían también otras instituciones, como la del servicio militar obligatorio. En uno y otro caso, la formación específicamente “patriótica” ocupaba un lugar central.

La educación popular tuvo, sin embargo, un papel complejo y contradictorio, y algunos de sus efectos comenzaron a hacerse sentir a partir de la segunda década del siglo, pero sobre todo después de 1920. Además de cumplir la función integradora que el Estado le adjudicó en este período, la escuela pública significó para los sectores populares el avance de la alfabetización. Esto los preparó para recibir masivamente mensajes escritos y, simultáneamente, mucho más complejos y elaborados que en la etapa anterior. El nuevo mensaje típico ya no fue el discurso encendido del orador anarquista sino el folleto o el libro, o también el periódico, como lo probó Botana con *Crítica*.

Esto indudablemente aumentó la capacidad de penetración del Estado y de otros agentes interesados en influir sobre los sectores populares, pero también permitió a éstos la lectura y la reflexión individual, la crítica y la reelaboración.

El avance de la alfabetización, el incremento -moderado aún- del tiempo libre y una mejora relativa en los niveles de ingreso de los sectores populares, coincidieron en esta etapa con el desarrollo de los medios de

comunicación, que comenzaron a tener alcance masivo. El cine, la radio, los diarios, tuvieron una influencia cada vez mayor en el modelado de la cultura popular a partir de la década de 1920, a la vez que se nutrieron de ella para formular sus propuestas y elaborar mensajes que, por otra parte, resultaran atractivos para los sectores populares.

Estos avances del Estado y de los medios de comunicación masiva no implicaron la desaparición de otros agentes que pretendían influir sobre la cultura popular. como la iglesia o los grupos político - ideológicos contestatarios que, en efecto, incidieron de manera decisiva sobre ella. En lo que respecta a estos últimos, sin embargo, cambió su carácter en tanto el mensaje anarquista fue perdiendo vigencia y socialistas, comunistas, sindicalistas y una vasta gama de progresistas llevaron a cabo una prédica de forma y contenido diferente de la del período anterior. Por entonces, los márgenes para las propuestas culturales alternativas se habían achicado, no solamente como consecuencia de la acción del Estado o de otros agentes sino sobre todo como resultado de los cambios habidos en el seno mismo de los sectores populares.

El proceso de asimilación de los extranjeros se había cumplido en sus etapas más significativas, aunque la sociedad continuaba recibiendo nuevos aportes inmigratorios. Hacia fines de la década del 30 éstos ya no solamente provenían de Europa sino también de las zonas rurales del país, al principio sobre todo de la región pampeana en crisis, que cada vez más expulsaba a los hijos de la primera inmigración. En la ciudad, esa segunda generación, criada y educada en la Argentina, tenía seguramente una identificación mucho menos firme con la tradición cultural paterna, ella misma modificada por la nueva vida. Sectores importantes ya habían recorrido su primer y a menudo único tramo de la “aventura del ascenso”: el empleo calificado, el negocio por cuenta propia. la casa en alguno de los nuevos barrios. Por otra parte, mientras el sector capitalista se consolidaba en el área de las industrias urbanas, la administración pública también crecía notablemente, de manera que el obrero industrial y el empleado público empezaron a ser más típicos que el trabajador de taller o el “cuenta propia”. Unos y otros, y otros más, coincidieron en lo que empezó a ser el ámbito más característico de la sociabilidad: el barrio. La ciudad se expandió en forma notable. Transportes baratos y grandes loteos posibilitaron el primer gran proceso de suburbanización. Los trabajadores -hasta entonces concentrados en el centro o en la Boca- comenzaron a desplegarse por los barrios, generalmente apartados de los lugares de trabajo, donde levantaban la "casa propia".

Allí se tejieron y anudaron las nuevas redes de solidaridad, que complementaban o suplantaban a las iniciales, basadas principalmente en el origen nacional o en el trabajo común. Allí se instalaron y crecieron los centros más característicos de la sociabilidad, que transcurría en la cuadra, el café, el cine-teatro, el baile de club o el corso vecinal. Allí, en el barrio, se desarrollaron las nuevas organizaciones celulares típicas de este período: la sociedad de fomento, el club de barrio, y aún el comité político. Este desarrollo supuso la pérdida de importancia, al menos relativa, del taller semiartesanal y el conventillo, donde la conversación y la discusión se realizaban en el seno de grupos relativamente homogéneos por su origen y su actividad, y también la perdieron ámbitos estrictamente políticos o sindicales, como el centro socialista o la sociedad de resistencia anarquista. Creció, en cambio, la importancia de la familia y el hogar, asentado ahora en la casa propia y también la de otros ámbitos específicamente barriales, como el café, el club, la biblioteca o la sociedad de fomento. Pero allí la heterogeneidad social era marcada: trabajadores de distintos oficios y ramas se sumaron a los pequeños comerciantes del barrio, a algún profesional y hasta a ciertos “marginales”. Se fueron gestando nuevas solidaridades, jerarquías y liderazgos, vínculos múltiples y coincidencias entre gente diversa, tejiéndose así un entramado social original.

Probablemente también eran nuevos los temas de discusiones e intercambios de ideas que allí tenían lugar, de modo que fue generándose todo un campo de experiencias peculiares que contribuyó a conformar la nueva visión del mundo de los sectores populares, alejada cada vez más de la frontalmente cuestionadora actitud que caracterizó a los círculos de trabajadores del Centenario o de la Semana Trágica. Parece así diluirse esa imagen tan típica de los sectores populares de principios de siglo: la de una sociedad puesta patas para arriba, deshecha y rehecha, una vez suprimidos el patrón -el capitalismo- y el Estado. En su lugar, surge lentamente una concepción nueva, menos contestataria, más conformista tal vez, la de una sociedad que puede ser reformada y mejorada de a poco, la de una sociedad que puede llegar a ser más justa.

Todos estos rasgos sugieren además que en esta etapa se fue conformando en Buenos Aires una cultura de los sectores subordinados de la sociedad que apelaba menos a los trabajadores en sentido estricto -como lo hacía a principios de siglo- y más a lo popular en su concepción más amplia e inclusiva.

Tal vez en esos rasgos de la cultura de los sectores populares encontremos una de las claves para la comprensión del proceso de cambio que se inicia hacia 1945, año en el que simbólicamente podemos ubicar el origen de la era contemporánea de nuestra vida sociopolítica y sociocultural. En ese sentido, dudamos de los planteos de quienes han creído ver en esa fecha un corte profundo en la tradición cultural popular. En estos planteos se señala que no sólo irrumpen decididamente los medios masivos de comunicación -particularmente la radio- sino que los propios sectores populares aparecen bruscamente en la escena política. Ambos fenómenos habrían concurrido en el mismo sentido: mientras los medios masivos penetraban hasta los más recónditos resquicios de la sociedad, otro tanto ocurría, por ejemplo, con los renovados sindicatos, que reivindicaban una pluralidad de funciones sociales, políticas y culturales, Sobre todo, ocurría eso con un estado militante dispuesto a llenar todos los huecos de la sociedad civil y hacer sentir su influencia sobre ellos. Ha sido común derivar de estos hechos la interpretación, explícita o implícita, de la manipulación pura: los sectores populares serían fácil presa de los medios masivos, blanda arcilla lista para ser modelada desde el Estado, *tabula rasa*, o cualquier otra metáfora. Tal hipótesis está en la base de la más clásica de las interpretaciones sobre el populismo peronista, la de Gino Germani, con su planteo sobre las “masas en disponibilidad”, capturadas y encuadradas por un estado autoritario y populista.

Pensamos, en cambio, que sociedad y política de masas se construyen también a partir de esa cultura -del “sentido común”- de los sectores populares a quienes se apela desde el poder. La historia de esta etapa queda fuera de los límites de esta nota. Durante la misma hubo sin duda cambios profundos en la cultura popular, en sus contenidos y en sus prácticas. Pero apuntemos para terminar que por lo menos dos concepciones básicas del proyecto peronista -la propuesta populista de la alianza de clases y la noción de justicia social- sin duda encontraron un campo de reconocimiento y reproducción en esa cultura de los sectores populares que se había ido acuñando en el período anterior a 1945.

Un balance tentativo y dos interrogantes sobre la vivienda popular en Buenos Aires entre fines del siglo XIX y comienzos del XX.

Diego Armus

Ponencia presentada en las 1eras Jornadas de Historia
de la Ciudad de Buenos Aires, organizadas por el
Instituto de Historia de la Ciudad de Buenos Aires.

Son muchas las evidencias que descubren sugestivas limitaciones sociales a la expansión económica de la Argentina agro exportadora de las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del actual. El generalizado supuesto que ubica a los sectores populares como usufructuarios de las riquezas originadas en tal crecimiento ha sido poco estudiado y no faltan evidencias -malestar social, violencia, índices de mortalidad, desocupación- que llevan a pensar en un reparto bien desparejo de los beneficios de ese 'progreso'.

Ciertamente, el tema de la vivienda popular es un sugerente indicador que pone al descubierto que sólo para algunas franjas de la sociedad, y en el mediano y largo plazo, ese proceso pudo revelarse como progresivo. En el tiempo corto, que puede ser el ciclo de vida de una familia o el de un individuo el cuadro habrá sido seguramente mucho más contradictorio y sin duda bastante más expresivo del tipo de vida que debieron llevar a cabo los sectores populares. El estudio de las 'formas del habitar' que los caracterizó entre 1880 y 1930 se inscribe en un vasto conjunto de problemas que, estando plenamente interconectados, son pasibles de tratamientos relativamente autónomos. En efecto, la salud, la alimentación, la vivienda, la organización familiar, el comportamiento demográfico, las actitudes hacia el trabajo, la cultura política y otros asuntos de una lista mucho más larga, definen un abanico de problemas pertinentes al universo cultural, en su sentido antropológico más amplio, donde los sectores populares desarrollaron su vida cotidiana. Es en torno a esa vastedad de experiencias concretas que modelaron sus identidades, se reconocieron distintas a la élite y se fueron diferenciando internamente.

Las notas que siguen se proponen bosquejar una suerte de balance de lo que se ha hecho en relación a la historia de la vivienda popular en Buenos Aires y, a partir de él, precisar dos interrogantes sobre los que parece necesario trabajar en un futuro.

Un balance tentativo

Si se lo compara a la virginidad que reina en otras cuestiones también vinculadas a la historia de las condiciones de vida, el tema de la vivienda popular es, casi con seguridad, el que más empeños y reflexiones ha concitado. Aún en su limitada magnitud, el cuadro que resulta de los trabajos de que se dispone es verdaderamente alentador; sin duda, esto es bien auspicioso ya que permite afinar las preguntas y, también, proponerse no caer en las tentaciones monográficas propias de una incipiente factografía económica-social y sí, en cambio, enfatizar en una historia de las formas de vida de los sectores populares porteños del novecientos.

Curiosamente, sobre los problemas de la vivienda popular en el Buenos Aires finisecular del Centenario, la historiografía registra pocas superposiciones de enfoques. En verdad, parece que esa eficiente distribución de preocupaciones tiene mucho que ver con maneras y estilos de hacer historia social que no pocas veces resultan de las disciplinas de donde provienen sus autores. Es por ello que en algunos estudios son ostensibles las influencias de los trabajos contemporáneos sobre problemas urbanos -y con ellos los habitacionales- en América Latina.

El trabajo de Scobie sigue siendo un estudio ejemplar y sin duda motivador de investigaciones aún no realizadas. En él la cuestión de la vivienda popular fue tratada en el marco más general de la expansión física, del crecimiento demográfico y de la transmutación de la trama social de la ciudad en su conjunto. [78]

Yujnovsky, por su parte, se propuso mostrar cómo el funcionamiento del sistema de asignación de recursos y las políticas de vivienda del período de la 'modernización' respondían a las características del Estado y del sistema social imperante en esa etapa de la vida argentina. Su articulo es un trabajo pionero donde son inocultables las herramientas de análisis de un planificador urbano; entre sus principales conclusiones cabe destacar la de haber precisado, en el tiempo, el periodo en que parece haber predominado el conventillo en las 'formas del habitar' de los sectores populares y las décadas en que el peso relativo de las viviendas colectivas tiende a disminuir como resultado de la emergencia de los anillos suburbanos y la vivienda unifamiliar. [79]

Explícitamente, Gutiérrez ha inscripto sus preocupaciones por el tema de la vivienda popular en el marco del estudio de las condiciones de vida. Retomando muchas de las sugerencias y aportes de Scoble y Yujnovsky, incorpora en el examen de la vivienda popular algunas variables no mensurables pertinentes a la vida cotidiana en los inquilinatos y en los incipientes asentamientos periféricos[80].

En un artículo de reciente aparición, Suriano estudió la huelga de inquilinos de 1907 deteniéndose en la evolución puntual del conflicto, el rol del Estado y sus políticas de vivienda luego de desatada la huelga y las posturas de anarquistas y socialistas frente a este peculiar movimiento social instalado en el mundo del consumo.[81]

Cabe destacar finalmente, el trabajo de Liernur; allí la propuesta apunta al análisis de la gestación de cierta tipología de vivienda popular atendiendo no tanto a las políticas explícitas del Estado sino a los mecanismos más sutiles y menos evidentes, a las prácticas e instituciones vinculados al poder en consolidación que, según su autor, se acoplaron y hasta potenciaron ciertas demandas de los sectores populares. Hay, indudablemente, una lectura de la cuestión habitacional fuertemente impregnada de los instrumentos analíticos que cruzan muchos de los textos de Foucault. [82]

Es innecesario insistir en que esta revisión bibliográfica no pretende ser exhaustiva. Con mayor o menor originalidad, otros textos discuten la cuestión habitacional pero sin ir más allá de lo planteado por estos trabajos. Así es como parece haber cierto consenso en torno de las relaciones existentes entre el proceso de urbanización y los problemas de la vivienda popular. En general ellas refieren a lo siguiente:

---

[78] J. Scobie, *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910,* Buenos Aires, 1977.
[79] O. Yujnovsky, *Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914,* en Desarrollo Económico, Revista de Ciencias Sociales, N°54. Buenos Aires, 1974
[80] L. Gutiérrez, *Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914,* en Revista de Indias, 163/4, Madrid, 1981.
[81] J. Suriano, *La huelga de inquilinos de 1907 en Buenos Aires,* en Diego Armus y otros. *Sectores populares y vida urbana,* Buenos Aires, 1984.
[82] P. Liernur, *Buenos Aires, la estrategia de la casa autoconstruida,* en Diego Armus y otros, *op. cit.*

a) El carácter agro exportador de la economía argentina de la época que, entre otras consecuencias, generó un rápido crecimiento urbano. Este proceso resultó, en principio, de las actividades vinculadas a la comercialización de bienes primarios destinados al mercado mundial y, en algunos casos, renovadas funciones burocrático-administrativas, de un sostenido flujo de mano de obra inmigrante y capitales extranjeros, del tipo de explotación extensiva del campo argentino y de la aparición de una modesta industria elaboradora de bienes primarios orientados a abastecer una demanda interna y urbana en alza.

b) En la estructura socio ocupacional de la ciudad parece predominar las actividades de servicios y otras, con denominaciones más o menos estereotipadas que, si bien no permiten diferenciar con claridad su real condición laboral, están ciertamente vinculadas a las tareas manuales. Se trata de un mercado laboral con una fuerte dosis de inestabilidad resultante básicamente del pendular movimiento de mano de obra entre el campo y la ciudad, movimiento originado en las estacionales demandas del ciclo agrícola y en las diferencias salariales.

c) Las ciudades no poseían equipamientos colectivos suficientes para albergar a los recién llegados, fundamentalmente extranjeros. La capacidad habitacional quedó rápidamente rebasada; viejas casas patricias fueron transformadas en conventillos y a ellos recurrieron los trabajadores que buscaban residir cerca de los lugares de empleo. El centro de la ciudad y sus alrededores empezaron a cambiar; con diferencias según los casos concretos, es reincidente el cuadro de calles más o menos tradicionales donde un conventillo lindaba, con una elegante casona de la élite porteña.

d) Con rapidez unas veces, otras en forma más progresiva, el radio urbano se fue ampliando. La red tranviaria creció, se electrificó y, mientras iba integrando a las zonas aledañas, se transformaba en el medio de transporte por excelencia de aquellos trabajadores que por diversos motivos habían dejado de residir en los conventillos del centro,

e) Al despuntar el siglo XX aparecieron los primeros anillos suburbanos. el tranvía. los loteos de terrenos a bajo costo y con financiación a largo plazo fueron algunos de los aspectos que permitieron la difusión del 'casapropismo'.

f) La presencia del conventillo siguió siendo significativa a lo largo de las dos primeras décadas del siglo XX. Si bien nunca desapareció, a medida que el siglo avanzaba esta 'forma del habitar' de los sectores populares fue perdiendo significación casi en la misma medida en que crecía el fenómeno de la casa propia. Aunque no hay estudios puntuales sobre el tema, parece bastante plausible la hipótesis que, muy en general, vincula este fenómeno con aquellas franjas de los trabajadores que gozaban de estabilidad en sus empleos y percibían salarios comparativamente altos. Fueron ellos los que, parece, han estado más cerca de la concreción del sueño de la casa propia.

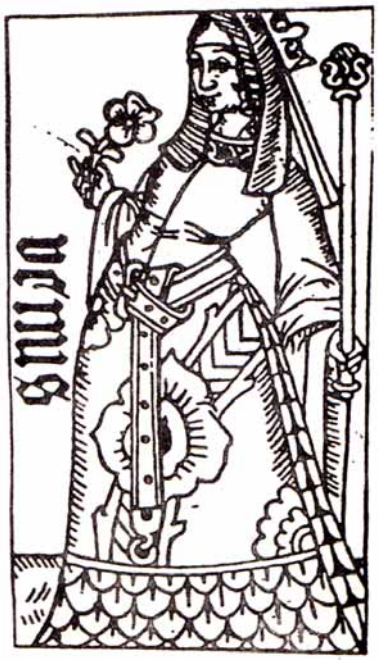
g) La vida cotidiana en el conventillo estuvo signada por el hacinamiento, la promiscuidad y, desde cierto momento, algún acceso a los beneficios ofertados por los equipamientos colectivos, en particular el agua potable. En la vivienda suburbana se puede suponer que el hacinamiento y la promiscuidad quedaban algo relativizados, el acceso a ciertos servicios se hacía más difícil y se abrían algunas posibilidades de complementación del gasto cotidiano con el cultivo de una huerta y la cría de animales de corral.

h) Las tipologías de vivienda reconocidas como dominantes, en particular por los historiadores de la arquitectura, son el conventillo mediano y grande, la casa chorizo y, finalmente, la casa cajón.

i) Frente al tema de la vivienda el poder político fue decididamente liberal. Esa perspectiva, donde el funcionamiento del mercado debía autorregularse sin considerar la injerencia estatal, convalidó la apropiación privada de la renta del suelo y de las ganancias resultantes de la acelerada expansión urbana. Salvo escasas excepciones, la vivienda popular fue blanco de los precios relativos, de las orientaciones de los propietarios y de las compañías de tierras y de los capitales invertidos en la red tranviaria.

Este simplificado sumario de lo que se sabe sobre la cuestión habitacional en el Buenos Aires de fines del siglo XIX y comienzos del XX parece repetirse en los casos de Rosario y Bahía Blanca[83]. Se perfilan, entonces, dos posibilidades para futuros trabajos; de una parte, pensar tales coincidencias en relación a una suerte de modelo de crecimiento para las ciudades puerto de la pampa húmeda argentina. De otra, prestar atención a algunos aspectos que necesitan ser completados, profundizados o replanteados. Los interrogantes que se presentan a continuación son dos de una lista seguramente mucho más larga.

Dos interrogantes sobre las formas del habitar de los sectores populares.



Parece conveniente, y necesario, hablar de 'formas del habitar' de los sectores populares urbanos de fines del siglo XIX y comienzos del XX. Esta diversidad de soluciones al problema de la vivienda estuvo presente tanto para las décadas anteriores como para las posteriores a la aparición de los anillos suburbanos.

Prácticamente todos los trabajos realizados sobre la cuestión habitacional insisten en afirmar que la población alojada en conventillos nunca superó el 25 por ciento de la población total de la ciudad. Las estadísticas, más allá de su discutible confiabilidad y precisión, avalan estos guarismos tanto para 1890 como para 1930. Curiosamente, este cuadro compagina mal con esa imagen del conventillo como la vivienda popular por excelencia del novecientos. Con seguridad esa suerte de distorsión tiene mucho que ver con el registro hecho por la literatura y el teatro realista de la época. En la historiografía, este panorama está sólo en parte algo más matizado. En algunos estudios el tema del conventillo resulta de un recorte premeditado y explícito; en otros la imprecisión es abierta y el conventillo o el inquilinato queda asimilado a la vivienda de los sectores populares.

Cuando estas referencias aluden a las últimas décadas del siglo XIX o incluso los primeros años del XX, parece necesario consignar, por lo menos, que se está frente a una simplificación, frente a una

[83] Para el caso rosarino véase, D. Armus y J. E. Hardoy. *Vivienda popular y crecimiento urbano en el Rosario del novecientos*, en *Estudios Urbanos Regionales*, Santiago de Chile (en prensa): para Bahia Blanca. véase Félix Weinberg y otros: *Manual de Historia de Bahía Blanca*, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 1978.

generalización de una de las 'formas del habitar'. A juzgar por las estadísticas disponibles debió haber habido otras que en modo alguno serían poco significativas.

Cuando la atención se centra en los años de emergencia de los anillos suburbanos, entre 1910 y 1930, el análisis de las 'formas del habitar' de los sectores populares incorpora, junto al conventillo, la novedad de la casa propia. Salvo excepciones, esta novedad es presentada como la expresión habitacional de cierto mejoramiento que las más de las veces queda estereotipado en la imagen acabada de la casa de material de los barrios.

Si bien con estas dos lecturas de la cuestión habitacional fue posible esbozar cierta periodización en principio útil, algunos interrogantes inducen a relativizarlas. Aún pecando de cierto esquematismo, para el período 1880-1910, el interrogante casi obvio sería: si sólo el 20 ó el 25 por ciento de la población -total vivía en conventillos ¿dónde lo hacia el resto de los sectores populares? Para las décadas siguientes, las de la aparición de los anillos suburbanos, cabría preguntarse: si los conventillos albergaban a un cuarto de los sectores populares, ¿es correcto pensar al resto de la población -excluyendo, por supuesto, a los grupos de la élite- integrando una homogénea legión de casapropistas?

Tal vez, la respuesta a estas inquietudes pueda comenzar a tomar cuerpo si los empeños se orientan a la reconstrucción de los avatares cotidianos que acompañaron a las tres 'formas del habitar' que cubren el espectro de posibilidades utilizadas por los sectores populares del período, evitando así el análisis de las tipologías de vivienda que directa o indirectamente hacen rígido el objeto en estudio. Tentativamente esas tres 'formas' pueden ser el conventillo, la vivienda unifamiliar y un conjunto de soluciones, muchas veces ocasionales, que incluiría desde el alquiler de un cuarto en pensión hasta el derecho adquirido de dormir de cualquier manera en el lugar donde trabaja.

Respecto del conventillo -sin duda la 'forma' mejor estudiada- sólo habría que señalar la existencia del conventillo disfrazado, del inquilinato no registrado por el poder administrador. Es, ciertamente, en la vivienda unifamiliar y en el tercer grupo, de algún modo residual, donde es necesario prestar atención.

La vivienda unifamiliar puede ser vista como una 'forma' que reúne una amplia gama de unidades habitacionales de muy distintos grados de precariedad. En esa línea, y a diferencia de lo que se ha venido haciendo y más allá de lo fragmentario de la información disponible, parece conveniente pensar a la casilla como una suerte de solución habitacional existente a todo lo largo del período, antes y durante el proceso de formación de los barrios y los anillos suburbanos.

De mínimas dimensiones y construida con materiales baratos o deshechos, su extendida y relativamente rápida presencia, en las zonas en franco proceso urbanizador -por otra parte casi siempre manejadas por capitales privados- resultó de diversas y a veces contradictorias razones. Con su mínimo costo, no fijación en el terreno y posibilidades de ampliación ponían en evidencia ciertas respuestas de algunos grupos de los sectores populares frente a las inestabilidades de su vida cotidiana así como expresaban también los comienzos de la aventura por la casa propia, aventura que debió haber registrado infinidad de derrotados, pero no pocos triunfadores. La insistente oferta de lotes pagaderos en varias decenas de cuotas, muchas veces equivalentes al alquiler mensual de la pieza de conventillo. abría esta riesgosa posibilidad a una amplia franja de las gentes del pueblo dispuestos a vivir en una casi total precariedad pero en un lote propio.

La información disponible, en particular, la de origen estadístico, no permite rastrear todos los tipos de viviendas unifamiliares del período. De todos modos, y haciendo un puntual registro de sus elásticas características, la casilla puede ser considerada como una suerte de vivienda tipo que, conforme las posibilidades

de sus habitantes, podía ser ampliada y mejorada hasta convertirse en una casa chorizo, en gran parte de material, o mantenerse Confundida con las rancherías de vida efímera, carentes de todo servicio y blanco recurrente de las inspecciones sanitarias municipales.

En la búsqueda de la vivienda unifamiliar algunos compraron lotes pagaderos a plazos, otros alquilaron lotes sin ningún tipo de edificación y no faltaron las ocupaciones ilegales en terrenos baldíos. Algunas veces la tenencia legal del lote fue condición necesaria para encarar todo progresivo empeño de mejoramiento y fijación de la unidad habitacional. Otras, el carácter de 'invasores' traía implícito un fuerte sesgo de provisoriedad que, junto a otras razones, incidía en la persistencia de las precarias características del insalubre y típico rancho suburbano. Buscados o impuestos por la realidad, estos caminos a la vivienda unifamiliar estaban firmemente instalados en un proceso donde jugó un decisivo papel no sólo la apropiación privada de la tierra suburbana previa a la expansión física de la ciudad sino también la especulación inmobiliaria, de indudable significación en las zonas de ocupación reciente, incluso en las más precarias.

Si esta perspectiva de análisis de la vivienda unifamiliar no es desacertada, parece más qué necesario enfatizar en dos cuestiones. Ellas tienen que ver con la autoconstrucción y con la contratación de servicios de pequeñas empresas de construcción; ambas experiencias -combinadas o no- están en el centro de las vidas de quienes lucharon por la casa propia y, también, en la producción de un cierto tipo de ciudad.

Quizás trabajando sobre estos dos aspectos comiencen a entenderse ciertos comentarios de algunos viajeros que recorrieron el Buenos Aires del Centenario cuando estimaban en quince o más los años necesarios para completar la vivienda unifamiliar y propia.

Resta finalmente esbozar algunas de las características de la última de las tres 'formas del habitar' que pueden empezar a responder a los dos interrogantes antes planteados. En este caso habrá que preguntarse por la residencia de los empleados domésticos en las casas de la élite, por las pensiones, por las casas de familia donde se alquilan cuartos, por las piezas subarrendadas por el inquilino principal, por los vagones abandonados. Con un grado de provisoriedad aún mayor, posiblemente relacionados con una marcada inestabilidad laboral, también habrá que interrogarse sobre algunas prácticas de las que hablan la literatura y las ordenanzas municipales como la de los empleados que duermen en el mostrador de la tienda o los trabajadores que lo hacen en el mismo taller donde trabajan durante el día.

Buenos Aires: la estrategia de la casa autoconstruida.

Pancho Liernur

De ***Sectores Populares y Vida Urbana***
AAVV, CLACSO, Buenos Aires, 1984

La elaboración de una historia moderna que se proponga el conocimiento de los modos de construir metropolitanos es, al menos en lo que atañe a nuestro país, una tarea aún por realizar. Tal historia, obligada a abordar procesos de índole diversa y difícil encuadramiento disciplinario, debería saldar cuentas con una imponente masa de documentación de orígenes múltiples (relevamiento de campo, archivos municipales y de obras públicas, revistas populares, libros y elementos escolares, recuerdos familiares, documentación privada, encuestas, etc.).

De tales procesos adquiere singular importancia el de transformación de las tipologías de la vivienda, por ser expresión simultánea de la renovación de las condiciones de vida y de las características adquiridas por la ciudad al constituirse en "organismo directamente productivo, fuente de acumulación capitalista e instrumento de producción" [84].

Las notas que siguen, orientadas por las hipótesis de partida que los elementos hasta aquí examinados permiten formular, pueden leerse como un intento exploratorio de dichas variaciones tipológicas. La pregunta básica para la que buscan alguna respuesta preliminar puede formularse del siguiente modo: ¿por qué motivos, a pesar de las influencias obvias en otros aspectos, la conformación metropolitana porteña difiere tan notoriamente de sus modelos respecto de la célula de expansión urbana, que, a diferencia de aquéllos, no es producto de acciones comerciales generadores de edificaciones colectivas, las más de las veces cerradas [85], sino de actos privados de los que resultó una edificación individual y abierta?

Esta pregunta, si se tiene en cuenta el período de veinte años (1910-1930) que requirió la transformación de la llamada "casa chorizo" en "casa cajón", conduce a un segundo interrogante. Sabiendo que la consolidación de las tipologías de vivienda en las sociedades precapitalistas ha demorado siglos [86], ¿cómo explicar aquellos veloces procesos de las sociedades contemporáneas sin que intervengan mecanismos de manipulación de la voluntad de sus agentes?

Pero entonces: ¿cuáles son tales mecanismos, cómo registrarlos, y qué resistencias encontraron?

Evidentemente no es posible formular una respuesta estudiando únicamente las grandes políticas explícitas del Estado. Se hará necesario también hurgar en otras dimensiones sociales e instituciones, prestando atención a prácticas aparentemente tangenciales, y habrá que evitar la búsqueda de analogías demasiado obvias con los modelos internacionales, especialmente los europeos, a pesar de la fascinación que éstos pudieron haber ejercido sobre las élites dirigentes.

---

[84] Tafuri, Manfredo, *Le 'macchine imperfette´, Citta e territorio nell'Ottocento*, en *"Le macchine imperfette"*. Atti del convegno su Architettura, programma, instituzioni, nel XIX secolo. A cura di P. Morachielo e G. Teyssot, Officina Edizioni, Roma, 1980.

[85] Piccinato, Giorgio, La costruzione dell´urbanística, Germanía 1871-1914, Officina Edizioni, Roma, 1974.
Stübben, Joseph, *Dar Städtebau, Handbuch dar Architektur; Vierter Thell: Entwerfen, Anlage un Einrichtung der Gebiude, IX Half-band*, Ed. Bergsträsser, Darmstadt, 1890. (Trad. It. en Piccinatto, op. cit)

[86] Rapoport, Amos, *Vivienda y cultura*, Ed. Gustavo Gili SA., Barcelona, 1972.

En nuestro análisis trataremos de detectar los rastros de este proceso o estrategia del habitar, en aquellos nudos conflictivos donde la opción tipológica adoptada -casa propia, individual, periférica, compacta, de una planta- permitió la coincidencia entre intereses generales de los sectores dirigentes y necesidades inmediatas de los sectores populares, configurando una base de consenso que actuó como elemento de resolución.

Entendemos que los más significativos de tales nudos son los siguientes:

1. La inestabilidad de la población inmigrante

Condicionada por un mercado de trabajo especialmente inestable [87] una importante proporción de los inmigrantes prefería considerar a la Argentina como sede transitoria de residencia.

Esta actitud, alentada por las autoridades de los países de origen [88], implicaba una débil integración a la "nación", provocando una conmoción continua de los dispositivos de disciplinamiento y control que comenzaban a ponerse en marcha.

En este contexto, la propiedad de la vivienda adquirió un especial sentido político, por cuanto se presentaba como la clave de una táctica de fijación de los individuos a una espesa red que abarcaba desde la educación obligatoria hasta el servicio militar, pasando por una multitud de registros diversos (sanitario, policial, municipal, Impositivo, laboral, etc.). El ideal de la "casa propia para el obrero" sólo pudo lograr vigencia superado el desinterés natural de los sectores dirigentes, pero también debió ser impuesto a los propios sectores subalternos, los que no lo incorporaron a sus demandas hasta la segunda década del siglo XX [89].

Y es importante recordar que no basta la presencia del anarquismo para explicar el desinterés popular hacia la propiedad: tampoco el naciente partido socialista pareció influido por aquellas posiciones bersteinianas favorables a la propiedad privada de la casa que, dominantes por entonces en Europa, provocaron la dura polémica de Engels contra Mülberger y Sax [90].

Pero además de lo dicho, el comportamiento golondrina de la inmigración constituía un grave problema económico por cuanto, si nos atenemos a algunos análisis recientes [91], significaba una importante remisión de divisas el exterior, algo registrado en la época a través de la literatura [92], los estudios gubernamentales [93] y el periodismo. En una presentación de 1910 esto permite afirmar el Banco El Hogar Argentino que "no hace todavía muchos años los bancos giraban al exterior sumas fabulosas compuestas de los pequeños y casi insignificantes ahorros de los inmigrantes", aunque sin embargo en los días del Centenario "el giro de cantidades grandes ha desaparecido" lo que debe ser atribuido al cambio de actitud operado en la masa inmigrante debido a la 'facilidad de adquisición de la tierra', a la incalculable fuerza atractiva de la propiedad" [94].

2. La hipertrofia del sistema de transporte ferroviario y tranviario

---

[87] Panettieri, José, *Los trabajadores*, Centro Editor de América Latina, Buenos Ares, 1982.
Gutiérrez, Leandro, *Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914*. Revista de indias 163/164, Madrid, junio 1981.
Cortés Conde, Roberto, *El progreso argentino, 1880-1914*. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1979..
[88] Cerboni, Carlo, *Manual e per l'emigrazione dall'Italia all'argentina*, Dante Alighieri, Buenos Aires, 1905.
Borsella, Glovanni, *L'emigrante Italiano e l'Argentina*, Milán, 1925.
[89] Véase el artículo de Juan Suriano, incluido en este volumen.
[90] Engels, Federico, *El problema de la vivienda* (*"Zur Wohnungsfrage"*, Leipzig, 1872; y *"Delgrossen Städte"*, Leipzig, 1845), Ed. Gustavo Gilli S.A., Barcelona, 1974.
[91] Cortés Conde, *op. cit*.
[92] Páez, Jorge, *El conventillo*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1976.
[93] Véase al respecto los Boletines del Departamento Nacional dei Trabajo.

Se trata de una problemática bien conocida [95], que nos interesa poner de relieve por su estrecha vinculación con el modelo general de organización del país que los sectores dirigentes adoptaron durante el período considerado así, la construcción del sistema ferroviario y tranviario vehiculizó la entrada de capital y tecnología en proporciones abrumadoras.

Perteneciendo en su mayoría a capitales ingleses y alimentada mediante centrales eléctricas principalmente alemanas, cuyo combustible era también de origen inglés, la red tranviaria de Buenos Aires -una de las más extensas del mundo- debe ser vista como una de las condiciones de existencia del mencionado modelo de organización del país; condición que contribuye fuertemente a definir alguna de las características clave del tipo que venimos analizando: su localización periférica, su carácter unifamiliar y la propiedad privada del terreno en que se asienta, permitida por la expansión del proceso de especulación de la tierra.

3. La puesta en valor de las áreas rurales periféricas

Estrechamente vinculado con el punto anterior, este factor también debe ser asociado al modelo general de país.

El asentamiento de poblaciones sobre las áreas periféricas de los cascos urbanos centrales no era un fenómeno inédito en América Latina. Formaba parte, por el contrario, de las características de la urbanización española [96].

Sin embargo no puede dejar de observarse que en el caso de Buenos Aires los asentamientos no fueron "marginales" respecto del proceso general de producción [97] porque además de formar parte del ciclo económico como destino de capitales [98] se integraron también a los procesos jurídicos (propiedad, registros municipales, etc.) e ideológicos, como podremos ver más adelante.

Teniendo en cuenta la brusca expansión de la frontera agropecuaria producida por el avance sobre los territorios indios y aunque carecemos de datos específicos [99], parece atinado suponer como consecuencia de dicha expansión, la disminución relativa de la presión de la zona agrícola sobre la zona urbana y por ende de una necesaria variación de la distancia entre los valores de la renta agraria y urbana.

Ciertamente, la caída de los precios agrícolas europeos motivada entre otras causas, por el aumento de la producción agraria en países como la Argentina y los Estados Unidos [100], debe haber tenido sobre el proceso de urbanización una incidencia similar.

---

[94] Banco El Hogar Argentino, número especial con motivo del Centenario de la Revolución de Mayo de La Nación, Buenos Aires, 1910.
[95] Scobie, James, *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1870-1910*. Solar Hachette, Buenos Aires, 1977.
[96] De Ramón, Armando, *Suburbios y arrabales en un área metropolitana: el caso de Santiago de Chile, 1872-1932*, en J. E. Hardoy, R. Morse, R. Schaedel (comps.), Ensayos histórico - sociales sobre la urbanización en América Latina, Ediciones SIAP - CLACSO, Buenos Aires, 1978.
[97] Pradilla, Emilio, *La ideología burguesa y el problema de la vivienda*, Cap. I, *La 'teoría de la marginalidad' y la 'vivienda marginal'*, en Arquitectura Autogobierno, Nº 7, México, 1977.
[98] Brailovsky, Antonio Elío, *Historia de las crisis argentinas*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.
Yujnovsky, Oscar, *Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1914*. en Desarrollo Económico, Nº 54, Buenos Aires, 1974.
[99] Alguna información sobre la cuestión se hallará en Cortés Conde, *op. cit*.
[100] Braílovsky, A. E., *op. cit*.

Precisar este punto es de primordial importancia por cuanto define a los sectores sociales que pueden ser afectados: la característica del proceso registrado al menos en Buenos Aires es su -aunque relativamente- fácil accesibilidad a amplios sectores populares, algo que difiere de la situación habitual en los Estados Unidos y Europa.

4. La construcción de gigantescas obras públicas

¿De qué modo incidieron estas actividades sobre el asentamiento con la tipología que analizamos?

Habitar las zonas centrales de la ciudad fue haciéndose cada vez más difícil para los sectores de bajos ingresos en razón del aumento paulatino de los alquileres (13,8 % en 1886 para el oficial albañil, 24 % en 1914[101]. Como es sabido, tales aumentos reflejaban el alza de los valores de la tierra pero también el de las recaudaciones, mediante las cuales la comuna debla afrontar las inversiones en obras públicas.

Ciertamente, no están puestos aquí en cuestión ni el real conocimiento de tales obras ni el efecto benéfico que, en última instancia, pudieron ejercer sobre el conjunto de la población. Sin embargo es preciso destacar el contenido político de las decisiones que las llevaron a cabo, contenido que, al igual que en los puntos anteriores, independientemente de sus similitudes con las condiciones generales de urbanización en el siglo XIX, subraya su subordinación a un modelo local global cuyos principales gestores, y no el conjunto de la población, fueron sus principales beneficiarios.

Por eso, aún en 1911 "casi la mitad de la población de Buenos Aires carece (...) de aguas corrientes, y más de la mitad está privada de servicio de cloacas, y es en los barrios nuevos donde desgraciadamente faltan casi en absoluto" [102].

Mientras tanto, y con características recurrentes hasta en nuestros días (autopistas urbanas, parque Interama, etc.), las operaciones deficitarias de las empresas inglesas encargadas de las construcciones del puerto y de las obras de salubridad son recompensadas por la propia comuna, a través de empréstitos tomados a la banca internacional (prevalentemente inglesa), acrecentándose así la deuda externa y provocando la permanente extenuación financiera del municipio [103].

5. La difusión de diversas formas de trabajo a domicilio

Aunque de características menos insignificantes de lo que habitualmente se supone [104], la débil estructura industrial de Buenos Aires desarrollaba una importante proporción de sus tareas fuera de sus instalaciones propiamente dichas. A tal punto que, si bien es cierto que el trabajo a domicilio constituía un 20 % del total de la producción [105], en algunas ramas, como la textil y de cueros, llegaba casi el 90 % [106].

---

[101] Yujnovsky, O., *op. cit*.
[102] Cibils, F. R., *La descentralización urbana de la ciudad de Buenos Aires*, en Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, n° 16, Buenos Aires, 1911.
[103] Scobie, J., *op. cit*.
Vela Huergo, Julio, *Síntesis histórica de la acción higiénica y urbana de Obras Sanitarias de la Nación*, en Actas del Primer Congreso Argentino de Urbanismo, Buenos Aires, 1937.
Bucich Escobar, Ismael, *Buenos Aires, ciudad*, Buenos Aires, 1936.
[104] Schvarzer, J., *La implantación industrial*, en José Luis Romero y Luis Alberto Romero, (eds.), Buenos Aires, historia de cuatro siglos, tomo II, Editorial Abril, Buenos Aires, 1983.
[105] Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, *El trabajo a domicilio en la Capital Federal*, Nº 29, 30 y 33, Buenos Aires, 1914, 1915 y 1916.
[106] Panettieri, José, *op. cit*.

La comparación con ciudades europeas en las que la cifra global era mayor [107] no debe hacernos desconocer las influencias que este fenómeno debe de haber tenido en las formas de habitar escogidas por los sectores populares, por cuanto es sabido que el trabajo a domicilio, en países como Francia o Inglaterra, tiende a realizarse en sus comienzos, en la estructura ya existente de viviendas de campesinos, con una producción rural en crisis (condición inexistente en al Río de la Plata, el menos en una proporción considerable) [108].

Es importante además considerar la difícil coexistencia de las tareas más frecuentes del trabajo a domicilio femenino -lavado y planchado de ropas- con las restricciones para el uso del agua por una parte, con las, condiciones generales de hacinamiento en los cuartos de los conventillos, por otra.

De no menor importancia en lo que respecta al condicionamiento de los lugares necesarios para la vida de los sectores populares, debió de ser una ulterior forma de trabajo femenino, como es el amamantamiento y cuidado de bebés [109]. Esta tarea, que las familias ricas europeas podían poner en manos de mujeres campesinas[110], es Buenos Aires sólo se realizaba en los conventillos, valorizándose por ende aquellas nodrizas que aun trasladadas a la periferia garantizaran, al menos presuntamente, un ámbito más sano para los recién nacidos.

6. Los fuertes lazos de solidaridad entre los habitantes de los conventillos

Que "el ideal es aislar cada familia en su casa propia puesto que la vecindad trae apareadas peligrosas promiscuidades" [111], era una conclusión que, formulada en 1916, contaba con una advertencia elocuente en la huelga de inquilinos de 1907 [112]. Especialmente desde entonces, como también lo atestiguan testimonios literarios [113], el conventillo representa un verdadero nido de rebelión.

Por añadidura se trata de una "máquina de habitar" que, o bien propende a la "mescolanza" que ironiza Discépolo en *Mustafá*, o bien facilita la formación de verdaderos ghettos, dificultando en ambos casos la "nacionalización" de la multitud inmigrante requerida por el proyecto hegemónico.

La existencia de los fuertes lazos de solidaridad estimulados por la vida en el conventillo puede advertirse en una multitud de sainetes que, tomándolo como protagonista, expresan la resolución de todo tipo de conflictos -sociales, políticos o interpersonales- a través del entendimiento por la similitud de tos Intereses de sus habitantes [114].

---

[107] Véase al respecto los Boletines del Departamento Nacional del Trabajo.
[108] Thompson, E. P., *The making of the english working clase*, Penguin Books, Nueva York, 1968.
Gauldie, Enid, *Cruel habitations. A history of working-class housing, 1780-1918*, Ed. George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1974.
Engels, Federico, *op. cit*.
Fiandrin, Jean-Louis, *Orígenes de la familia moderna*, Ed. Critica, Barcelona, 1979.
[109] Aráoz Alfaro, Gregorio, *El libro de las madres*, Buenos Aires, 1922.
[110] Flandrin, Jean-Louis, *op. cit*.
Shorter, Edward, *The making of the modem family*, Editions du seuil, París, 1977 (traducción francesa).
[111] Franco, Pedro, *Casas para trabajadores*, en Boletín del Museo Social Argentino, Nº 51-52, Buenos Aires, 1916.
[112] Véase el articulo de Juan Suriano, incluido en este volumen.
[113] Páez, J., *op. cit*.

7. La estructura y modo de vida de las familias inmigrantes

Es difícil analizar las modalidades tipológicas de la habitación el carecerse de estudios antropológicos de las estructuras familiares que debían dar albergue. Sin embargo, podemos intentar algunas observaciones preliminares por cuanto al menos sabemos que el grueso de los inmigrantes era de origen campesino, y con una reciente incorporación a la cultura urbana, lo cual involucraba a la mayor parte de los sectores populares.

De este modo, apoyándonos en las opiniones de algunos de los estudios citados [115], es posible pensar que tanto por sus pautas de moralidad como por sus paradigmas o por las características de sus diversos roles, la familia popular de principios de siglo difería bastante del modelo que se asentará en tiempos posteriores: por un lado, mayor extensión con la incorporación de parientes seleccionados por la oía inmigratoria que robustecían lazos originales, con pocos viejos y con la inclusión de personajes externos; por otro, mayores aperturas e incluso cambio de las pautas morales.

Y no es de extrañar que también aquí "los inmigrantes transplantaron y mantuvieron en la ciudad sus formas y valores rurales" [116], o al menos trataron de hacerlo.

¿Estaban entre sus pautas aquellas que rigen la compartimentación y uso de la vivienda urbana moderna? Es altamente probable que no, especialmente en lo que hace a las instalaciones sanitarias, para entonces en estado de transformación casi permanente. Algo similar puede suponerse también en el caso de los lugares destinados a la preparación y conservación de alimentos, si se piensa en los cambios y la ampliación de la dieta respecto de sus lugares de origen, donde esta debió reducirse a muy pocos elementos.

Con respecto a las zonas de dormir y estar, es donde se presentan las mayores dudas. El empleo de una única habitación para la totalidad de la familia era todavía habitual en las regiones de origen, por cuanto representaba un importante ahorro de energía en las temporadas invernales, ya que en las regiones rurales como en las de la periferia urbana de nuestro país, estos sectores debían afrontar la construcción de sus propias viviendas, repetían las mismas soluciones[117], algo que era registrado con sorpresa: “dos matrimonios de gente joven habitaban una misma pieza como un hecho absolutamente corriente”, se dice por ejemplo. Esto es más lamentable cuanto las posibilidades económicas de los obreros permitirían disfrutar de viviendas más cómodas".

Más allá de la veracidad o no de tales "posibilidades económicas", lo cierto es que dada las elementales características de construcción de las casillas y ranchos que se describen, nada impedía otros parámetros distributivos.

De aquí que pensemos en una relación ambigua entre las actividades de descanso (dormir, recreación, reproducción, etc.) y también una actitud diversa ante la cohabitación. a partir de ello podemos reconocer los

---

[114] Mazzlotti, Nora, *El teatro popular: un registro de las transformaciones culturales en metrópolis y nuevas condiciones de vida, 1880-1930*. Jornadas de debate interdisciplinario, PEHECH / CESCA - CLACSO, Buenos Aires, 1983.
[115] Herlihy, David, *Urbanización y cambio social*, en Historia Económica, Ed. Critica, Barcelona, 1981.
[116] Herlihy, D., *ídem*.
[117] Maitello, *El hogar agrícola*, en Boletín del Museo Social Argentino, Nº 35-36, Buenos Aires, 1914.
Vidiri, Francisco y Daus, Federico, *Observaciones sobre el estado de la vivienda en el noroeste argentino*, en La habitación popular, órgano de la Comisión Nacional de Casas Baratas, Buenos Aires, 1935.

rasgos, en cierto modo, coercitivos de la posterior partición (comedor - estar - baño - cocina - dormitorios adultos - dormitorios niños).

Fases del proceso

En la historia del alojamiento de las clases populares de Buenos Aires pueden distinguirse dos momentos en el período estudiado: hasta 1910, la concentración en el centro y el conventillo, de allí en más la dispersión hacia la periferia. En este último proceso inciden tanto la crítica higiénico - biológica del conventillo como su condena moral [118].

Por nuestra parte trataremos de observar los lazos que pueden inferirse de ambos fenómenos y el modo en que se construye, en consecuencia, un saber sobre la vivienda moderna que, basándose en los requerimientos locales, debió atravesar la totalidad de los sectores sociales.

Así pueden distinguirse cuatro fases de características diversas:

1) critica higiénico - biológica (1870-1890);
2) crítica moral (1890-1915);
3) definición tipológica (1915-1943);
4) adopción del tipo por el Estado (1943-1955).

Nos referiremos a las tres primeras.

1) Crítica higiénico-biológica

Durante esta fase, que tiene origen en la gran epidemia de 1871, los sectores dirigentes van tomando conciencia de que su suerte no es ajena a las condiciones de vida de quienes habitan los inquilinatos. El conventillo es visto entonces como foco de enfermedades y como tal debe ser abordado [119], mediante un operativo sanitario estimulado por las conveniencias económicas producto de la ya analizada expansión de las obras públicas.

Con extrema minuciosidad se analizan en estos años los factores que inciden en la construcción de "máquinas de habitar" más eficientes: se ensayan y estudian los diversos modelos de servicios sanitarios (espesores de muros, características generales de los materiales, dimensiones mínimas, pautas de vestido -para evitar el arrastre de gérmenes las ordenanzas prohíben las polleras largas-), etc. Pero no se pone en duda, en ningún momento, la tipología propiamente dicha.

A esto se liga el hecho de que, salvo muy raras excepciones como la tesis de Battle [120], la preocupación de las autoridades está dirigida a conseguir mejores modelos de conventillo: con esa propuesta culmina el libro

[118] Yujnovsky, *op. cit.*
Gutiérrez, L., *op. cit.*
[119] Rawson, Guillermo, *"Estudio sobre las casas de inquilinato en Buenos Aires"*, en Escritos y discursos del doctor Guillermo Rawson, Buenos Aires, 1981.
Wilde, Eduardo, *El conventillo y sus características*, Curso de Higiene pública, en Obras Completas, primera parte, Buenos Aires, 1914.
[120] Battle, Raymundo, *Habitaciones para obreros*, tesis presentada para revalidar el titulo de arquitecto, Buenos Aires, Imprenta El Mercurio, 1877, en DAMA, núm. 15, 1982.

de Rawson, y el propio Intendente Alvear auspicia la construcción de conventillos ejemplares mediante el proyecto de Casas para Obreros y la Ciudad Obrera Municipal que encarga a Juan Buschiazzo [121].

Así, mientras el tipo es perfeccionado y validado mediante formulaciones provenientes de sectores "altos", se genera simultáneamente una sed de normas y ordenanzas que lo regulan, y de instituciones que controlan a estas últimas. Entre 1880 y 1900 se dictan unas cuarenta ordenanzas que estipulan las obligaciones de las casas de vecindad y conventillos, su pintura y blanqueo y su habilitación, así como procuran la vigilancia de sus residentes [122]. El territorio de la Capital Federal se subdivide en áreas para su control a cargo de distintas Instituciones, con una profusión que llega a provocar superposiciones caóticas [123]: parroquial, policial, del registro civil, escolar, juzgados de paz y militar. Por su parte, las comisiones de higiene estaban habilitadas para acceder a las viviendas hurgando en los más ocultos rincones y determinando todos los movimientos de sus habitantes [124].

Si bien suele atribuirse una eficacia relativa a los procedimientos mencionados, la efectiva disminución de la mortalidad y morbilidad en la ciudad parecería indicar lo contrario. En tal sentido resultan atendibles, aún dentro de su parcialidad, algunos balances como el del ingeniero Domingo Selva [125] o el trazado hecho por la propia revista La Ingeniería con motivo de la critica del libro de Gaché [126]; balances que confirman que hacia los últimos años del siglo XIX la higiene de los conventillos está siendo paulatinamente controlada, dejando de constituir un problema prioritario.

2) La critica moral

Es entonces cuando comienza a ponerse centralmente de manifiesto el otro problema: la infección moral.

Desde ya, la "contaminación" moral no pasa desapercibida a los analistas de la fase anterior, pero para éstos carece del carácter congénito y verdaderamente infernal que asumirá en la fase que analizaremos. Así, el obrero, que sirve de ejemplo a Rawson, no concurre a la taberna por las noches, empujado por el vicio y la degeneración insitas en su raza. Lo hace de mañana, dado que no ha reposado suficientemente en el ambiente físicamente contaminado de su habitación y porque “siente que necesita volver a sus tareas (y para ello) debe estimular artificialmente los resortes de su vigor postrado”[127]. Del mismo modo, la prostitución tampoco es la tendencia natural de la mujer, la que en el relato encuentra “a sus hijos desolados, nerviosos, tal vez enfermos y convulsos” porque “incapaz de subvenir por sí misma a las necesidades (de su familia) busca trabajo fuera del hogar”.

La aparición en la escena política del país del partido radical, así como el comienzo de la organización de la clase obrera -como consecuencia de la expansión del anarquismo y del socialismo- serán los factores que inducirán, a partir de la crisis del 90, a una visión distinta del tema: desde entonces el conventillo se verá fundamentalmente como un verdadero infierno moral [128], dejando de constituir una "máquina" perfeccionable, en

[121] Véase el articulo de Graciela Viñuales, incluido en este volumen.
[122] Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, *Contravenciones municipales y registros de vecindad*, Buenos Aires, 1908.
[123] Carrasco, S., *Bases para una nueva división administrativa de Buenos Aires*, en La semana médica, Buenos Aires, octubre 1900.
[124] *"Saneamiento de Belgrano"*, en La semana médica, Buenos Aires, octubre 1896.
[125] Selva, Domingo, *La vivienda obrera en Buenos Aires*, Revista de Arquitectura, Nº 2 a 6, Buenos Aires, 1902.
[126] *Habitaciones para obreros*, en La Ingeniería, Buenos Aires, 1899.
[127] Rawson, G., *op. cit*.
[128] Vezzetti, Hugo, *La locura en la Argentina*, Folios, Ediciones, Buenos Aires, 1983.
Gaché, Samuel, *Les logements ouvriers a Buenos Aires*, Ed. Steinhail, Paria, 1900.

última instancia ingeniosa y benéfica, para pasar a ser considerado como un "engendro" intrínsecamente destinado: a producir el descontento y la degeneración que deben ser desmantelados.

De esta visión de la vida del conventillo se elimina todo factor positivo, como los rasgos solidarios que hemos registrado. Se trata de un punto de vista que conducirá a establecer como "anormales" los comportamientos familiares y personales que se basen en pautas de vida preexistentes, contradictorias muchas veces con el universo ideológico urbano moderno.

Paradójicamente, tal visión forma parte de un conjunto de representaciones que elabora una reacción antiurbana frente al desarrollo metropolitano[129] rescatando una noción idealizado de la naturaleza [130] y el campo como sedes de la salud y la pureza. Se trata de aquellas construcciones ideológicas que, desde registros idealistas utópicos hasta meras consignas de especulación sobre la tierra, se ven unificadas en la idea de "ciudad jardín".

En Buenos Aires, estas ideas son expresadas especial y elocuentemente en el ambiente médico, pero también constituyen el fundamento de la acción de los círculos católicos. Pero la fuerza con que se encarnaron en la sociedad debió sustentarse también en las tradiciones naturalistas y en las nostalgias por un pasado campesino, idealizado con el tiempo, que debieron sentir quienes tanto desde el interior como desde el exterior del país provenían mayoritariamente de un mundo rural.

La ***Semana Médica*** expresa con elocuencia la consigna: "hacer del niño un pequeño campesino, cambiar la vida urbana por la campestre, la vida de los aposentos por la vida del campo, la privación del sol por la exposición al sol, el temor al frío yendo en pos de él, los baños calientes por los del río, el reposo por la actividad, los ejercicios intelectuales por los ejercicios musculares. En una palabra, vivir la vida natural: ahí está en realidad la verdadera profilaxis" [131].

A diferencia de la fase anterior en que, la idealización de la tipología del conventillo se asociaba a fin aparato reglamentario y de control, consolidando una situación preexistente, en la que estamos considerando ello habrá de modificarse, para lo cual las ideas antiurbanas e individualistas deberían penetrar capilarmente. Con este objetivo se emplearán distintos vehículos, desde la escuela primaria hasta el servicio militar, desde la iglesia hasta el periodismo o la divulgación vulgar de la ciencia[132].

Ciertamente, fue la electrificación tranviaria lo que posibilitó el éxodo masivo hacia la periferia. Pero incurriríamos en una considerable omisión si atribuyéramos a este hecho técnico las razones principales de un proceso que, como estamos tratando de mostrar, tiene orígenes previos y causas más problemáticas.

¿Cuáles fueron en estas circunstancias los tipos de habitación accesibles a los sectores populares? Básicamente dos: el pequeño conventillo y la casilla.

El conventillo consistía en series de cuatro a siete cuartos de alquiler, el que, en razón de la reglamentación existente desde 1875 -que exceptuaba de las rígidas normas de construcción a las casas de esas dimensiones- era construido especialmente en las zonas periféricas por el bajo rendimiento del terreno, lo que creaba a sus habitantes una “situación (...) aún peor que la de los antiguos conventillos, por carecer de cloacas y aguas corrientes y subsistir en ellos igual hacinamiento y condiciones deplorables de higiene y limpieza”[133].

---

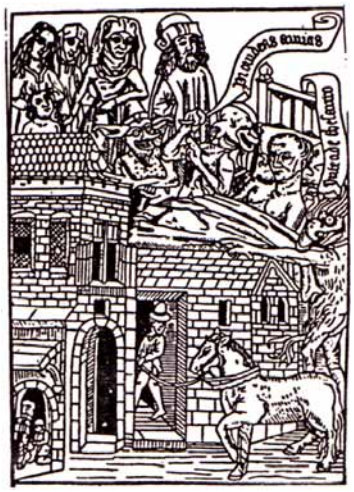
[129] Tafuri, Manfredo, *Storia dell´ideologia antiurbana*, Corso di Storia dell'architettura, Dispense Ed. CLUVA, Venecia, 1973.
Hartmann, Kristiana, *Deutsche Gartenstadbewegung. Kulturpolitik und Gesellschaftsreform*, Hein Von Moss Verlag, Munich, 1976.
Wild, David, *"British domestic architecture in the age of unreason"*, en International architect, n° 6, Londres, 1981.
[130] Vezzetti, H., *op. cit.*
[131] *La herencia de la tuberculosis*, en La semana médica, Buenos Aires, enero 1896.
[132] Aráoz Alfaro, *op. cit.*
Pizzurno, Pablo, *Programa e instrucciones para las escuelas primarias redactados para la Capital Federal*, mayo 1906, en El educador.
También en *Prosigue* y demás libros de lectura obligatoria en la escuela primaria.
[133] Cibils, F. R., *op. cit.*

Pero de acuerdo a distintos informes[134], la construcción de casillas de dimensiones exiguas con materiales baratos o de desecho, por parte de los mismos usuarios, parecería el recurso más frecuente. Estas casillas, junto con los ranchos, carpas y otros modos elementales del habitar constituyen un área problemática hasta ahora soslayada por nuestros estudios. Sin embargo, con su mínimo costo, no anclaje al terreno y posibilidades de agregación, constituyeron la mejor respuesta que los sectores populares podían hallar ante las condiciones de gran inestabilidad que debieron afrontar (fluctuaciones ocupacionales y salariales, incertidumbre social y política, posibilidad de pérdida de la propiedad del terreno debido a los leoninos sistemas de hipotecas)[135].

Las características generalmente inundables de los parajes en que se asentaban (la Boca, Dock Sur, Nueva Pompeya, Bajo Belgrano, las orillas del Maldonado) dieron lugar a una conformación tipológica compacta.

Así, es en la tensión propia de alternativa mencionadas (más que en una presunta subdivisión de la casa colonial o en metafísicas memorias transhistóricas, o incluso en el traslado de modalidades habitacionales y constructivas por parte de "constructores" que constituían una ínfima minoría de la masa inmigratoria) donde debe buscarse la raíz de las tipologías de habitación que irían adaptándose.

Si observamos ahora el comportamiento de la arquitectura (y en aquel momento de una parte de la ingeniería) como institución responsable de la experimentación y búsqueda de las conformaciones ideales del habitar, veremos que sus protagonistas dejan de lado el perfeccionamiento de la ahora "máquina infecta" e inician un largo proceso hacia la definición de un modelo de habitar adecuado a las condiciones locales.



El objetivo es expresado con claridad en La Nación: “La seducción que ofrece la Argentina a los pobres del mundo es precisamente la certeza de que al pobre no lo encasillaran como pobre ni como obrero (...). Marchar a la formación de barrios obreros (significa) la organización de una clase social aparte (...), la formación de una masa proletaria estable, densa, apretada, nido de rebeldías y amenazas constantes de conflagraciones (...). Hay que abaratar los alquileres, hay que proporcionar una vivienda sana a todas las personas. En ese extremo nadie disiente. Pero es preciso estudiar el problema desde un punto de vista argentino. Tenemos características diferentes, compromisos graves con el porvenir. Lo prudente y honesto en Europa podría resultarnos a, nosotros temerario.” [136]

De este modo, comienza a construirse un saber acerca del tema, producto de los debates que tienen como protagonista a los problemas acerca de la propiedad, pero que abarcan también los asuntos más diversos. En lo que se refiere a las características de la planta de la vivienda no se registra al comienzo, la especialización de los cuartos ni la rigurosa organización de las actividades de alimentación e higiene que más tarde serán exigidas como prioritarias.

---

[134] Cafferata, O., *El saneamiento de la vivienda obrera en Córdoba*, en Conferencia Nacional de profilaxis contra la tuberculosis, Córdoba, 1917.
Gomensono, Javier, *La vivienda obrera*, en La habitación popular, Buenos Aires, enero 1935.
Varios autores, *"La habitación"*, en Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, Buenos Aires, noviembre 1912.
Alvarez, Juan; *Proyecciones de la mala vivienda*, en La habitación popular, Buenos Aires, septiembre 1936.
[135] Yujnovsky, O., *op. cit.*
[136] *La cuestión de la vivienda*, en Boletín del Museo Social Argentino, Buenos Aires, junio 1912.

Otras cuestiones en debate son las características constructivas (cubiertas planas o en pendiente, empleo del hormigón armado, etc.), el rol de los equipamientos comunitarios o el uso del terreno, tanto en lo referente al tipo de vivienda (una o dos plantas, compacta o con patio, etc.) como al empleo de las porciones no edificadas. Para algunos, por ejemplo, el terreno libre debe posibilitar el enriquecimiento de la dieta de la familia y la ocupación de las horas libres del trabajador [137], para otros, en cambio, los terrenos no deben tener otra función que la de la aireación de los locales [138]: lo contrario los convertiría en focos de infección y de desorden.

Por otra parte, las experiencias y los relevamientos minuciosos realizados por la medicina y la logística militar [139] permiten comenzar a establecer la ideología y las pautas que se adoptarán como umbrales mínimos de habitabilidad.

3) Definición tipológica

Antes de 1915 varios intentos legislativos hablan procurado la integración de las experiencias dispersas en materia de vivienda para los sectores populares mediante un único instrumento legal, pero sólo en aquel año por iniciativa del diputado Cafferata, sé sancionará la correspondiente ley, creándose la Comisión Nacional de Casas Baratas[140].

Con frecuencia suele criticarse a la Comisión por su inoperancia en la construcción de viviendas, las que se realizaron efectivamente en número ínfimo en relación a las necesidades del país. Sin embargo, es importante recordar que la Comisión no tenía por objetivo la construcción de viviendas sino -como se aclara en uno de los primeros números de su revista- "encaminar la educación popular hacia el culto del hogar, convencer al trabajador que su casa es la prolongación del espíritu, enseñar al obrero que de tal hombre, tal morada, mostrarle cómo aun el individuo torpe se inclina ante una casa limpia, ordenada y alegre, porque en ella la vida es buena, por el sol y el aire y es bella por el alma y el corazón del que la habita. Tal es la acción que se precisa desarrollar y en la cual cooperarán la escuela, el libro y el cinematógrafo".

Por añadidura, las propias autoridades reconocen abiertamente la exigüidad de las cantidades construidas insistiendo en que se trata de meros ensayos.

Por eso, si se analizan las actividades de la Comisión, así como el conjunto de los textos publicados, puede comprobarse que frente a las respuestas dadas por los sectores populares a los requerimientos determinados por la expulsión de la periferia, el organismo se empeñó en definir y paulatinamente en imponer. las características organizativas y constructivas más aptas para controlar las valencias puestas en libertad por aquellas respuestas.

Es que tanto la casa "chorizo" como las casillas o secuencias de cuartos colocadas sobre terrenos amplios [141] permitían modalidades de vida que, por responder a tradiciones diversas o estimular comportamientos alternativos, no se encuadraban en el proyecto general de homogeneización y disciplinamiento de la población.

---

[137] Nota de la inspección elevando informes parciales sobre las investigaciones de la condición económica de las clases obreras, en Boletín del Departamento Nacional del Trabajo, Nº 21 Buenos Aires, 1912.
[138] Ortúzar, Alejandro y Pobblet, Fernando, Proyecto de 3412 casas en villa La Tablada, en Actas del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 8 de junio de 1909.
[139] Artículos diversos en La semana médica, 1890-1900.
[140] Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, 10 de septiembre de 1915.
[141] Yujnovsky, O., *op. cit*.

Algunas de las características conflictivas de tales tipologías eran: 1) un alto grado de vinculación entre el dominio estrictamente privado y el espacio público, con lo que resultaban estimulados los lazos solidarios entre vecinos, 2) su carácter lineal y con ello la ausencia de un foco que oficiara de condensador del conjunto de las actividades del núcleo familiar. 3) la indiferenciación de sus cuartos seriados atravesados por una vía de circulación, lo que atentaba contra la individualidad y la privacidad de sus habitantes; 4) un sistema higiénico (retretes en los fondos, pozos en primera napa, agua de bombeo) que fue en pocos años Ineficaz frente al aumento de densidad de los barrios e inútil frente a la extensión de las instalaciones sanitarias generales.

Para combatir tales formas primarias de asentamiento periférico al tiempo que buscaba alternativas, la Comisión organizó concursos especiales de anteproyectos, envió técnicos y estudiosos a la Europa socialdemócrata, dictó conferencias y auspició congresos en todo el país llegando incluso a la realización del 1er Congreso Panamericano de vivienda popular.

En una de aquellas conferencias, en este caso por iniciativa del Partido Socialista, Nicolás Repetto definía en forma nítida la tarea a que nos referimos. Según su opinión, la cooperativa "El Hogar Obrero" no otorgaría nunca más créditos (1936) a ninguna casa que tuviera las características arriba mencionadas "con la vieja y absurda distribución de colocar las piezas a lo largo". La casa auspiciada debía en cambio tener como centro un "living" para propender a la reunión de la familia y permitir que "muchos hombres que hasta hace pocos años después de sus comidas abandonaban sistemáticamente la casa (permanecieran desde entonces) en sus hogares" [142]. Se trata de un nuevo ideal compacto para cuya validación y difusión irán sumando argumentos, desde finales de la segunda década del siglo, técnicos como Carrasco, Bereterbide, Taiana o Acosta.

Pero en la propia ley (N° 9677 del 5 de octubre de 1915) la generación de aquel lugar centralizador reclamado por Repetto, era ya propiciada: "en cada casa deberá existir una pieza o sala bien iluminada y aireada lo más espaciosa posible, que pueda servir indistintamente de estancia familiar durante el día, de comedor, sala de trabajo y aún cocina si fuera necesario", se afirmaba en el punto 12.

Obviamente, el tipo que finalmente se adoptará no será producto de la invención sino de la confrontación y selección de las alternativas extranjeras y nacionales de que se disponía. Aunque es conveniente recordar que las condiciones, de la cuadricula y la subdivisión de los terrenos en lotes de 10 varas, características de las ciudades hispanoamericanas, no constituía el habitual punto de partida de las grandes empresas europeas en las que podían buscarse puntos de referencia. También eran absolutamente diferentes las condiciones en la construcción definidas en Europa por los requerimientos empresarios y en Buenos Aires por las posibilidades de la autoconstrucción.

Ya en un proyecto de 1909 se anticipaba que "las ventajas de una distribución como la propuesta son visibles a primera vista, pues debido a ella la familia se encuentra concentrada en un local común, el comedor está siempre bajo el control de su jefe, uniformando sus costumbres: la proximidad del baño con su fácil acceso invita a sus moradores a hacer uso de él y por último la cocina, inmediata al comedor, facilita el desempeño de

[142] Repetto, Nicolás, *La vivienda ideal*, Conferencia pronunciada el 17 de noviembre de 1934, en La habitación popular, Buenos Aires, 1935.

las tareas de la mujer del obrero, que tiene que atender a la cocina el mismo tiempo que comer con su esposo e hijos" [143].

De este modo, después de experimentar en conjuntos colectivos y casas individuales, de una o dos plantas, con distribuciones y fundamentaciones diversas en el plano discursivo, el último de los barrios construidos en Buenos Aires por la Comisión en los comienzos de la década del cuarenta estará constituido por chalecitos "californianos" apareados; se trata exactamente del punto de partida de las operaciones del Plan Eva Perón que llevará adelante años más tarde el Banco Hipotecario Nacional. Mediante las mismas se tapizará el área metropolitana con la tipología de "casas cajón", pero esta vez será definitorio para su adopción el rol directo asumido por el Estado al acompañar los créditos otorgados con una carpeta técnica que define las obras en sus menores detalles.

[143] Ortúzar, Alejandro, *op. cit*.

El Cuaderno de Hisotria N°3 ha sido impreso en septiembre de 1987.
Digitalizado por el Arq. Eduardo M. Rodríguez Leirado en mayo de 2012.